

NOVELIZACION E IDEOLOGIA EN EL *POEMA DE MIO CID*

by

TAYLOR CARRINGTON LEIGH

(Under the Direction of Noel Fallows)

ABSTRACT

This thesis questions authorial ideology in the *Poema de Mio Cid* (c. 1200); it consists of a comparative analysis of the earlier literary portrayals of the Cid and a consideration of how his novel characterization in the *Poema* relates to the socio-political atmosphere of late-twelfth-century Castile. The theoretical motives of this project are couched in Hans Robert Jauss's reception theory as well as Joseph Duggan's proposed five social functions of the medieval European epic in an attempt to better understand how contemporary audiences would have understood the poem. This thesis first examines the way in which the literary Cid develops from his appearances in early Latin texts to his reformulation in the vernacular epic poem. It then considers the interpretational possibilities with regard to the ideology of the author by examining and conjecturally interpreting the historical milieu in light of the previous comparative study. It ultimately concludes that the *Poema de Mio Cid* was composed with propagandistic motives in favor of Castile, while condemning its neighboring kingdom and longtime rival, León. Throughout this study, the importance of ideology as a theme is emphasized in an attempt to mitigate the marked divisions in contemporary Cidian scholarship regarding its composition.

INDEX WORDS: El Cid, ideology, propaganda, *Poema de Mio Cid*, reception theory

NOVELIZACION E IDEOLOGIA EN EL *POEMA DE MIO CID*

by

TAYLOR CARRINGTON LEIGH

B.A., The University of Georgia, 2006

A Thesis Submitted to the Graduate Faculty of The University of Georgia in Partial Fulfillment  
of the Requirements for the Degree

MASTER OF ARTS

ATHENS, GEORGIA

2011

© 2011

Taylor Carrington Leigh

All Rights Reserved

NOVELIZACION E IDEOLOGIA EN EL *POEMA DE MIO CID*

by

TAYLOR CARRINGTON LEIGH

Major Professor:

Noel Fallows

Committee:

Catherine Jones  
Elizabeth Wright

Electronic Version Approved:

Maureen Grasso  
Dean of the Graduate School  
The University of Georgia  
May, 2011

## DEDICATORIA

A Mary Beth, Gregg, y Marshall, por haber soportado con buen humor las muchas y variadas digresiones cidianas más desde el inicio hasta la conclusión de este proyecto...

## AGRADECIMIENTOS

Me gustaría agradecer a las siguientes personas que me han ayudado y apoyado durante el proceso de escribir esta tesis. En primer lugar, a los profesores Noel Fallows y Elizabeth Wright les agradezco mucho la base sólida en la literatura medieval española que me han proporcionado—sin la cual ni siquiera pude haber concebido ni terminado este proyecto—y los muchos consejos sabios a lo largo de mis estudios de maestría. También, estoy en deuda a la profesora de francés, Catherine Jones, no solamente por haberme introducido a la obra de H. R. Jauss y la teoría de la estética de la recepción que informa los motivos de este estudio, sino también por haberme situado bien dentro los paisajes literarios de la Francia medieval, conocimiento de los cuales es absolutamente clave para un hispanista medieval creciente. Por fin, me gustaría agradecerles a los profesores Pablo Ancos-García de la Universidad de Wisconsin-Madison y Mercedes Vaquero de la Universidad de Brown. Los dos me han apuntado a estudios críticos desconocidos por mí anteriormente que han subsiguientemente cambiado la perspectiva y el argumento de la presente tesis.

## LISTA DE ABREVIATURAS

<i>CA</i> .....	<i>Chronica Adefonsi Imperatoris</i>
<i>CC</i> .....	<i>Carmen Campi Doctoris</i>
<i>CRC</i> .....	<i>Crónica latina de los reyes de Castilla</i>
<i>HHE</i> .....	<i>Historia de los hechos de España</i>
<i>HR</i> .....	<i>Historia Roderici</i>
<i>LE</i> .....	<i>Libro de los estados</i>
<i>LRD</i> .....	<i>Linaje de Rodrigo Díaz</i>
<i>PMC</i> .....	<i>Poema de Mio Cid</i>
<i>SP</i> .....	<i>Las siete partidas</i>

## INDICE GENERAL

	Página
AGRADECIMIENTOS .....	v
LISTA DE ABREVIATURAS .....	vi
INTRODUCCION.....	1
Un enfoque nuevo .....	1
Criterios de análisis textual .....	5
Puntos de partida.....	5
Menéndez Pidal.....	6
Función social de la épica medieval.....	10
Plan de ataque .....	11
La investigación previa.....	12
CAPITULO 1: EL <i>CARMEN CAMPI DOCTORIS</i> Y LA <i>HISTORIA RODERICI</i> .....	14
<i>Carmen Campi Doctoris</i> .....	14
<i>Historia Roderici</i> .....	19
CAPITULO 2: LOS OTROS TEXTOS LATINOS.....	30
<i>Poema de Almería</i> .....	30
<i>Crónica najerense</i> .....	33
<i>Linaje de Rodrigo Díaz</i> .....	36
CAPITULO 3: EL <i>POEMA DE MIO CID</i> .....	40
La relación rey-vasallo.....	40



<i>Fortitudo y sapientia</i> .....	48
La castellanidad del héroe.....	63
Algunas conclusiones .....	78
CAPITULO 4: EL CONTEXTO HISTORICO-SOCIAL .....	80
CAPITULO 5: LAS POSIBILIDADES DE INTERPRETACION .....	91
Los puntos de partida .....	91
Los Lara y los Castro.....	92
La sociedad fronteriza .....	102
CONCLUSION.....	110
Cómo reconciliar la literatura y la historia .....	110
Los próximos pasos.....	116
OBRAS CITADAS .....	119

## INTRODUCCION

### Un enfoque nuevo

Tras el surgimiento de la teoría literaria de la estética de la recepción en los años sesenta y setenta, empezaron a aparecer estudios que han intentado identificar cómo una obra medieval hubiera sido entendido según su propio contexto histórico-social. No obstante, pese a la inmensa bibliografía cadiana que sigue creciendo sin impedimento, los críticos que se han dirigido directamente a este asunto son relativamente pocos. Lamentablemente, la gran cantidad de tinta que se gasta en artículos cidianos sigue preocupándose por cuestiones de índole, al aparecer, incontestable. De ahí las divisiones profundas entre los que han querido entender el *Poema de Mio Cid* (*PMC* en adelante) y el resto de la épica medieval española como una muestra literaria de una tradición oral propagada por juglares indoctos—la teoría tradicionalista o neo-tradicionalista—, y los que, por otro lado, consideran el poema antiguo una creación artística construida por un solo hombre culto—la teoría individualista. Asimismo, estos mismos críticos tienden a discutir entre sí, a veces de modo pulido (Smith y Armistead), otros aspectos que van juntos con la cuestión de la composición, por ejemplo la fecha y el lugar geográfico de ella. Estos debates han, desde mi punto de vista, casi paralizado el estudio del *PMC* de manera que parece impedir el progreso futuro en el campo sin que nuevos hallazgos se hallasen.<sup>1</sup> Lo peor de la situación es la naturaleza renovadora de este bloqueo investigador: los críticos cidianos jóvenes se animan, sea implícita o explícitamente, a escoger uno de los dos campos teóricos y

---

<sup>1</sup> Haakayoo Zoggyie hace eco de mis preocupaciones en su artículo, “Una lectura jaussiana del *Poema de Mío Cid*” (1998).

quedarse allí para siempre. Esta práctica problemática conduce a estos críticos a proceder en sus indagaciones de acuerdo con su propia óptica, rechazando o ignorando todo que no cabe bien con ella.

Por ende, me parece que hace falta un nuevo método, o métodos, basado en el positivismo que nos permitirá estudiar la épica medieval española según sus rasgos comprobables. Este método será comparativo en esencia y evitará lo que se puede llamar la “especulación invasiva”. Un cierto nivel de imaginación, un término menos provocativo que “especulación”, se necesita indudablemente en la crítica literaria para allanar el camino para nuevos campos y temas de investigación fructíferos. Sin embargo, nunca se debe aceptar como intachable la crítica en que se puede identificar un sustrato ideológico que va guiando sus conclusiones. Esta problemática yo creo evidente en algunos de los críticos más destacados en los estudios cidianos modernos, algo que se comentará más adelante. Sucede que algunos, por su interés entusiástico del tema, avanzan teorías como si fueran hechos y otros retoman las mismas ideas e las incorporan en sus propios trabajos; así se perpetúa la crítica hasta que uno vuelva a visitar la teoría original y la cuestione. También sucede que algunos críticos peligrosamente tienden a alejarse del texto que pretenden comentar, perdiéndose en la teoría o la especulación. En contra de estas tendencias, yo propongo un enfoque detenido no solamente en el texto mismo sino también en el contexto histórico en que se compone. Este enfoque llega a ser aun más importante cuando se trata de la materia medieval por la distancia temporal que nos separa de ella.

Así, la presente tesis propone comentar el tema de la ideología en el *PMC* basándose primeramente en los textos literarios de la llamada “primera etapa de la tradición cidiana”

(Martín 2001: 4)<sup>2</sup> y después los documentos históricos del siglo XII y XIII. Partiendo de la teoría de la estética de la recepción desarrollada por H. R. Jauss (1979; 1982a; 1982b), por su natural aplicación a obras históricas, y de acuerdo con algunas de las preocupaciones planteadas por *The New Philology* (*Speculum* 1990), trataré las fuentes primarias en primera estancia, intentando al mismo tiempo sintetizar las variadas opiniones de la crítica moderna con respecto a nuestro tema. Espero que este método nos permita evitar la discusión gratuita de los asuntos banales ya comentados desde siempre. Lo valioso de esta investigación, frente a la multitud de estudios cidianos, radica en su enfoque en la evidencia textual y la ideología como un tema de investigación, y, por ello, su capacidad de menguar las diferencias que dividen la crítica actual. Como se verá a continuación, los críticos que han comentado el tema de la ideología del *PMC* vienen tanto de la escuela neo-tradicionalista como de la escuela individualista y así el tema en sí parece proveer un enfoque fructífero y conciliador. Espero que nos permita, además, progresar en el estudio del *PMC* sin demorarnos en el punto muerto en que estamos hoy.

En concreto, tras mi consideración de las fuentes y la opinión de la crítica, me ha llevado a concluir que el *PMC* se compuso según actitudes regionales muy específicas y antagonistas entre Castilla y León alrededor de 1200<sup>3</sup>; además, como espero mostrar, tiene el poema una razón de ser propagandística a favor de Castilla, retratando a los leoneses, o al menos los que representan a León, como traidores debido a la colaboración histórica de León con las fuerzas almohades a finales del siglo XII. Creo que bien se podría situar la

---

<sup>2</sup> Debe notarse que he cortado la “primera etapa de la tradición cidiana” de Martín para que termine con el *PMC* en vez de extender hasta las crónicas de principios del siglo XIV.

<sup>3</sup> Martín (2001) ha argüido muy cabalmente por una razón de ser poética que se basaría en las hostilidades entre Castilla y Navarra.

composición del *PMC* entre las teorías de María Eugenia Lacarra, quien propuso que el *PMC* fuera una muestra literaria de las hostilidades entre dos poderosas familias nobiliarias, los Lara y los Castro, y de Óscar Martín, quien, entre otros, ha propuesto un origen fronterizo del poema. Debe decirse, sin embargo, que mis conclusiones son paradójicamente inconcluyentes. Sin querer caer en el peligro de rectitud crítica, las presento aquí como los resultados de mi investigación de las fuentes históricas. Como todo crítico cidiario debe reconocer, nos falta mucho para poder hacer afirmaciones con certeza, el hecho de que poseemos una sola copia del *PMC* siendo sólo una de las dificultades que nos enfrenta.<sup>4</sup> Entonces, este estudio no seguirá la tradición crítica de proponer una nueva teoría para la vieja problemática—proyecto que exigiría muchos años de investigación e imaginación—; más bien, me gustaría que sirva de nuevo camino crítico a través de los estudios épicos medievales. A pesar de las diferencias bien marcadas dentro de la crítica moderna, quedan muchos asuntos sobre los cuales podemos ponernos de acuerdo. Propongo que el hecho de que el *PMC* tiene una ideología subyacente sea uno de ellos. Pese a la falta de una conclusión conclusiva, por medio de exámenes detenidos de la ideología del *PMC*, vamos acercándonos a una respuesta de la pregunta propuesta por Américo Castro hace más de cincuenta años: “¿Cómo pudo ser que un infanzón que andaba por el mundo se convirtiera en un ser poético y precisamente en un tema de poesía épica?” (30).

---

<sup>4</sup> Francisco Rico llama la atención a este hecho en “Un canto de frontera: *La gesta de mio Cid el de Bivar* (xxxvii) que constituye el estudio preliminar de la edición más reciente del *PMC* de Alberto Montaner.

### Criterios de análisis textual

Ahora cabe comentar la trayectoria de esta tesis. De acuerdo con mi propuesto método comparativo y positivista, analizaré los textos cidianos según los mismos tres criterios temáticos: la relación rey-vasallo, la dinámica *fortitudo-sapientia*, y la castellanidad del héroe.<sup>5</sup> Aunque en algunos casos sólo nos queda un fragmento de un texto, podemos trazar e identificar los rasgos comunes y distintos para apreciar cómo el poeta del *PMC* reformula al héroe y, posteriormente, podemos arriesgar una conclusión sobre sus motivos en hacerlo. Después del análisis textual, examinaremos la materia histórica para situarnos mejor en el ambiente del poeta. Finalmente, repasaremos algunas de las teorías más viables a la luz de nuestra investigación.

### Puntos de partida

A modo de empezar, creo preciso revelar mis puntos de partida. Aunque mi intención es desviar la crítica que defiende rigurosamente una u otra teoría de composición, todo crítico que busca aportación en la historia debe aceptar al menos parte de una de las teorías ya existentes para ubicarse en un determinado período de historia. Así, este estudio partirá de la opinión aceptada por una mayoría de los críticos hoy en día que tiene que el *PMC* se

---

<sup>5</sup> Martín (2001) procede de manera semejante aunque él se enfoca en la representación doméstica, la nueva actitud sobre la caracterización militar diferente a las fuentes anteriores, el énfasis en el enriquecimiento, el ánimo de reintegración social del vasallo y la ascensión social del héroe partiendo de una codificación social que enfatiza el origen castellano, infanzón y bajonobiliario del héroe (6) y así sus criterios son más amplios y exhaustivos que los presentados aquí. No obstante, creo que los tres criterios escogidos aquí nos permiten una perspectiva adecuada para trazar el desarrollo de la representación del héroe.

compuso por un hombre culto alrededor del cambio del siglo XIII. A este respecto, estoy de acuerdo con las palabras de Joseph J. Duggan, quien escribió en un artículo de 1986:

I will not argue here either for the primary orality of medieval epic, but rather will take it as a given to be corroborated, and will try to redirect a little of the energy that is so quickly dissipated in attempting to convince the seemingly unconvinced, toward considering the varieties of social function one encounters in the genre. (1986b, 729)

Yo partiré de la misma aserción, aunque algo al revés; es decir, en este estudio se dan por sentado ciertos puntos de la teoría individualista y, sin gastar mucho tiempo en su defensa, me pondré a corroborarlos mediante un esfuerzo combinatorio que incorpora la crítica textual y la historia. Así, si Erich von Richthofen se ha llamado un positivista-tradicionalista (423), yo, si fuera necesario hacerlo, me llamaría positivista-individualista; tal cómo él, sin embargo, yo reconozco los peligros en hacer alguna defensa apasionada de cualquier perspectiva frente a los vacíos considerables en nuestro conocimiento concreto de estos asuntos. Todo eso dicho, creo que mis conclusiones inconcluyentes podrían utilizarse por los dos lados del debate y así quisiera evitar identificarme con el uno o el otro.

### Menéndez Pidal

Primero cabe ofrecer un breve estado de nuestra cuestión: la de determinar la ideología del *PMC*. Esta cuestión está ligada a la función social del *PMC* en el período de su composición. De hecho, los conceptos de función social, ideología, y propaganda irán de la mano en nuestra consideración; el uno implica los otros. Lo interesante es el hecho de que podemos apreciar estos conceptos mucho más, dada nuestra proximidad temporal, al examinar la crítica cívica moderna. Parece que algunos de los investigadores destacados del *PMC* han querido, casi descaradamente, apropiarse del poema antiguo de una manera que concordara

con su propia ideología. El primer y más importante ejemplo de esta suerte de contaminación ideológica puede hallarse a lo largo de la obra prolífica del filólogo español, Ramón Menéndez Pidal. Por la gran importancia de su obra en la crítica hasta hoy, se debe detallar aquí, aunque brevemente, sus teorías y prejuicios.

Es innegable que los trabajos de Menéndez Pidal han formado la piedra angular de la crítica cidiana a lo largo del siglo XX y hasta el presente. Es igualmente innegable que el ideario que informaba sus estudios se basaba en su época intelectual.<sup>6</sup> Encontrándose entre una sociedad en decadencia—tanto cultural, política, y económicamente—la Generación de '98, a la que perteneció Menéndez Pidal, se puso a restaurar la dignidad de España a través de una glorificación de lo castellano en particular. Mientras Machado escribía su “Campos de Castilla”, Menéndez Pidal contribuía por sus primeros libros en los cuales quería vigorar el “espíritu colectivo” del pueblo español. Para ello, la figura legendaria del Campeador le proporcionó un símbolo útil. Tras la mala fama adscrito al héroe del *PMC* por críticos extranjeros del siglo XIX, Menéndez Pidal, por medio de investigación intensiva textual, histórica, y lingüística, creó a un nuevo Cid para responder al estado de descrédito en que su España había caído. Al hacerlo, sin embargo, su ideología se reveló.<sup>7</sup> A través de su

---

<sup>6</sup> Muchos críticos han comentado esta situación. Véanse Dunn (1970), Faulhaber (1976), Rodríguez-Puértolas (1977), Gerli (1982; 2001), Lacarra (1983; 2005), Catalán (1985), Linehan (1987), Alonso (2003), y Vaquero (2005), entre otros.

<sup>7</sup> Creo que Michael Gerli (2001) ha resumido de modo más conciso y adecuado la naturaleza de la óptica pidaliana: “From the beginning of his career until its end some seventy-six years later, his work constituted an implicit attempt to vindicate Spanish intellectual life and endow Spanish culture with a distinct and transcendent identity which could compete in every way with the rest of the Continent” (113); “In Menéndez Pidal’s methodology, history, philology, and patriotism merge, each representing distinct facets of the same prism” (113); “If we look carefully at the entirety of his work, it is possible to perceive that the majority of his conclusions regarding Spanish cultural history have either a philological origin or rest ultimately upon a philological base. Yet their implications are



“teoría de la tradicionalidad castellana” (Alonso 300), ya evidente en su primera y definitiva edición del *PMC* en 1908, don Ramón valoró lo castellano y propuso un Cid que daría vigor al pueblo español, un grupo que, según él, fue responsable por la creación oral y la propagación de la épica medieval española. Junto con el héroe del poema, el *juglar*, a quien Menéndez Pidal dotó de tanta importancia en su teoría de tradición oral, respondió, en efecto, a una necesidad dual: la de revalorar la erudición española frente a la de los otros países de Europa occidental; y la de crear un vínculo vital entre el pueblo español y su tradición literaria. De estas preocupaciones vino el “valor nacional” del *PMC* (Menéndez Pidal 1940: 95-97). Por lo que un crítico ha llamado correctamente “la falaz identificación de Castilla con España, de lo particular castellano con lo general hispánico” (Rodríguez Puértolas 1977: 143), Menéndez Pidal veía en el *PMC* el espíritu español, una encarnación

---

ideological and go beyond the scope of either philology or history: they are always intimately tied to the conviction that a Spanish national character exists and can be known through the study of the traditions in language and literature” (113-114); y por ultimo, “Menéndez Pidal’s scholarship was in part a patriotic response to the challenge posed by continental cultural historians who, in the latter part of the last century, held that Spain possessed little, outside of the intrinsic value of its language, that was worth their while. As in the case of all historians, his efforts were rooted in his own historical present and reflected the way he perceived and evaluated Spain’s position vis-à-vis the rest of Europe. The sorry state of Spanish scholarship at the end of the nineteenth century coincided with one of the bleakest and most depressing periods in the history of modern Spain. Faced with economic depression and military and political turmoil at home, confronted with the ignominious loss of Cuba and the Philippines, vestiges of a once mighty empire, to an upstart, new-world nation, all pretension of Spanish grandeur was perforce abandoned: Spaniards were obliged to contemplate the failure of their own history and confront their European critics who saw in Spain a nation and a culture in abject decline. In light of this historical nadir, the situation called for a reassessment requiring not so much a definition as an invention – the creation of a cultural history which could compete in terms of excellence, creativity, and complexity with the most advanced traditions of its European neighbors” (116).

de las más altas virtudes que ese pueblo poseyera.<sup>8</sup> A esta afirmación, me pongo de acuerdo con Montaner cuando dice: “No se puede decir que [amor a la familia, generosidad magnánima, intensidad del sentimiento, y leal sobriedad de expresión] sean virtudes nacionales sino propias del héroe y, quizás, del héroe como etnotipo castellano” (1987: 146) y con Martín al afirmar que “la tradicional concepción de la épica como un género popular y nacionalista ha distorsionado el hecho de que los poemas épicos son productos artísticos e ideológicos restringidos social y geográficamente” (2005: 127).

De acuerdo con sus prejuicios, no obstante, Menéndez Pidal rechazaba el antagonismo regional que es tan evidente al leer el poema. Lejos de reconocer esta hostilidad intertextual, el filólogo español fija la perspectiva del *PMC* en lo nacional:

El poema del Cid, apartándose de la hostilidad regional que respiran otros poemas castellanos, extiende su respeto y su amor a *quant grant es España*: mira a ésta unida en su mayor parte por el imperio de Alfonso sobre *portogaleses, gallizionos, leoneses y castellanos*; la considera también toda bajo el nombre de *la limpia cristiandad*, empleada en la común guerra contra los moros y honrada en sus diversas familias reales por la sangre del Cid: *oy los reyes de España sos parientes son*. (1940: 96)

Aunque existía la noción unificadora de “España” en la Edad Media, y pese a la apariencia del mismo término en el *PMC*, la realidad histórico-política fue mucho más fragmentaria tanto durante la época en que el Cid histórico vivió como en la que el poema se escribió. En especial, Castilla y León mantenían una enemistad prolongada desde la independencia del

---

<sup>8</sup> Menéndez Pidal (1940: 95-96): “En el Cid se reflejan las más nobles cualidades del pueblo que le hizo su héroe: el amor a la familia, que anima la ejecución hasta de las más altas y absorbentes empresas; la fidelidad inquebrantable; la generosidad magnánima y altanera aun para con el Rey; la intensidad del sentimiento y la leal sobriedad de la expresión. Es hondamente nacional el espíritu democrático encarnado en ese ‘buen vasallo que no tiene buen señor’, es ese simple hidalgo, que, despreciado por la alta nobleza y abandonado de su Rey, lleva a cabo los más grandes hechos, somete todo el poder de Marruecos y ve sus hijas llegar a ser reinas.”

primero del segundo en el siglo X hasta la unión duradera bajo Fernando III en 1230. El siglo XII vio muchos conflictos que estallaron entre los dos reinos, los avances de las fuerzas aliadas leonés-almohades en territorio castellano tras la gran derrota castellana en Alarcos en 1195 no siendo el menor de ellos. Así, yo creo que es imprescindible estudiar el *PMC* según este tenso ambiente histórico-social para entender cómo un público castellano de finales del siglo XII o principios del siglo XIII lo hubiera entendido. Mientras bien reconozco la deuda en que nos hallamos gracias a Menéndez Pidal, lo acusaría, como ya lo han hecho otros, de manipular, por falta de un término menos acusatorio, la materia histórica—tal como hizo el poeta del *PMC*—para cumplir con sus propios propósitos nacionalistas y propagandísticos.<sup>9</sup>

#### Función social de la épica medieval

En vez de una perspectiva nacional, entonces, yo creo que el que compuso el *PMC* fue un hombre perteneciente a una sociedad bien definida política, geográfica, y culturalmente; como tal, creo que debemos entender el *PMC* como una encarnación literaria de una ideología específica, sea regional—la Extremadura castellana—o sea ambiental—las cortes señoriales. Tal postura conlleva cuestiones sobre la función social de la épica medieval castellana. Esta tesis acepta y parte de las mismas cinco funciones sociales nombradas por Joseph J. Duggan en 1986: *entertainment, sanction of conduct, spreading the news of current events, preserving awareness of the past, y providing models of imitation* (1986a). Creo que cuatro de las cinco fácilmente pueden aplicarse al *PMC*; no obstante, rechazo la función de

---

<sup>9</sup> La relación entre la manipulación ideológica medieval del poeta y la de la crítica moderna es fascinante y espero poder investigarla más en el futuro.

*spreading the news of current events* en el caso del *PMC*. No niego que hubiera existido “cantos noticieros”—aun puede ser que había varios que se circularon durante la vida del Cid histórico—pero la datación del poema en que la mayoría de la crítica moderna concuerda, un siglo entero después de la muerte del personaje histórico, plantea obvias dificultades para tal aserción. Además, sin dejar al lado la importancia del entretenimiento, un análisis del cual lleva consigo consideraciones estilísticas detalladas, me centraré en las demás—*sanction of conduct, preserving awareness of the past, y providing models for imitation*—cuyas funciones pueden apreciarse de inmediato al considerar las ideas aquí presentadas.

### El plan de ataque

El trazado de esta tesis a lo mejor puede parecer algo extraño; mientras otros han escogido detallar el contexto histórico primero y la materia literaria segundo, yo he escogido proceder al revés. Mi intención es que este método nos enfoque en las fuentes literarias y el análisis textual primero que nada. Luego, cuando ya tengamos una idea adecuada del desarrollo de la materia cidiana en el siglo XII, discutiré varios acontecimientos históricos que pudieron influir su composición. En el primer capítulo, entonces, comentaremos la *Historia Roderici* y el *Carmen Campi Doctoris*, dos textos latinos que inician la dicha primera tradición cidiana. Después, en el capítulo segundo, pasaremos a una consideración de tres otros textos latinos en que el Cid aparece: el *Poema de Almería*, parte final de la *Chronica Adefonsi imperatoris*; la *Chronica Naierensis*; y el *Linaje de Rodrigo Díaz*, texto que aparece en distintas copias del *Liber Regum*. Aunque no existe un consenso entre críticos sobre la datación de estos textos antiguos, vamos a proceder según las fechas propuestas por

Martín (200: 34) sobre las cuales parece haber aportación suficiente. Dicho esquema cronológicamente sitúa la *HR* hacia 1150 y los demás en adelante hasta el año 1194, año en que se hubiera escrito el *LRD*. Así tenemos una tradición literaria cadiana que transcurre casi un medio siglo, suficiente tiempo para el desarrollo y la modificación de la leyenda.

De nuestro examen, llegarán a ser evidentes las diferencias entre la representación del héroe en el *PMC* y la que proveen los textos anteriores.<sup>10</sup> Estos cambios, en mi opinión, se hicieron según un nuevo propósito social propagado por el poeta del *PMC*.

#### La investigación previa

Con respecto a la ideología del *PMC*, fue José Fradejas Lebrero el primero en cuestionar las conclusiones de Menéndez Pidal.<sup>11</sup> En 1962 propuso que el juglar del *PMC* era docto y que manipulaba la materia histórica en el cantar para incitar a su público a tomar las riendas en la gran lucha de la Reconquista (1962). Después, Antonio Ubieto Arteta, historiador y discípulo de José María Lacarra, publicó su estudio definitivo por primera vez en 1972 (1973). Las proposiciones de Ubieto fueron muy importantes ya que, en contra a la tesis de transmisión oral, sugirieron que el *PMC* se compuso por un solo autor culto quien conscientemente manipuló la historia por motivos poéticos.<sup>12</sup> Basándose en la geografía

---

<sup>10</sup> Las diferencias del *PMC* aun ha llevado a Smith (1983, 56-57) a rechazar alguna coherencia entre estos textos, como nota Martín (2001, 33).

<sup>11</sup> Aunque, como señala Gerli (129-130), había las discrepancias anteriores de J. Bédier, Entwistle, y Spitzer (1948), ellos sólo daban importancia a cuestiones de estilística en sus intentos de mostrar el alto nivel de arte que presenta el poema; no desarrollaban ideas sobre su función social y por eso los excluyo de este estudio. También hace falta mencionar los trabajos de Edmund de Chasca (1953; 1966). El fue el primero en prestar atención particular al público medieval del *PMC* y así conduce de cierta manera a los estudios subsiguientes comentados arriba.

que el poema presenta, Ubieto mostró cómo el poeta inventó y planteó lugares y personajes anacrónicos y así puso en duda la teoría de “verismo histórico” de Menéndez Pidal y abrió las puertas a una época de investigación innovadora. Se publicó otro artículo ese mismo año por Rosina Navarrete. En éste, la crítica hace una afirmación de que casi todo crítico cidiano podría estar de acuerdo hoy en día: que la mezcla artística de verismo histórico y novelización en el *PMC* tiene una razón de ser (234). Sin embargo sus criterios de análisis textual me parecen falaces y así sus conclusiones también. El error principal de Navarrete radica en su predisposición de examinar el contexto histórico-social del poeta del *PMC*; es decir, no intenta crear vínculos entre lo que dice el poema y lo que pudo significar para un público medieval del momento. Concluye, de acuerdo con la visión pidaliana, que el propósito del *PMC* es lograr la unidad hispánica. Ideas semejantes serían articuladas por Walker (1976) y Rodríguez-Puértolas (1977), el segundo procediendo de una perspectiva marxista. Después tenemos a María Eugenia Lacarra que, a través de investigación genealógica y geográfica (1980a; 1980b; 1983; 2002; 2005), ha desafiado muchas de las afirmaciones pidalianas. Más recientemente, Diego Catalán (1985), Alberto Montaner (2007), y Óscar Martín (2001; 2003; 2005; 2010) han hecho hincapié en la frontera castellana y su relación con la ideología del *PMC*.

Como se puede ver de esta lista breve de críticos, nos queda mucho que hacer con respecto al tema de ideología en el *PMC*. Aquí he intentado detallar las maneras en que la presentación literaria del Cid cambia a lo largo del primer siglo tras su muerte en 1099. Creo que podemos aprovechar mucho de una consideración de las variadas representaciones como reflejos de la ideología del autor. De allí, podremos juzgar y conocer el ambiente histórico en que se produjo más cabalmente.

## CAPITULO 1

### EL CARMEN CAMPI DOCTORIS Y LA HISTORIA RODERICI

#### Carmen Campi Doctoris

, aunque lo que nos queda sea un fragmento de un poema más largo perdido, nos ofrece algunas consideraciones interesantes en cuanto al Cid y su mitificación temprana.<sup>13</sup>

Se debe entender que el *CC* es un poema panegírico y, por ello, narra los sucesos más notables de la vida del Cid en vez de establecer una cronología histórica fidedigna. Sin embargo, nos permite analizar el tratamiento literario del Cid antes de la redacción del

. De los tres episodios contados en el *CC*—la derrota del navarro por el Cid joven, la ruptura del vínculo vasallático entre el rey Alfonso y el Cid, y el sitio del castillo del conde de Barcelona—el primero ni se menciona en el *PMC*, el segundo no se menciona explícitamente en el *PMC* pero el argumento entero se centra en él, y del tercero sí cuenta el

. A mi modo de entender, por el hecho de que cuenta los sucesos más conocidos del Cid, *PMC* debe considerarse un catálogo de las actitudes y las creencias populares sobre el Cid de la época en que se escribió. Además, aunque sea un corto fragmento, el *CC* es imprescindible para todo estudio del Cid porque se considera, junto con la *HR*, uno de los documentos escritos más tempranos que trata de él.

---

<sup>13</sup> Véase la traducción al castellano moderno de Alberto Montaner y Ángel Escobar. El libro se extiende a trecientos páginas, el *CC* en sí ocupando doce de ellas.

El Cid del *CC*, sin la personalidad desarrollada que se presenta en el *PMC*, conforma más al héroe de los elogios clásicos. Es muy notable que, junto con la *HR*, el *CC* se distinga por contar la vida de un hombre que no es rey, una práctica muy raro en la Edad Media. No obstante, el poema quiere fijar al Cid al nivel de los reyes y héroes clásicos desde los primeros versos:

Gestas guerreras referir podemos,  
de Paris, Pirro y, al igual, de Eneas,  
que abundantes poetas en su elogio  
han compilado. (vv. 1-4)

Al agrupar al Cid con tales figuras clásicas, el poeta casi lo eleva a un nivel encima del rey antes de contar sus hazañas. Su relación vasallática con los reyes, Sancho II y después Alfonso VI, se trata de modo muy de paso y realmente no nos proporciona una perspectiva histórica. Además, es interesante que el autor omita totalmente los detalles sobre la muerte de Sancho. Al hacerlo, ignora un episodio de suma importancia en los relatos más tardíos, el de la colaboración entre Urraca y Alfonso para asesinar a Sancho y el recelo consiguiente del Cid. Tal episodio complica enormemente la relación entre Alfonso y el Cid, pero aquí se pasa por alto.<sup>14</sup> Por ende, en el *CC*, el Cid pasa de ser un joven que a Sancho “lo amó tanto” (v. 33) a ser un “cortesano” (v. 54) que Alfonso comienza a amar en dos estrofas. Sin embargo, muy de pronto nos presenta con la envidia de los “pares áulicos” (v. 48), y la muestra inicial de Alfonso como un rey malo radica en su aceptación de las palabras

---

<sup>14</sup> Alberto Montaner y Ángel Escobar no hacen comentarios sobre este episodio escandaloso. Además, es muy difícil determinar el significado exacto de su traducción al castellano (203). Puede ser que con “la rauda parca,/ que a nadie libra” se refieren a la muerte en términos generales, pero su elección de la palabra “consiguió” en cuanto a la herencia de la tierra de Alfonso parece implicar alguna complicidad en su muerte.



venenosas de los que le rodean. Por eso se hace “presa del recelo” (v. 58) y va “acusándolo, a poco que conoce,/ de más, que ignora” (vv. 63-64).

El Alfonso del *CC*, a diferencia de él del *PMC*, nunca se convierte en bueno.<sup>15</sup> Se nos presenta con un rey injusto rodeado por nobles malos y un Cid a quien no le importa la reconciliación. Tras su destierro,

empezó él a abatir moros,  
a devastar de España las regiones,  
a arruinar urbes (vv. 66-68)

y por estos sucesos llega a ser “señor del campo” (v. 80). No se preocupa por la reconciliación y, de hecho, lucha contra García Ordóñez, un conde mandado por el rey. El *CC* sigue contando la toma del castillo Almenar, y se refiere al caballo del Cid, pero el testimonio nunca menciona un Cid que quiere reconciliarse con el rey. Así pues, del fragmento de un poema latino que trata la vida del Cid, se nos proporciona una imagen de un Cid valiente y oportunista. Semejante imagen emerge del *PMC*, pero aquella se preocupa mucho por el recobro de su favor regio, mientras ésta va sin pensar en ello.

Ian Michael ha comentado que el Cid del *PMC* es “an amalgam of the poetic Roland’s youthful boldness and Charlemagne’s elderly caution” (1984: 5). Alan Deyermond denota las mismas características según sus equivalentes latinos, *fortitudo et sapientia* (1987: 25) y sitúa el *PMC*, junto con *Beowulf*, como un ejemplo raro de la literatura épica medieval en que las dichas cualidades no constituyen una polaridad sino “una fusión de cualidades

---

<sup>15</sup> Es posible que la parte perdida del manuscrito contuviera su vindicación pero nunca sabremos de eso. El mero hecho de que el *CC* menciona a Alfonso VI y su séquito me sugiere una fecha más tardía de redacción. No me parece probable que el *CC* se hubiera dado a luz antes de la muerte de Alfonso en 1109 por respeto. Con el paso de veinte o más años este tipo de retrato parece mucho más aceptable. También, tal paso de tiempo sería suficiente para desarrollar el mito del Cid hasta que se redactara en tal documento como éste.

complementarias” (26). En la proposición de Deyermond, *fortitudo* y *sapientia* son equivalentes a la fuerza física y la sabiduría. Pero él no desarrolla suficientemente esta relación dual, y hay que destacar y matizar la noción de *sapientia* al hablar del Cid. Cómo se verá con el *PMC*, la *sapientia* del Cid se muestra no sólo en su saber militar, sino también se aplica a su relación con el rey y sus propios vasallos. Así, quisiera ofrecer aquí una definición más amplia y, espero, más útil con respecto a la *sapientia* del Cid. Esta noción no debería connotar solamente la sabiduría en el sentido general, sino que hay muchas otras cualidades del Cid que trabajan juntos a constituir esta faceta de su persona, principalmente la medida y el ingenio, dos características que llegan a ser muy evidentes en la representación del Cid del *PMC*.

De la dinámica *fortitudo-sapientia*, el *CC* no nos dice nada. La falta de ninguna vista en los pensamientos de los personajes nos impide un análisis psicológico. No hay, como tenemos en el *PMC*, ninguna mención de la medida del Cid; más bien se presenta como un soldado belicoso y venturoso. La única muestra que puede relacionarse con esta dinámica en el *CC* ocurre en la acción precipitada de Alfonso al exiliar al Cid. Así pues, tenemos un rey que obviamente carece de buen juicio, pero el Cid ni lo piensa ni reacciona. Al ser exiliado, empieza a arruinar a la tierra, mostrándose, si no un hombre imprudente, un hombre que seguramente carece del tacto y la medida del Cid del *PMC*.

De modo parecido, los pocos versos del *CC* no nos dan un sentido muy fuerte de regionalismo. Más bien, se dirigen a las “gentes del pueblo” (v. 17) en general. De hecho, la única mención que nos proporciona sobre este asunto ocurre en los versos que tratan el linaje del Cid. Dice el poeta:

Del más noble linaje descendiente,  
mayor que el cual no se hallará en Castilla,  
saben Sevilla y de Ebro la ribera  
quién es Rodrigo. (vv. 21-24)

Así, ni nos dice de dónde es el Campeador. Parece que ya cuando se escribió el *CC*, el Cid tuvo gran fama en toda España, un hecho que me sugiere una fecha hacia mediados del siglo XII, pero de su juventud y su patria no nos cuenta nada.<sup>16</sup> La idea de Castilla como la patria es muy fuerte en el *PMC*: el Cid nace en Vivar, le deja a su familia en el monasterio San Pedro de Cardeña en Burgos, y la palabra “castellano” aparece muchas veces en sus epítetos. La *HR*, además, incluye un catálogo de linaje castellano que sitúa al Cid como el descendiente directo del legendario Laín Calvo, nombre que se ligaba a una noción de la independencia castellana desde el siglo IX. Pero, del manuscrito que tenemos hoy, parece que al autor del *CC* no le interesó vincular el nombre del Campeador con Castilla, y así parece seguro decir que no tuvo una agenda geográfica específica como sí tuvieron, de una manera u otra, los autores de la *HR* y el *PMC*.

---

<sup>16</sup> De hecho, según el poeta del *CC*, desde la prisión de García Ordóñez en la batalla de Cabra de España en todas partes  
es su nombre por célebre tenido,  
entre todos los reyes, tan miedosos  
cual pagadores. (vv. 85-88)

Sin embargo, resulta difícil comprobar la fama que tuviera el Cid durante su vida y tal afirmación del poeta debe considerarse fabricación poética sin evidencia histórica más concreta.

### Historia Roderici

La *Historia Roderici* (ca. 1160)<sup>17</sup>, a diferencia del tono panegírico del *CC*, se considera una fuente imprescindible en cuanto a la vida del Cid histórico. A pesar de las varias instancias obviamente laudatorias en la *HR*, nos provee una visión más objetiva del hombre que la del *CC*.

La *HR* corresponde al *PMC* en varias maneras y por eso muchos críticos han avanzado teorías que proponen una influencia directa entre los dos. La *HR*, aunque se percibe alguna distorsión, carece de muchas de las modificaciones poéticas del *PMC* y así parece ser una historia más fiable de su vida. Pero hay que recordar que gran distancia no había entre la historia y la literatura en la época medieval. Como ha notado Smith, el historiador y el poeta-autor tenían algún entendimiento de los requisitos de su *ministerium*, pero no había la gran distinción entre la ciencia y el arte como existe hoy. El hombre de letras, junto con el historiador, sabía modificar su producto para un propósito u otro (1971: 2-3). Teniendo ello en cuenta, se debe analizar la *HR* según sus propósitos literarios y no según los prejuicios del historiador moderno. Eso dicho, la *HR*, junto con el *CC*, proveyó los elementos fundamentales de la historia del Cid que aparecen en todos los relatos posteriores y así vale la pena examinarla en más detalle.

El Cid de la *HR*, distinto del *CC*, es un vasallo ideal y la relación Sancho-Cid refleja una relación rey-vasallo armoniosa. De modo épico, la *HR* lo establece como buen soldado desde el principio. Después de una genealogía dudosa e impresionante, describe cómo Rodrigo se hace el privado del rey Sancho II de Castilla y siempre se retrata como caballero

---

<sup>17</sup> La fecha de composición ha sido debatido extensivamente. La que ofrezco aquí se considera preciso por la mayoría de los críticos hoy en día aunque Martín (2005) ha sugerido que la *HR* fue el primer texto cidiano y que servía de fuente de todos los demás.

leal y respetable. Tras la muerte de Sancho, un suceso que ni recibe mención en la *HR*, quizá notablemente, Alfonso, el nuevo rey de Castilla, acepta al Cid como vasallo y le casa con Jimena. No obstante, la relación entre Alfonso y el Cid se contrasta con la entre Sancho y el Cid. Mientras la relación inicial entre Sancho y el Cid se presenta como una relación feudal armoniosa, la otra se caracteriza de manera tambaleante, con el Cid esporádicamente logrando y perdiendo el favor del rey. Sin embargo, con respecto a su primer señor, el Cid de la *HR* se muestra un vasallo ideal; los pocos casos cuando esta caracterización se complica sitúan la *HR* bien entre el Cid salvaje y sin escrúpulos del *CC* por un lado y el Cid sabio y experimentado del *PMC*.

Los capítulos cuatro y cinco son los únicos que presentan la relación entre Sancho y el Cid, pero son de alta importancia para contrastarse con el resto del libro en que se ve la relación entre Alfonso y el Cid. De estos capítulos, Sancho parece conformar al tipo literario del instructor de los héroes romances. Sancho le hace caballero y así hay una conexión muy fuerte entre ellos. Nos cuenta que, tras luchar con Sancho contra el rey aragonés, Sancho le nombra jefe de su ejército entero y así “Rodrigo throve and became a most mighty man of war, and Campeador in the household of King Sancho” (101). El Cid aprovechó mucho de su primer señor, entonces, un suceso que no se repite con Alfonso. De hecho, el capítulo cinco nos ofrece una prevista de la relación turbulenta que se realizará más luego cuando se menciona cómo el Cid luchó contra Alfonso bajo Sancho. Pero, es más, el contraste entre el rey malo y el vasallo ideal se presenta varias veces a lo largo del texto; las tres que creo más evidentes se comentan aquí.

Alfonso se muestra un rey injusto cuando se permite ser convencido, por la primera vez, que el Cid estuvo fuera de lugar en cuanto a la batalla de Cabra. Su incapacidad de

reconocer las mentiras de los calumniadores lo conduce a exiliar al Cid. Así, desde los primeros capítulos de la *HR*, cualquier expectativa que quiera ver la realización de una relación perfecta entre Alfonso y el Cid, cómo existía entre Sancho y el Cid, se ve frustrada. Ya en la *HR* parece muy apropiado el verso del *PMC*: ‘¡Dios, qué buen vassallo, si obviese buen señor!’ (v. 20).

Este primer exilio, sin embargo, rápidamente encuentra su solución cuando el Cid se compromete al rey musulmán de Zaragoza, al-Muqtadir primero y después al-Mu’tamin, su hijo. Con la pérdida de un rey, entonces, el Cid va buscando otro, siempre mostrándose un buen vasallo. La nueva lealtad del Cid a al-Mu’tamin reemplaza la vieja al Alfonso y el Cid “served him faithfully and guarded and protected his kingdom and land” (105). Al volver a Zaragoza victorioso, “al-Mu’tamin raised Rodrigo up above his own son and over his kingdom and over his land. He seemed to be as it were the lord of the whole realm” (108). De repente, el Cid se encuentra paradójicamente exiliado y alabado como un rey, un aspecto que se hará eco en el *PMC*. Cuando termina la *HR*, sin embargo, el Cid ni está intentando reconciliarse con Alfonso; en cambio, reina sobre Valencia como si fuera el rey verdadero. Por otro lado, el Cid le sirve a al-Mu’tamin hasta que éste muere y se queda bajo la autoridad de su hijo “in the greatest honour and respect” por nueve años (112)<sup>18</sup>. Así, aunque el objeto de lealtad no sea Alfonso, la lealtad del Cid como un vasallo no se cuestiona en la *HR*.

Después de su período de servidumbre bajo los reyes musulmanes de Zaragoza, el Cid vuelve a Castilla donde Alfonso, de modo inesperado, le da la bienvenida como si nada

---

<sup>18</sup> El manuscrito dice nueve años pero, según Barton y Fletcher, todos los comentaristas están de acuerdo de que el copista medieval debió querer decir nueve meses.

hubiera pasado.<sup>19</sup> Esta paz temporal pronto se interrumpe, sin embargo, cuando hay un malentendido en cuanto a una reunión de los dos en Molina. Resulta que el rey llega primero porque había ido por otro camino mientras el Cid se encuentra esperándole en el lugar en que habían acordado. Cuando llega finalmente a Molina, se disculpa al rey, pero los calumniadores ya están empezando a difamarle:

They told Alfonso that Rodrigo was not a faithful vassal but an evil man and a traitor. They falsely and lyingly claimed that Rodrigo had been unwilling to go to the assistance of the king, in order that the king and all who were with him should be killed by the Saracens. (116-117)

Y el rey, al oír estas acusaciones “was possessed and fired by very great rage. He at once gave orders that the castles, estates and all the honour which Rodrigo held from him should be confiscated” (117). Esta conducta por parte del rey ha conducido a Geoffrey West deducir correctamente que el rey de la *HR* tiene un complejo de inferioridad (202). Tal comportamiento, además, da lugar a la más evidente y concisa muestra del mérito del Cid como vasallo. Se refiere a las cuatro peticiones legales que el Cid manda al rey.<sup>20</sup> La cuarta es el mejor resumen de todas. Vale la pena citarla en su totalidad:

I Rodrigo swear to you, the king’s knight who wishes to fight with me, by God and his saints, that from the day which I acknowledged the king as my lord in Toledo, until the day when I discovered how unreasonably and cruelly he had imprisoned my wife and had completely stripped me of all my property which I had in his kingdom. I spoke no evil of him, thought no evil, neither did anything against him for which I might become of ill-repute or for which my body might stand dishonoured. Unjustly and unreasonably he took from me

---

<sup>19</sup> En una nota interesante, la cual mantengo viva aquí, Barton y Fletcher intentan adivinar que el Cid volvió a Castilla justo después de la derrota de Alfonso por los Almorávides en Sagradas, 1086. Así proponen que Alfonso hubiera estado desesperado por tropas e imaginan un “vassal’s market” en que el Cid hubiera podido negociar condiciones favorables al volver al servicio de Alfonso.

<sup>20</sup> La autenticidad de estas peticiones escritas es discutible pero si son reales darían mucho apoyo a la idea de un *archivo cidiano* de Menéndez Pidal.

who was blameless my property and imprisoned my wife. He inflicted very hurtful shame upon me. I swear to you, the knight who wishes to fight me, that what I have said above is true, and that if I lie may God deliver me into your hands to do your will upon me. If not, may the truest and most pious Judge free me from so very false an accusation. This and no other let my champion swear and maintain against the knight who wishes to fight with me. (120)

Esta petición se destaca por varias razones, la más importante siendo no sólo su defensa de sí mismo sino su condenación franca de Alfonso como rey. Es impresionante la manera en que la lleva al cabo; logra condenar al rey quedándose al mismo tiempo dentro de los límites de un buen vasallo. Insulta mientras alaba. Dirige toda su ira hacia “the king’s Knight who wishes to fight with me” en vez de dirigirla hacia el rey mismo. Esta petición nos sirve de buen resumen de la relación rey-vasallo de la *HR* y que las representaciones del rey injusto y del vasallo ideal que emergen de ella son las mismas que emergen del texto tomado en su totalidad.

Como si todo ello no fuera bastante evidencia del carácter pueril del rey, un ejemplo final se ve cuando el Cid reúne con Alfonso en Martos para ayudarle en su campaña contra los moros. La *HR* nos cuenta que, cuando Alfonso se entera de la venida del Cid, “he immediately went out to meet him and received him in peace with great honour” (129). Su actitud benévola hacia el Cid cambia en los próximos momentos, sin embargo, cuando el Cid pide a sus caballeros que hagan el campamento por el río. Al ver esto, los calumniadores convencen a Alfonso de que debe ser considerado como una infracción seria. El rey, puerilmente ignorante, se muestra un señor indigno del servicio de tan buen soldado cuando precipitadamente ataca al Cid verbalmente. El Cid, no obstante, recibe los insultos del rey sin quejarse. Hallándose sin el favor regio de nuevo, el Cid abandona Martos y se traslada a Valencia. Desde este momento, el Cid parece librarse de los vínculos



feudales que lo ligaban a Alfonso. En los capítulos restantes, el Cid lucha contra las fuerzas de Alfonso en un momento, funda un cuartel general y una tesorería en Peña Cadiella en otro, y deja de pagar tributo a Alfonso. Sí se reconcilia con un rey, pero éste es el rey de Aragón y no el de Castilla y León. De hecho, al final de la *HR*, el Cid se hace rey informal de Valencia y la descripción de su entrada en Murviedro (145) quita cualquier duda con respecto a su poder y aspecto regio.

Así pues, el Cid de la *HR* empieza su carrera caballeresca en una relación feudal ideal bajo Sancho. Esta relación se complica de pronto cuando entra en servicio de Alfonso, un rey contra quien ya había luchado y que se muestra injusto a lo largo del texto. No obstante, el Cid nunca flaquea como buen vasallo hasta que se defiende ante las calumnias de Ordóñez y los otros nobles de su séquito y condena al rey. Desde ese momento, deja el servicio de Alfonso y actúa independientemente de su corte. De la *HR*, emerge una imagen de un vasallo ideal frustrado con un señor no ideal, un retrato que se sitúa bien entre el del *CC* y el del *PMC*.

A diferencia del *CC*, la *HR* contiene varios ejemplos de la medida del Cid y así podemos considerarla el primer texto que retrata al Cid de tal manera. Advertimos esta cualidad por la primera vez antes de la batalla de Cabra. Cuando el Cid recibe noticias de que el rey de Granada, junto con García Ordóñez y otros nobles de la corte de Alfonso, está avanzando hacia Sevilla, les manda una carta implorándoles no atacar en nombre del rey Alfonso. Así, en este primer ejemplo de la *sapientia* del Cid, así como otros que se verán, el héroe se muestra dedicado a un sentido de servicio. García Ordóñez y sus tropas, al leer la carta del Cid, la desprecian y arrastran la tierra hasta Cabra. El Cid, de modo que se ve luego en el *PMC*, sólo recurre a la fuerza cuando parece inevitable. La consecuencia de esta acción

precipitada e insensato por la parte de Ordóñez y los otros nobles es su subsiguiente prisión.

Vemos una actitud semejante cuando Al-Mu'tamin pide al Cid que ataque a los sitiados del castillo de Almenar. El Cid considera su petición pero le contesta así: "It is better that you pay Al-Hayib money to abstain from attacking the castle than to offer battle with him, for he has come with a great multitude of troops" (107). La prudencia del Cid se destaca en la épica medieval; ni Roldán ni Sigfrido la pueden igualar. Pero, como antes, los enemigos del Cid se muestran imprudentes, no aceptan su ofrecimiento, y se ponen a luchar. El Cid rápidamente prepara sus tropas y fácilmente vence a Al-Mu'tamin. Así, se ve la formación de un modelo en la *HR*: el Cid, encontrándose enfrentado con una batalla, trata de evitarla, pero cuando sus enemigos se muestran resueltos a luchar, los afronta y los vence. Tal modelo ya difiere mucho del Cid del *CC*, quien parece arrasarlo sin pensar.

Otro ejemplo de la medida del Cid se ve en contraste con el rey Alfonso. Así como en el *CC* y el *PMC*, los calumniadores de la corte de Alfonso se ponen envidiosos y convencen al rey de que el Cid no es un vasallo leal. El pecado del rey radica en su aceptación ciega de tales rumores falsos.

When the king heard this false accusation he was possessed and fired by a very great rage. He at once gave orders that the castles, estates and all the honour which Rodrigo held from him should be confiscated. In addition he ordered [his men] to enter upon Rodrigo's own hereditary lands and, what was still worse, he ordered his wife and children, arrested by trickery, to be cruelly retained in custody. The king also ordered [his men] to take charge of all of Rodrigo's goods—gold and silver and everything that could be found of his possessions. (117)

No obstante, enfrentado con dicha acción precipitada e injusta,

Rodrigo considered the matter carefully and fully understood that the king had thus been roused to anger against him by the crafty tales and false accusations of his enemies; that this monstrous injury and unheard-of

dishonour had been thus wickedly inflicted on him by their manoeuvres.  
(117)

En lugar de reaccionar de manera igual, el Cid contempla la situación y llega a la conclusión de que sus enemigos verdaderos son los que influyen al rey, los leoneses por la mayor parte, y no el rey en sí. Sin embargo, el rey de la *HR* se retrata como injusto por su incapacidad de distinguir entre las mentiras de los calumniadores y la verdad. Aun cuando le manda el Cid al rey un mensajero para defenderse, “the king, strongly enraged against them, would not only not accept his defence, although it was most just—he would not even give it a fair hearing” (117). Así tenemos un rey injusto que contrasta con un vasallo prudente. Este contraste se ve de manera muy claro cuando el Cid, reconciliado con el rey por el momento, insulta a Alfonso en el campamento militar por acampar en frente de él:

Rodrigo ordered his men to pitch camp next to the river. There the king attacked Rodrigo with angry and provocative words. He reproached him indeed for many and various causes—but untrue ones. So vehemently was Alfonso moved and inflamed against Rodrigo that he wished and decreed that he should be put under arrest. When Rodrigo grasped clearly what was going on he bore patiently all the hurt of the king’s words. (130)

Se puede describir el rey de la *HR* como pueril, incapaz de ver las cosas como son y bajo la influencia de calumniadores y sicofantes. Este retrato de Alfonso nunca se resuelve por completo en la *HR* y así sus méritos literarios no llegan a la misma altura de los del *PMC* donde se nos presenta al final un equilibrio perfecto entre el Cid y Alfonso reflejando así la sociedad feudal recíproca. Es cierto que el primero pretende ser una historia y el segundo es un poema épico, pero, como ya se ha mencionado, la división entre las dos prácticas no era muy marcada durante el período medieval, las historias proviniendo de la literatura y viceversa. El autor de la *HR* nos proporciona una idea de su método de contar la historia

hacia el final de la obra,<sup>21</sup> y aunque parezca carente de la preocupación moderna de objetividad, se aprecia la franqueza del autor medieval. Admite las faltas de la obra pero mantiene que los relatos son ciertos, y así el testimonio llega a nosotros como la fuente principal sobre la vida del Cid histórico.

La cuestión del Cid como un héroe castellano se complica en la *HR*. Contiene dos ejemplos que parecen señalar alguna preferencia castellana por el autor, pero el resto del texto es muy evasivo en cuanto a algún prejuicio regional. Barton y Fletcher han notado el hecho curioso de que la mayoría de la *HR* se centra en los sucesos fuera de Castilla (92). De hecho, ciertas partes se narran como si el autor estuviera allí, una teoría que no ha sido completamente refutado. A mí me parece más probable que el autor consultó a un testigo de los acontecimientos después de que el Cid ya había muerto. Sin embargo, el hecho de que la acción de la *HR* no tiene lugar en Castilla no impide la posibilidad de algún uso castellano propagandístico.

Las primeras líneas del texto sitúan al Cid como descendiente de una genealogía impresionante. Barton y Fletcher sospechan que el creador de este linaje entendía las ventajas obvias de conectar al Cid con Laín Calvo, fundador casi mítico de la principalidad de Castilla (99). Tal conexión genealógica no es atípica de la literatura medieval, pero sí me parece singular que ya en el siglo XII el linaje del Cid se traza desde un personaje mítico específicamente castellano. Otras historias medievales europeas con tendencias

---

<sup>21</sup> "It would take too long—and perhaps would tax the patience of readers—to narrate in order all the battles which Rodrigo and his companions fought and won, or to list all the lands and settlements which his strong right arm wasted and destroyed with the sword and other weapons. What our limited skill can do we have done: written of his deeds briefly and in poor style, but always with the strictest regard for truth. While he lived in this world he always won a noble triumph over the enemies who fought him in battle. Never was he defeated by any man." (146)

propagandísticas más obvias tienden a establecer al héroe como descendente de la posteridad clásica, la *Historia Regum Britanniae* de Geoffrey de Monmouth, por ejemplo, la cual conecta al rey Arturo y la fundación de Inglaterra con el Bruto romano. Salvo el linaje, sin embargo, la *HR* no transmite una idea fuerte del Cid como un héroe castellano como sí lo hace el *PMC*.

Efectivamente, el héroe de la *HR* es un noble castellano que, desterrado por un rey injusto, busca un señor en los reinos vecinos y tiene varias aventuras a lo largo del camino. Por eso, se puede decir que el mismo espíritu de aventura y expansión que le ha causado a Alan Deyermond a proclamar que el *PMC* es la primera muestra de la “literature of the thirteenth-century expansion” (1971: 55) ya está presente en la *HR*. Un ejemplo textual del dicho espíritu se encuentra en la *HR* cuando el autor refiere a Sancho II como “King of Castile and lord of Spain”, asumiendo soberanía sobre los reinos musulmanes (Barton and Fletcher 100). Tal afirmación nos permite comprender por qué un autor hubiera elegido escribir un poema épico sobre el Cid a principios del siglo XIII. Desde su ascensión inicial en el siglo XI bajo Fernando I, Castilla iba creciendo hasta que llegó a ser el reino más poderoso de la España medieval y se unió con León bajo Fernando III. Así tenemos una perspectiva de unos doscientos años en que podemos advertir una creencia castellana de superioridad y un espíritu de expansión. Esta proposición parece aun más evidente al considerar la *Chronica Adefonsi Imperatoris* al final de dicho período.

Todo ello, sin embargo, asume un enfoque castellano en la *HR*, algo que no es inmediatamente evidente. De hecho, al examinar el testimonio bien, uno se pone en apuros al intentar demostrar alguna preferencia castellana dentro de la *HR*. Al contrario, varias veces a lo largo del texto los castellanos se retratan como los malos, en la batalla de Cabra,

por ejemplo. Es más, la lista larga de presos tomados después de la batalla entre al-Mu'tamin y el Cid por un lado y al-Hayib y García Ordóñez por el otro no muestra ningún prejuicio regional y varios presos provienen de Castilla. Además, todos los calumniadores exclusivamente se llaman "Castilians" en el capítulo XXXIV. Lejos de una preferencia castellana, el Cid de los primeros tres cuartos de la *HR* parece ser un héroe zaragozano. Es allí donde se refugia de la ira de Alfonso y gana varias batallas bajo el rey musulmán, al-Mu'tamin. También es allí donde, por sus victorias militares y buen servicio al rey,

a multitude both of men and women from the city of Zaragoza, rejoicing and exulting with tremendous joy in his victory, came out to meet him and the village of Fuentes, which is distant fifty *stadia* from the city. (112)

Tal gran recepción por los zaragozanos es mucho más que recibe en Castilla. Después del segundo exilio, en el último cuarto del texto, el Cid se ve libre del rey castellano y se hace rey de Valencia. No hay en ningún momento de la *HR* una sensación del anhelo emocional para Castilla como tenemos en el *PMC*. Dicho retrato emocional seguramente es parte de la licencia poética del *PMC*, pero la falta completa de ninguna conexión sentimental con la tierra castellana en la *HR* la hace aun más evidente.

## CAPITULO 2

### LOS OTROS TEXTOS LATINOS

Además de las dos fuentes principales sobre la vida del Cid, el héroe castellano aparece en varias otras obras del siglo XII. Éstas son: el *Poema de Almería (PA)*; la *Crónica najerense (CN)*; y el *Linaje de Rodrigo Díaz (LRD)*. No vamos a demorarnos demasiado en una consideración de estos textos ya que, con la excepción del *LRD*, se refieren al Cid de manera periférica. No obstante, contribuyen de modo imprescindible a nuestro proyecto de seguir el desarrollo de la leyenda cidiana mientras nos acercamos al tiempo de la composición del *PMC*.

#### El Poema de Almería

El *Poema de Almería* forma la parte final de la *Chronica Adefonsi Imperatoris (CAI)* y se destaca por su estilo épico en lugar del tono más sombrío de lo que lo precede. No hay un consenso entre críticos sobre la fecha de composición, aunque la mayoría de la crítica lo ubica alrededor de 1150. La acción principal del poema es la toma de Almería por Alfonso VII en que participan tropas de todas partes de la Península. Esto concuerda con la perspectiva imperial de la *CAI* que bien pudo ser muestra literaria del deseo antiguo leonés de restaurar el antiguo imperio visigótico.<sup>22</sup> Como tal, el autor pasa mucho tiempo en

---

<sup>22</sup> De hecho, este propósito parece muy evidente al leer el poema—en que Alfonso se compara con Carlomagno—pero también llama la atención a la vieja paradoja que

describir los varios contingentes y se demora por más tiempo cuando comenta las mesnadas castellanas.

Con respecto al Cid, sólo se menciona una vez. Sin embargo, lo que dice el poeta y la razón por la que lo incluye nos puede decir mucho sobre la leyenda cidiana a mediados del siglo XII.<sup>23</sup> La parte que trata del Cid es tan breve que merece la pena copiar las dos estrofas aquí:

El mismo Rodrigo, frecuentemente llamado Mio Cid, del que se canta que jamás fue vencido por los enemigos, el que domeñó a los moros y a nuestros condes, le ensalzaba teniéndose a sí mismo por inferior; mas yo os confieso una verdad que el tiempo no podrá alterar:

Mio Cid fue el primero y Álvaro el segundo. Valencia entera lloró la muerte del amigo Rodrigo y el siervo de Cristo no pudo retenerla por más tiempo. ¡Oh, Álvaro!, los jóvenes te lloran y te honran con sus lágrimas, aquellos a quienes educaste con esmero y a los que, generoso, armaste caballeros. (vv. 220-229)<sup>24</sup>

Esta mención del Cid viene tras una larga descripción de las mesnadas castellanas y sirve de final de esa sección. Obviamente, no nos dice nada sobre la relación del Cid ni con Sancho II ni con Alfonso VI. Tampoco explica la dinámica *fortitudo-sapientia*, al menos de manera directa. Lo que sí se destaca es la innegable asociación del Cid con Castilla y el elogio del primero hasta ubicarlo a la cumbre de heroísmo y valor. Esto puede extrañar dado la hostilidad entre el Cid y los leoneses que llega a ser tan evidente en el *PMC*; no obstante, como vamos a ver, la suerte de la hostilidad que respira el *PMC* forma parte de su

---

mantiene que León se consideraba heredero de la tradición visigótica y románica al mismo tiempo, dos asociaciones que no se mezclan entre sí.

<sup>23</sup> Una comparación del *PA* y el *PMC* ha llevado a un investigador a concluir que los dos fueron escritos por la misma pluma (Laza Palacio 1964).

<sup>24</sup> Empleo la traducción y edición del texto hecho por Salvador Martínez (1975).



novedad artística. Aquí el autor del *PA* parece desear incluir al Cid y a los castellanos dentro de la historia de Alfonso VII como un intento de reconstruir el antiguo imperio visigótico.

Aunque el *PA* no nos dice mucho sobre la vida del Cid, la inclusión de su personaje fácilmente puede considerarse ideológica. No creo arriesgado afirmar que, de todos los textos cidianos, éste, si así puede considerarse, muestra el mayor grado de nacionalismo según el significado moderno de la palabra. La apariencia del Cid nos debe indicar dos cosas: la una, que ya era símbolo de Castilla a mediados del siglo XII; y la otra, que el autor quiere apropiarlo para quedar con sus propios propósitos—en este caso, la propagación de Alfonso VII y su imperio hispánico. Al incluir al Cid, el autor efectivamente trae el héroe castellano bajo el yugo de Alfonso.

El autor describe a los castellanos con fines similares. La descripción de éstos se prueba valiosa al hablar del Cid ya que éste ya se consideraba hombre de espíritu castellano por excelencia. En efecto, el autor primero describe a los castellanos que participan en la campaña de Almería de una manera que Martínez ha llamado “el sentimiento leonés hacia Castilla” (143)—en mi opinión, bien podríamos considerar la actitud del *PMC* como “el sentimiento castellano hacia León—; luego, toma la figura del Cid como ejemplar de todos. Sobre todo, y esto puede sorprender, los castellanos se describen como ricos. Disfrutaban de tiendas que “resplandecen como las estrellas del cielo y brillan con el oro”, “utensilios de plata” (vv. 127-129), y “una increíble abundancia de carne y de vino” (v. 132); efectivamente: “son ricos en demasía” (v. 137). El autor anónimo también nos informa, sin embargo, que “los varones de Castilla siempre fueron rebeldes” (v. 138). Y justo después la ideología del autor se hace evidente:

Castilla la ínclita, levantando cruelísimas guerras, apenas quiso doblegar su cuello a rey alguno: vivió en rebeldía mientras brilló su estrella en el

horizonte. La sagacidad del emperador la domeñó en todo momento. Sólo él domó a Castilla como a una pollina poniendo sobre su cuello indómito el nuevo yugo de la ley. (vv. 138-144)

El autor así valora a los castellanos y su naturaleza rebelde sólo para ampliar el renombre de su señor, Alfonso VII, en su habilidad de controlarlos. Por extensión, entonces, la inclusión del Cid como castellano ejemplar marca una subordinación semejante de lo castellano a lo leonés y así fácilmente se distinguen los registros del *PA* y el *PMC*: el primero por un autor leonés con motivos cortesanos claros; el segundo por un autor castellano con intenciones cortesanas algo menos evidentes.<sup>25</sup>

### La Crónica najerense

La *Chronica Naierensis*, o *Crónica najerense* es un texto que fue probablemente compuesto entre 1174-1194. Sirve de una suerte de compendio de conocimiento, tomando mucha de su autoridad de la Biblia, fuentes clásicas, y previos historiadores de la Península como San Isidoro. Se piensa además que el compositor tomara mucha información de los cantares de gestas.

---

<sup>25</sup> Hay dos otros casos del *PA* que pueden tener relación con el *PMC*: el vínculo entre Álvaro Fañez y el Cid y la posible influencia de la caracterización del Poncio, líder de los extremeños, al Cid del *PMC*. Con respecto al primero, aquí Álvaro Fañez y el Cid aparecen juntos por primera vez y así parece muy probable que el *PA* sirviera de modelo para el autor del *PMC* cuando los empareja cincuenta años más tarde. Esta suposición no quita la posibilidad de la existencia de una tradición oral que los hubiera conectado, pero dado nuestra perspectiva individualista, cabe mencionar la posibilidad de esta conexión intertextual. En cuanto al segundo caso, la descripción del Poncio y sus mesnadas, que viene justo después de la descripción de los castellanos, es muy parecido a la imagen del Cid que ciertos críticos modernos quieren hacer del Cid—un jefe militar invencible de territorios fronterizos. Las semejanzas se destacan más en la siguiente estrofa:

Es el flagelo de los moros, testigo fue más tarde Almería. El cónsul Poncio prefiere ser desterrado antes que dejar de manejar la espada en tiempo de campaña; estimado siempre del emperador por esta virtud, fue enriquecido con favores reales a causa de las guerras vencidas. (vv. 180-184)

El testimonio najerense menciona al Cid cuando relata la muerte de Fernando I. A diferencia del *PA*, la *CN* nos provee una buena perspectiva de la relación rey-vasallo; no obstante, el Cid le sirve al autor sólo en cuanto a su relación con Sancho II. Cuando éste desaparece de la historia, también lo hace el Cid.

A diferencia del *PMC* más tardío, en la *CN* la relación rey-vasallo y la dinámica *fortitudo-sapientia* se mezclan de modo inseparable. Aquí, en un texto que puede afirmarse más objetivo—al menos en términos abiertamente políticos—debido a su composición en un monasterio benedictino, es Sancho II, primer señor del Cid, quien se retrata como un hombre pueril<sup>26</sup> y “lleno de ira” (Estévez 176) y no Alfonso VI. Esta caracterización seguramente puede revelar algunas simpatías ideológicas con León, pero al mismo tiempo Sancho bien pudo haber sido así en realidad. De hecho, esta descripción concuerda con la de la *CRC*, un texto que sin duda favorece a Castilla, cuando describe a Sancho como “turbulento y belicoso” (26). De todos modos, el Cid de la *CN* se caracteriza como tan leal vasallo como el del *PMC*, incluso si el primero no se desarrolla hasta las mismas alturas.

Como mencioné arriba, en la *CN* nuestros dos primeros criterios se combinan para crear un héroe que utiliza sus cualidades heroicas—*fortitudo* y *sapientia*—para defender a su señor y probarse leal. Esto se trae al primer plano durante la batalla de Golpejera en que las fuerzas castellanas se encuentran superadas en número por las fuerzas leoneses.

---

<sup>26</sup> De hecho, parece haber una relación entre la siguiente descripción de Sancho después de la muerte de su padre y el retrato de Alfonso en el *PMC*:

El rey Sancho, siendo como era generoso, robusto de fuerzas, duro de ingenio, instigado por las habladurías de algunos que le afirmaban que en la partición y en el reparto del reino él había quedado empequeñecido y en inferior posición, y pensando que había sido engañado, no pudo sobrellevarlo en su ánimo. (Estévez 174)

Este rey se parece mucho al del *PMC* que deja que los *malos mestureros* le convenzan de la maldad del Cid.

Sancho intenta a animar sus tropas con un discurso que casi se podría ubicar en la boca del Cid del *PMC*:

Si ellos son más numerosos, nosotros somos mejores y más fuertes. Y aún más, comparo mi lanza con mil soldados y la de Rodrigo Campeador, con cien soldados. (Estévez 176)

Las palabras de Sancho no comparten el mismo sentido de humildad que las del Cid en el *PMC*. Pese a esto, o tal vez por esto, el Cid responde a la alocución de Sancho de acuerdo con su personalidad en el *PMC*:

A esto respondía Rodrigo que lucharía solamente y con la ayuda de Dios con un solo caballero y que habría de suceder lo que Dios dispusiera. (176)

El lector moderno que visualiza este escenario no puede sino reírse al leer cómo Sancho, en frente de todo el ejército castellano, insiste al Cid que pueda luchar “con cincuenta, con treinta, luego con veinte o al menos con diez” (176); no obstante, el Cid sigue siendo humilde y mantiene que sólo lucharía con un caballero con la ayuda de Dios. Así sienta precedente para el guerrero mesurado y pensativo que encontramos en el *PMC*.

A pesar de su personalidad humilde, el Cid de la *CN* sabe luchar. En un momento de ironía—ya sea intencional o no—el próximo escenario tiene al Cid persiguiendo a catorce caballeros leoneses que han apresado a Sancho; aquí Rodrigo demuestra su *fortitudo*. Recogiendo una sola lanza maltirada, el Cid se prueba capaz de soltar a Sancho y, peleando juntos, vencer a los catorce caballeros (Estévez 177).

La otra acción bélica principal del Cid en la *CN* tiene que ver con la traición durante el asedio de Zamora. En ésta, el Cid de nuevo manifiesta buen equilibrio de *fortitudo* y *sapientia*. Tras el asesinato de Sancho por Bellido Dolfos, el Cid sagazmente intuye la desgracia de Dolfos y al verlo huir por caballo, toma acción: lo persigue y logra dar al

caballo de Dolfos una lanzada en su huida. Al regresar al campamento, el Cid demuestra aun más su lealtad ferviente a su señor muerto por sus acciones angustiadas:

Y así regresa al campamento Rodrigo mesándose los cabellos y golpeándose la cabeza con los puños, llora enloquecido la muerte de su señor en medio de un griterío en el que se entremezclan los gemidos. (Estévez 179)<sup>27</sup>

Así el guerrero sombrío ha llegado a un estado mental de delirio afligido precisamente por el amor que le tiene a su señor. Este escenario recuerda a los primeros versos del *PMC* en que vemos las lágrimas del Cid al ser exiliado. Por eso, y por las otras muestras de la lealtad en extrema del Cid del *PMC*, fácilmente podemos advertir la manera en que el poeta del *PMC* pudo haberse basado en la *CN* al retratar su propio el Cid. Tanto en la *CN* como en el *PMC*, la lealtad del héroe nunca flaquea.

### *Linaje de Rodrigo Díaz*

La última en la línea de textos cidianos anteriores al *PMC* es el fragmento llamado el *Linaje de Rodrigo Díaz*. Se instaló en formas variantes—aunque todas ya en romance—en manuscritos del *Liber Regum* y muestra una clara influencia de la *CN* en su relato de la batalla de Golpejera y la traición de Bellido Dolfos. Compuesto hacia el final de 1194, el *LRD* traza la genealogía del Cid hasta sus orígenes remotos y legendarios. El autor navarro del *LRD* tenía sus propios motivos ideológicos para crear este linaje, pero lo que nos preocupa aquí es el desarrollo de la historia cidiana hasta el *PMC* y este breve fragmento puede decirnos mucho sobre la fama del Cid a finales del siglo XII.

---

<sup>27</sup> No vemos la misma reacción apasionada en el *PMC* salvo con respecto a la separación y reunión más tarde entre él y Jimena. Esto daría apoyo a los que hacen hincapié en el nuevo papel conyugal y paterno del Cid en el *PMC*.

Sobre las cualidades vasalláticas impecables del Cid, no queda duda en el *LRD*. Una y otra vez el autor enfatiza el hecho de que “no ovo migor cavayllero de Rodic Diaz” (31; 32). Sin embargo, debe notarse que todas estas menciones de la lealtad vasallática del Cid en el *LRD*, tal como la *HR*, se relacionan con la relación entre éste y su primer señor, Sancho II. Cuando el autor pasa a la etapa alfonsí, ni siquiera hay una mención de sus virtudes como vasallo y bien podemos proponer el motivo de esto: tanto el *LRD*, como la *HR* y el *CC*, sienta precedente para la mala fama de Alfonso que ocuparía un lugar importante en la trama del *PMC*. Mientras el autor nos cuenta que Sancho, en referencia a Rodrigo, “amolo muyto et dioli su alferizia” (31), y de cómo el Cid defendió a Sancho y le sirvió como vasallo perfecto, la descripción que nos ofrece sobre la relación entre el Cid y Alfonso no podría ser más fría. De acuerdo con el estilo picado de narrar, el autor nos cuenta cómo el Cid servía bajo Alfonso, cómo mató a un famoso caballero navarro y, sin amenaza ninguna, bruscamente pasa al párrafo siguiente:

Pues lo ytó de tierra el rey don Alfonso a Rodic Diaz a tuerto, así que non lo merecio, que fu mesturado con el rey, et yssios de su tierra. (33)

Así tenemos una secuencia que parece mucho a ella que se describirá pocos años después en el *PMC* y es precisamente este asunto que marca el *LRD* como precursor directo del poema. Se establece la injusticia de Alfonso y se sugiere la participación de los “malos mestureros” que, hasta este punto, quedan anónimos. La frase “a tuerto” se destaca ya que implica claramente que Alfonso no constituye un rey modelo; no obstante, mientras esta situación desafortunada se arregla en el *PMC*, Alfonso nunca se vindica por el autor del *LRD*. Tras su exilio a las manos de Alfonso, el Cid sale para tierras extrañas y traza una línea que probablemente parece mucho a su carrera histórica. Entonces, mientras el Cid se comporta como vasallo perfecto durante su estancia con Sancho, se muestra más independiente y

rebelde tras haber sido desterrado por un Alfonso injusto. Esta aparente falta de un deseo de reconciliarse con Alfonso marca la diferencia principal entre las caracterizaciones del *PMC* y del *LRD*.

En cuanto a la dinámica *fortitudo-sapientia* que el Cid del *PMC* demuestra tan capazmente, no llega a jugar un papel tan equilibrado en el *LRD*. En efecto, tenemos muchos indicios de su *fortitudo* pero ni nada sobre su *sapientia*. Mientras el Cid del *LRD* “presó...al rey don Garcia con sus ombres” (32), “dioli [a Bellido Dolfos] una lanzada” (32), y luchó con “XIII reyes” musulmanes (34), no hay muestra ninguna de su naturaleza meditabunda o estratégica. Esto nos debe llevar a concluir que, aunque podemos atisbar estas cualidades duales en la *HR*, el levantamiento de esta dinámica a la altura decisiva que ocupa en el *PMC* marca una de las novedades principales en el desarrollo de la leyenda cidiana.

El aspecto más importante del *LRD* con respecto a nuestro estudio, sin embargo, tiene que ver con el supuesto asunto primario del texto: el linaje del Cid. En efecto, el texto navarro establece la castellanidad del héroe de manera que lo sitúa bien para su refundición subsiguiente en el *PMC*. Al nivel textual, el linaje del Cid se presenta antes de sus hazañas ya comentadas. Lo más importante es la afiliación genealógica del Cid con uno de los míticos “iudices de Castieylla” (30), Laín Calvo. Esta relación nos puede recordar de la *HR*, y bien pudo haber alguna influencia del segundo en el primero; no obstante, el *LRD* va aun más allá a mencionar otro juez, “Nuevo Rasuera” (30). Esta insistencia en la relación, ya sea genética o no, del Cid con no solamente una sino las dos figuras más

representativas de la independencia castellana deja la cuestión de su identidad geopolítica bien resuelta.<sup>28</sup>

Una pura identidad castellana para el Cid se complica en el *LRD*, no obstante, por dos razones. La primera se trata de su genealogía. Tras trazar una línea larga de sus antepasados, todos de familias castellanas, el autor nos dice:

Diac Layniç prisó muger fija de Roy Diaz Alvariz d'Esturias, et fo muyt bon ombre, et muy rico, et ovo en eylla a Rodric Diaç. (31)

¡La misma madre del Cid se revela ser asturiana! Por lo tanto, pese al servicio y camaradería que existía entre él y Sancho II de Castilla, el hecho queda patente de que es medio navarro genéticamente. La segunda complicación se hace evidente al considerar su matrimonio con “dona Xemena, nieta del rey don Alfonso, filla del conte don Diago de Asturias” (34). Y así tenemos otra conexión asturiana que efectivamente se relaciona con la fortuna de los hijos del Cid, ellos tampoco siendo castellanos puros. Tras haber expuesto estas complicaciones, hay que compararlas con la representación del Cid que nos enfrenta en el *PMC*. Al hacerlo, advertimos que, de acuerdo con el propósito ideológico a favor de Castilla, nunca se revela el linaje del Cid para no contaminar la imagen de un héroe castellano inmaculado y conmovedor.

---

<sup>28</sup> Parece que el autor navarro tenía motivos ideológicos a favor de León ya que también conecta la figura de Nueno Rasuera con Alfonso VII, el Emperador:  
Del linage de Nueno Rasuera vino l'Emperador. (30)



## CAPITULO 3

### EL POEMA DE MIO CID

Ahora bien, teniendo en cuenta las historias latinas y las representaciones del Cid que ofrecen, tornemos la atención al *PMC*. Como se verá, el *PMC* reformula artística e ideológicamente el héroe para sus propios fines. Pretendo analizar cómo el Cid se cambia en el *PMC* y después considerar los motivos posibles del autor en hacerlo.

#### La relación rey-vasallo

Se ha propuesto, con cierta razón, que la honra sea el tema central del *PMC*.<sup>29</sup> El poema comienza con la pérdida de honra y nos presenta con un Cid indigente. A lo largo del poema, el Campeador va reclamando su honra por medio de victorias militares y la acumulación de riquezas. Si bien la honra es el tema principal, está inextricablemente ligado a la sociedad feudal y nociones de parentesco antiguo.<sup>30</sup> Sin embargo, mientras la honra es algo personal—aunque sí tenía implicaciones sociales profundas—yo creo que la lealtad representa una prueba más visible de la reafirmación del poder monárquico y central que se hace en el poema. Eso dicho, parece quizá más apropiado afirmar que la lealtad impecable del héroe, una novedad en la tradición cidiana, es lo que posibilita su éxito final ya que anima al Cid a sus victorias militares y económicas. Efectivamente, en el transcurso del poema, se nos presenta un héroe indigente y un rey injusto que van

---

<sup>29</sup> Véase Deyermond, “El *Cantar de Mio Cid* y la épica medieval española”, por ejemplo.

<sup>30</sup> M. E. Lacarra (1995) ha estudiado muy cabalmente las distinciones entre la honra de hecho y la honra de derecho.

cambiándose hasta el final cuando vemos a un héroe enriquecido y un rey que ha entrado en razón. En mi opinión, la relación entre el “Canpeador leal” (v. 396) y el rey bien puede considerarse el eje central de la trama, y así, yo propondría que la lealtad—que implica tanto al Cid como al rey—y no la honra—que pertenece a una lucha más individual—sea el fundamento de la relación rey-vasallo. El Cid, que se presenta como el vasallo perfecto, se muestra moralmente superior al rey de modo que, hacia el final, el rey se convierte en un monarca que el vasallo merece. En ese momento, el lamento famoso del pueblo burgalés—“¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señore!”—se contesta.

Aunque Alfonso no tiene una presencia visible en el *PMC* hasta el cantar tercero, su presencia autoritativa se siente desde el comienzo hasta el final. Así pues, al llegar a Burgos tras haber sido exiliado, el Cid y su mesnada no reciben ayuda de los burgaleses por miedo del decreto de Alfonso que lo prohíbe:

Conbidarle ien de grado, mas ninguno non osava:  
el rey don Alfonso tanto avié la grand saña. (vv. 21-22)

A continuación, la explicación de la poética “niña de nuef años” hace claro su estado de exilio y, después:

Ya lo vee el Cid que del rrey non avié gracia (v. 50)

Dada esta ausencia física, la relación entre el rey y su vasallo se ve en mayor parte desde la perspectiva del segundo hasta que llegamos al cantar tercero. Lo que se presenta una y otra vez es la lealtad del Cid—que asume una manifestación física en la barba—al rey aún cuando los lazos vasalláticos ya habían sido rotos por el destierro. Esta novedad en la caracterización del Cid tiene un impacto inmenso en el desarrollo del *PMC*, como se va a ver.

En cuanto al rey Alfonso, no es audaz afirmar que merece el reproche del público al principio por dejarse ser corrompido por los “malos mestureros”.<sup>31</sup> Y aunque la crítica generalmente no ha admitido que el rey sea condenado directamente en el poema, yo creo que el tono negativo hacia Alfonso en el primer cantar es bastante evidente. Partiendo de tal interpretación, se debe entender ese famoso lamento del pueblo burgalés como una clara condenación de Alfonso.<sup>32</sup> El hecho de que el Cid echa la culpa de su destierro a sus “enemigos malos”, en vez de al rey, no quita la relevancia de esta afirmación, sino que cuadra bien con el propósito del autor que quería retratar al Cid como vasallo perfecto; por eso, pone el reproche en la boca del pueblo y no en la del héroe intachable.

Y los burgaleses, encarnación poética de la opinión pública, condena al rey con toda razón. El Alfonso de la primera mitad del poema se muestra pueril por su aceptación dócil de la calumnia perpetrado por García Ordóñez y su bando y así cae fuera de los ideales de la sociedad feudal. No cumple con su papel como el garantizador de la justicia sino deja que sus acciones sean guiadas por otros. Sin embargo, el Cid, por medio de su constante lealtad y perfección moral, le exige a Alfonso que se levante a la misma altura que él ocupa. Como resultado, el rey, gracias al Cid, se muestra a cargo de su propia persona en última estancia, algo que se destaca en el mayor grado en las Cortes de Toledo.

Si bien el Cid corrige la conducta del rey a través de su propio comportamiento, cabe preguntar cómo el Cid se muestra vasallo perfecto. La primera manera en que esto ocurre se manifiesta por su deferencia total a Alfonso. Esto se ve en el movimiento de su bando por

---

<sup>31</sup> Esta representación de Alfonso VI concuerda con la de Alfonso IX en la *CRC* (39-40). Ambos testimonios parecen admitir la bondad del rey leonés respectivo, pero los dos dejan que malos consejeros influyan sus decisiones.

<sup>32</sup> Por el otro lado, puede ser que el autor quisiera que ese refrán fuera ambiguo para no condenar al rey de manera directa sino de manera sutil que el público hubiera entendido.

el Levante y la distribución del botín de la guerra. Como ya se mencionó, ya rotos los lazos legales entre el Cid y Alfonso, el primero no le debe nada al segundo, como el Cid histórico sabía bien. No obstante, el héroe castellano del *PMC* le defiere a él en todo momento. Por ejemplo, ya exiliado y buscando su fortuna en tierras extranjeras, el Cid traslada a su mesnada tras la toma de Castejón para no molestar a Alfonso. En esta instancia, parecería que aún el Cid reconoce la injusticia y el rencor de Alfonso ya que supone que la mesnada de éste perseguirá a la suya aun fuera de Castilla. Sea así o no, la lealtad le inspira a salir porque “con Alfonso mio señor non querría lidiar” (v. 538). Al mismo tiempo, el Cid primero le ofrece la quinta parte del botín—la parte que se debía al rey por costumbre—a su compañero más favorecido, Álvar Fañez. No obstante, éste la rechaza según costumbre dado su posición inferior al Cid y la porción se manda a Alfonso quien debe aceptarla como la autoridad suprema.

Esto nos conduce a un aspecto importante de la sociedad feudal que debe mencionarse por su relación al *PMC*: la noción de un “gift economy”, primero avanzada por Mauss (1990). En efecto, esta noción se trata de las comunidades en las cuales los regalos se cambian, a menudo entre personas de distintos rangos sociales, como una práctica social regulada. Los regalos de tributo que el Cid confiere al rey son paralelos a su ascendencia social y económica de manera que, hacia el final, el Cid puede considerarse rey de Valencia.<sup>33</sup> El primer regalo del Cid a Alfonso viene tras la primera gran victoria en Alcocer. El héroe divide el botín y le manda al rey treinta caballos de su propia parte con todos los

---

<sup>33</sup> Para más sobre los regalos del Cid a Alfonso, véase el artículo de Francisco Miranda (2003).

Se debe notar que, además de los regalos de tributo al rey, el Cid brinda tributo paralelo al monasterio de San Pedro de Cardeña, un hecho que ha escapado la atención crítica; sin embargo, no será tratado en detalle aquí.

arreos y con espadas cada uno (vv. 816-818). De nuevo, Alfonso acepta el regalo del Cid, cumpliendo con su papel de rey. A cambio, el rey perdona a Álvar Fañez, primera evidencia de su cambio de actitud. Después de la toma de Valencia, el Cid registra bien el botín ganado y le manda cien caballos al rey Alfonso (v. 1274). Esta vez, Álvar Fañez lo encuentra en Carrión; esto, junto con el hecho de que Alfonso jura por San Isidro, el santo patrón de León, claramente marca al rey como leonés. Por un proceso asociativo, pues, el rey se conecta a los infantes quienes pronto revelarán su cobardía y naturaleza atroz. Todo ello es decir que todavía al segundo regalo del Cid el rey no se ha corregido. Sin embargo, su progreso se destaca por su concesión de que Jimena y las hijas del Cid, Elvira y Sol, se vayan a Valencia. Además, les devuelve las propiedades a los seguidores del Cid que había confiscado previamente. Así notamos que los regalos del Cid y las concesiones del rey se crecen de manera paralela, marcando la lealtad constante y el enriquecimiento creciente del uno y el cambio moral y político del segundo. Por fin, tras vencer al rey musulmán Yúcef, el Cid le manda al rey Alfonso no solamente doscientos caballos, sino también la preciosa tienda de campaña del rey vencido (vv. 1812-1814). En cada instancia, Álvar Fañez le enfatiza la lealtad del Cid, declarando que él considera a Alfonso como su señor. El tercer regalo confirma la opinión cambiante del rey al Cid y el primero admite: “él lo merece e de mí abrá perdón” (v. 1898b). Como consecuencia de este perdón, no obstante, Alfonso concede al plan de los infantes que desean casarse con las hijas del Cid por las riquezas y honra que ha ganado. Y así, ya acabado la *ira regia* formal, comienza la última etapa del conflicto entre Alfonso y el Cid.

Los propuestos matrimonios complican la relación rey-vasallo que parece estar por arreglarse. Por un lado, los matrimonios de las hijas del Cid, un mero infanzón, con infantes

de la alta nobleza hubieran sido considerados un gran honor; sin embargo, ya tenemos indicios de cómo la situación va a salir antes de que el rey la proponga a Álvaro Fañez:

‘Yo eché de tierra de buen Campeador,  
e faziendo yo a él mal e él a mí grand pro,  
del casamiento non sé sis’ abrá sabor (vv. 1890-1893)

Este comentario del rey llama la atención además por la admisión de que estuvo equivocado en desterrar al Cid. Este vislumbre pequeño de la resolución infeliz de los matrimonios se repite una y otra vez por las declaraciones del mismo Cid en cuanto al asunto. Por ejemplo, al recibir las noticias de Álvaro Fañez, “una grand ora pensó e comidió” (v. 1932) y así muestra su mesura que va a comentarse luego. No obstante, acaba por decir:

d’este casamiento non avría sabor,  
mas pues lo conseja el que más vale que nós,  
fablemos en ello, el la paridad seamos nós. (vv. 1939-1941)

Y así llega a ser evidente que el Cid es leal a Alfonso hasta en el error. Aunque él no está de acuerdo con los matrimonios, cumple con su papel de vasallo ideal y acepta la proposición por respeto. La situación se repite durante el banquete en el Tajo. Tras haber sido perdonado oficialmente por Alfonso y haber escuchado la proposición formal de los matrimonios de la boca del rey ante todos los invitados, el Cid responde así:

‘Non abría fijas de casar,’ reespuso el Campeador,  
‘ca non han grant edad e de días pequeñas son.  
De grandes nuevas son los infantes de Carrión,  
pertenecen pora mis fijas e aun pora mejores.  
Yo las engendré amas e criártelas vós,  
entre yo y ellas en vuestra merced somos nós;  
afellas en vuestra mano don Elvira y doña Sol,  
dadlas a qui quisiéredes vós, ca yo pagado só.’ (vv. 2082-2089)

Así pues, el Cid afirma su desaprobación de la proposición y reafirma su lealtad al rey al mismo tiempo. Justo después, cuando el rey le agradece al Cid, el segundo una vez más

reitera este punto: “Vós casades mis fijas ca non ge las do yo” (v. 2110). Aunque depende de la interpretación del crítico, parece que el Cid ya alberga desconfianza a los infantes. No tenemos indicios suficientes para explicar esta desconfianza, pero, de acuerdo con el tono general anti-leonés del *PMC*, yo creo que la sospecha del Cid viene marcada por la ideología y propósitos propagandísticos del autor castellano que quiere implicar que toda cosa leonesa no es de confiar. Y así el Cid de nuevo se desentiende del asunto al embarcarse hacia Valencia. Le dice al rey:

pues casades mis fijas así commo a vós plaz,  
dad Manero a qui las dé cuando vós las tomades;  
non ge las daré yo con mi mano nin dend non se alabarán. (vv. 2132-2134)

Y luego, al dar las noticias a Jimena y sus hijas:

A vós digo, mis fijas, don Elvira e doña Sol,  
d’este vustro casamiento crecemos en onor,  
mas bien sabet verdat, que non lo levanté yo:  
pedidas vos ha e rogadas el mio señor Alfonso  
atán firmemientre e de todo coraçón  
que yo nulla cosa nol’ sope dezir de no.  
Metívos en sus manos, fijas amas a dos;  
bien me lo creades que él vos casa, ca non yo. (vv. 2197-2204)

El deseo del Cid de desentenderse de los matrimonios y su aparente sospecha de que no van a salir bien sólo se puede comprender como una desconfianza subyacente de la nobleza leonesa. Como reconoce el Cid, los matrimonios de sus hijas con nobles de tan alto rango social les traerán mucho honor; sus hijas, además, piensan en el aspecto económico de os dichos matrimonios (v. 2195). Pero la sospecha innegable del Cid frente a tales matrimonios tiene que entenderse como manifestación del sentimiento anti-leonés del autor. La naturaleza vil de los infantes se muestra poco después en Valencia, pero estos primeros indicios de la desconfianza el Cid se relacionan de modo directo con la ideología general anti-leonesa del poema y le hubiera indicado al público contemporáneo los

acontecimientos del porvenir. No obstante, aunque fuera sospechoso, el Cid no desvía de su rol como un vasallo leal por excelencia.

La aceptación de la voluntad del monarca por parte del Cid permite que siga siendo un vasallo perfecto. Esta lealtad extrema, aun cuando se hacen obvias las dudas del Cid, constituye un cierto éxito literario en el desarrollo del personaje. Cuando damos por hecho que el Cid sea idealizado del autor, asimismo reconocemos que cualquier disensión por parte del héroe no habría permitido la consistencia poética de su personaje.

Se advierte la lealtad extrema del Cid a Alfonso en otros momentos del poema también. Cuando los dos reúnen en el río Tajo, por ejemplo, el Cid, al ver a Alfonso,

los inojos e las manos en tierra los fincó,  
las yerbas del campo a dientes las tomó,  
llorando de los ojos tanto avié el gozo mayor;  
Y el poeta lo deja bien claro que  
assí sabe dar omildança a Alfonso so señor. (vv. 2021-2024)

Pero Alfonso rechaza esta muestra de sumisión extrema y le dice al Cid:

‘Levantados en pie, ya Cid Campeador,  
besad las manos ca los pies non;  
si esto non feches, non avredes mi amor.’ (vv. 2027-2029)

Parece que el Cid aquí se ha extendido demasiado en su lealtad humilde a Alfonso. La respuesta del segundo señala el acercamiento social de los dos; no obstante, el Cid nunca llegará al estado del rey formalmente—aunque a todos los efectos y propósitos sí lo es en Valencia al final del poema—pero ahora ya no es exiliado y ha vuelto a ser un vasallo oficial del monarca castellano. Así el tomar hierbas en los dientes sobrepasa los límites de su estado social, algo que Alfonso corrige de inmediato. Lacarra interpreta esta escena según las normas sociales del momento:

Las acciones de ambos son esenciales al mensaje del poeta, pues es necesario que el Cid insista en la sumisión a su señor y que el rey restaure su honra y le



confiera el honor que merece sin trastocar los papeles que a cada uno les corresponden, es decir, sin olvidar por ello ni los deberes de obediencia y lealtad del vasallo ni los privilegios reales del Sobrerano. (1995: 192)

Todo ello, sin embargo, junto con la lealtad mantenida a lo largo del relato, sirve un propósito que, a mi parecer, no se puede disputar: el de retratar al Cid como un vasallo perfecto. Luego vamos a comentar los motivos posibles del poeta en hacerlo, pero, por el momento, consideremos otro aspecto que va junto con la perfección del héroe—la reformulación novedosa de una dinámica literaria antigua: el equilibrio del *fortitudo* y *sapientia*.

#### *Fortitudo y sapientia*

El *PMC* nos presenta con un Cid sabio. Su sabiduría se muestra en varias instancias y se extiende hasta incluir no solamente el saber militar del héroe sino también la mesura en todos casos.<sup>34</sup> Lejos del joven travieso de quien las crónicas tardías nos cuentan, el Cid del *PMC* es viejo, aproximando los años finales de su vida, pero aún sabe luchar, de tal modo que su *fortitudo* se ve fácilmente a lo largo del *PMC*. El autor, sin embargo, pone énfasis particular en su habilidad de pensar las cosas antes de actuar. De hecho, esta habilidad suya contrasta con la obvia falta de moderación entre varios otros personajes y le marca como héroe único en la literatura épica medieval. Nos conviene aquí buscar indicios españoles que cuenten cómo un líder debe ser. Tal búsqueda pronto nos lleva al manual legal de

---

<sup>34</sup> Aunque Martín (2001, 253) opina que la mesura es un aspecto novedoso del *PMC*, sabemos de nuestro examen de la *HR* por lo menos que ya había un cierto enfoque en la mesura antes. No obstante, claro está que el autor del *PMC* quería enfatizar la mesura como un rasgo particularmente heroico por el contraste entre el Cid y los personajes sin mesura como, por ejemplo, Alfonso, el conde de Barcelona, Pedro Bermúdez, y Ansur González. Francisco Rico también ha llamado la atención al énfasis novedoso dado al héroe en el *PMC* (xxxix).

Alfonso el Sabio, *Las siete partidas*, probablemente escritas entre los años 1256 y 1265 según uno de los manuscritos más antiguos que tenemos conservado hoy. El título de la quinta ley del título veintitrés de la segunda partida es: “Como deue ser los cabdillos esforzados contra los enemigos” (edición de López 84). A pesar de este nombre, la mayoría de esta sección discute cuán importante es que los caudillos de guerra sean sabios: “Esfuerço e maestria e seso son tres cosas que couienen en todas guisas q ayan los bien quieren guerrear...el seso les hara q obren de cada una destas, en el tiempo, e en lugar, que conueniere.” (84). Así para Alfonso X, escribiendo poco tiempo después del autor del *PMC*, el “seso” es lo que hace un caballero. Sigue diciendo:

E otrosí cataron los sabios antiguos, sobre todo, que el cabdillo ouielle buen seso natural, por que sopiesse guardar la verguença, alli do conuiene:e el esfuerso,e la sabiduria, cada una en su lugar, por que es seso es sobre todo...faze otrosí a la sabiduria, obrar alli,do deue.E faze el uso cambiar de una manera por otra, segund conuiene a los hechos. (85)

Y a continuación:

E a vn dixeron los antiguos,que los cabdillos,deuen auer dos cosas,que semejan contrarias. La vna que fuessen fabladores.E la otra calladores. Ca bien razonados, e de buena palabra, deuen ser,para saber hablar,con las gentes,e apercibir las,e mostrar les,lo que han de fazer, ante que vengan al fecho. Otrosi deuen auer buena palabra,e rezia,para dar les cóorte,e esfuerso,quando en el fecho fueren e callado deue ser de manera,que nó sea cotidianamente fablador, por que ouiesse su palabra a enuilecer,entre los omes:ni deue otrosi alabar se mucho, de lo que finiere, ni contar lo de otra manera, que non fuesse...Ca el fecho de guerra,es todo lleno de peligros,e de aventuras e demas, el yerro que ay aviniere non se puede después bien emendar. (85)

Así, tenemos el testimonio de un rey, fechado unos cincuenta años después de la supuesta composición del *PMC*, que señala explícitamente las cualidades que un líder militar debe tener. Dadas estas circunstancias, fácilmente se puede suponer alguna influencia del *PMC* en la ideología política de Alfonso X. Pero tal teoría no se tiene que atrever. Basta decir que,

en *Las siete partidas*, Alfonso bosqueja los ideales del liderazgo militar de su época. La cercanía histórica con que nos encontramos con el *PMC* hace posible una comparación con la manera en que el Cid se presenta allí. Seguro es que los dichos valores no se podían cambiar mucho dentro de tan poco tiempo, y, efectivamente, cuando aplicamos esta ley de Alfonso al personaje del Cid del *PMC*, resulta muy informativo. Vemos que el seso del Cid no solamente radica en su saber militar, sino que extiende a su carisma personal que se ve en sus comentarios ingeniosos y la habilidad de saber cuándo hablar y cuándo callar.

La medida militar del Cid se manifiesta por la primera vez cuando él y sus vasallos sitian a Alcocer. En lugar de atacar Alcocer con una fuerza pequeña y debilitada, crea una estrategia en que finge retirarse. Los moros, pensando que se está dando por vencido, salen de la fortaleza a atacarles pero de pronto se encuentran engañados y emboscados.

Los grandes e los chicos fuera salto dan,  
al sabor del prender de lo ál non piensan nada,  
abiertas dexan las puertas que ninguno non las guarda. (vv. 591-594)

Viendo las puertas ya abiertas, al Cid le anima a luchar:

‘¡Firidlos, cavalleros, todos sines dubdança!’ (v. 597)

El saber cuándo planear y cuándo atacar le gana Alcocer.

El segundo ejemplo de la medida militar del Cid ocurre cuando él y sus vasallos se encuentran sitiados por los moros en Alcocer. Primero, de manera muy democrática, el Cid toma consejos de “los sos tornós” (v. 666). Minaya le aconseja atacar y el Cid crea un plan de batalla. Llegada la hora de la batalla, dice a los vasallos suyos:

‘Quedas sed, me[s]nadas, aquí en este logar,  
non derranche ninguno fata que yo lo mande.’ (vv. 702-703)

Al ver los moros que se acercan, sin embargo, 'Pero Vermúdez', sobrino del Cid<sup>35</sup>, no se puede refrenar. Rompe la formación y corre solo para las líneas enemigas. De pronto se encuentra rodeado y emboscado por los moros y el Cid se da prisa para ayudarlo. El Cid nunca le reprocha a Pero Vermúdez por tal acción sin sentido, pero el contraste se ve bien claramente entre la medida sabia del Cid y la falta de moderación por la parte del joven. La derrota consiguiente de los moros muestra que el Cid es aún un luchador capaz.

La tercera vez que vemos la medida militar del Cid ocurre cuando éste recibe noticias del maltrato de sus hijas por los Infantes de Carrión.

Van aquestos mandados a Valencia la mayor,  
quando ge lo dizen a Mio Cid el Campeador,  
una grand ora pensó é comidió. (vv. 2826-2828)

Esta instancia cae fuera de lo normal en cuanto a la épica medieval. En vez de apurarse a vengarse de los Infantes, el Cid considera la situación. Tal consideración no se puede atribuir a ninguna falta de amor a sus hijas. Ya se ha mostrado el amor profundo que les tiene cuando las deja en el monasterio de San Pedro de Cardeña y de nuevo cuando las recibe en Valencia. El Campeador llora ambas veces por la alegría de verlas. Pero al oír las noticias, el Cid piensa y en última estancia proclama:

'Grado a Christus, que del mundo es señor,  
quando tal ondra me an dada los ifantes de Carrión;  
par aquesta barba que nadi non messó,  
non la lograrían los ifantes de Carrión,  
¡que a mis fijas bien las casaré yo!' (vv. 2830-2834)

Después, manda a Muño Gustioz al rey para entregar la queja formal. Esta insistencia en la ley por la parte del Cid ha dado lugar a varias afirmaciones sobre la identidad del autor. El

---

<sup>35</sup> Tal vez el autor utiliza a Pero Vermúdez como un reflejo del Cid joven, una referencia que habría sido entendido por una audiencia contemporánea.

énfasis dado al episodio de las cortes de Toledo y el vocabulario utilizado con respeto a las bodas y las correspondencias sugiere un autor notario o un autor conectado con el derecho en alguna manera. No me atrevo entrar en la polémica aquí, pero sí creo que estas consideraciones pesan mucho y que un juglar andante no habría tenido tal conocimiento del derecho. En cualquier caso, que el Cid opta perseguir a los Infantes de Carrión de modo legal y no de modo impulsivo es evidencia de su prudencia sabia. Si hubiera buscado y matado a los Infantes, no hubiera podido humillarles con la palabra primeramente y después vencerles físicamente a través de sus vasallos leales. Así, en última estancia, la habilidad singular de prever y mantener un equilibrio perfecto entre *fortitudo* y *sapientia* le permite al Cid salir con su honra intacta.

Por otro lado, la medida del Cid se destaca aún más por una comparación con otros personajes. En la instancia ya mencionada, la falta de medida por la parte de los moros les cuesta la fortaleza. La misma falta de medida casi le cuesta la vida a Pero Vermúdez. Es más, en el episodio con Ramón Berenguer, éste se muestra impulsivo. El autor le dice “follón” (v. 960) y sus acciones precipitadas llevan al Cid a concluir

que a menos de batalla nos' pueden dén quitar. (v. 984)

Así tenemos un Cid que quiere evitar una batalla con otro cristiano pero se encuentra obligado cuando el Conde airado insiste. Ramón Berenguer ignora la admonición del Cid<sup>36</sup> y le ataca sin pensar, la consecuencia consiguiente siendo su prisión. Los Infantes de Carrión y García Ordóñez se muestran sin medida varias veces también, pero el caso del rey es un poco más complicado. Como ya se ha comentado, inicialmente el rey es rencoroso, bajo los

---

<sup>36</sup> 'Digades al conde non lo tenga a mal, de lo so non lievo nada, déxem' ir en paz.' (vv. 977-978)

consejos de otros malos. A medida de que avanza el *PMC*, sin embargo, el rey se convierte en buen señor. Desde tomar tales acciones como el exilio del Cid y el casamiento de los infantes de Carrión con sus hijas, ambos actos realizados sin mucha reflexión, se muestra un rey prudente en última instancia. Esto se nota cuando Muño Gustioz llega de Valencia con noticias del Cid. Le avisa al rey que el Cid quiere

que ge los levedes a vistas, o a juntas o a cortes (v. 1944)

En este episodio, puede verse cómo Muño Gustioz le prepara al rey con palabras sutiles y suaves. Le dice:

tienes' por desondrado, mas la vuestra es mayor,  
e que vos pese, rrey, como sodes sabidor;  
que aya Mio Cid derecho de ifantes de Carrión. (vv. 2950-2952)

Así Muño Gustioz halaga al rey y provoca una respuesta favorable. Al oír el mensaje del Cid, y por la primera vez en el *PMC*,

El rrey una grant ora calló e comidió (v. 2954)

Uno tiene la impresión de que es ese momento preciso en que el rey se da cuenta de que ha sido imprudente en el pasado. Le responde al Muño:

Verdad te digo yo que me pesa de coraçon  
e verdad dizes en esto, tú, Muño Gustioz,  
ca yo casé sus fijas con ifantes de Carrión;  
fizlo por bien que fuesse a su pro.  
¡Si quier el casamiento fecho non fuesse oy! (vv. 2955-2958)

Esta comprensión le conduce a hacer algo que no ha hecho en mucho tiempo:

andarán mios porteros por todo mio rreino,  
pora dentro en Toledo pregonarán mi cort. (vv. 2962-2963)

Así el rey se convierte en bueno y su insistencia consiguiente en el derecho lo muestra un rey justo. Es más, su indignación hacia los nobles que le rodean y su obvia preferencia por el Cid durante las Cortes de Toledo trabajan juntos para reconciliar el señor y el vasallo y

retratar a los dos como hombres con mesura, asegurando así el desenlace feliz, algo no muy común en el género épico.

Ahora cabe mencionar otras facetas de la mesura del Cid. Como correctamente señala Martín, los dos episodios principales del *PMC* en que esto se nota son la resignación del Cid al ser exiliado y la reacción de éste al recibir las noticias del maltrato de sus hijas (2001: 253). Ambos casos le proporcionarían al héroe típico del género épico una oportunidad de airarse y reaccionar violentamente, pero eso no pasa en el *PMC*. De hecho, la única vez que el Cid temporalmente pierde la compostura ocurre cuando responde a las acusaciones de Ansur González durante los casos jurídicos hacia el final. Por lo general, no obstante, el Cid se retrata como moderado y sagaz como pueden observarse en los dos episodios mencionados.

Es claro que el destierro le afecta mucho al Cid. Así con los primeros versos del poema que, aunque potencialmente no sea intencional, comienza hermosamente *in media res*, ya tenemos un sentido del dolor personal del Cid:

De los sos ojos tan fuertemiente llorando,  
tornava la cabeça e estávalos catando.  
Vio puertas abiertas e uços sin cañados,  
Alcándaras vazías, sin pieles e sin mantos,  
E sin falcones e sin adtores mudados.  
Sospiró mio Cid, ca mucho avié grandes ciudados,  
Fabló mio Cid bien e tan *mesurado*:  
--¡Grado a ti, Señor, Padre que estás en alto!  
¡Esto me an buelto mios enemigos malos!—(vv. 1-9; el énfasis es mío)

La habilidad del autor en transmitir las emociones del Cid es notable y la apariencia temprana de un derivado de la palabra *mesura* nos debe señalar que ya estamos frente a otro tipo de héroe que presentan los textos anteriores. Las lágrimas y el suspiro solitario reflejan no solamente un dolor profundo sino también un sentido de resignación y

esperanza. En efecto, desde el comienzo del poema se nos presenta con un héroe debilitado en una situación que no podría ser peor. El destierro medieval significaba no solamente la pérdida de la patria sino también la pérdida de todas las posesiones propietarias y, desde luego, el honor social que se extiende a los hijos—en efecto, muerte civil. Dadas estas circunstancias horribles, el lector debe esperar un porvenir más optimista ya que las cosas no pueden empeorarse. Enfrentado con el tratamiento injusto del rey, sin embargo, el Cid no da riendas sueltas a su ira sino que la controla, se resigna, y se pone a recobrar su honra. La medida del Cid aquí se le destaca tanto de los héroes épicos reaccionarios coetáneos, como Roldán y Sigfried, como los representantes clásicos, como Aquiles y Ulises. En contraste con el Cid histórico que, tras el primer destierro, sale a buscar servicio bajo el rey musulmán de Zaragoza que le hubiera traído en conflicto con Alfonso, el Cid poetizado acepta la injusticia, atribuyéndola al mismo tiempo no al rey sino a sus enemigos en la corte real. El papel de los calumniadores tiene su raíz en la tradición, pero el enfoque en la lealtad y medida del Cid son, en mayor parte, aspectos novedosos.

El Cid del *PMC* se comporta de manera semejante tras tener noticias del maltrato físico de sus hijas:

Van aquestos mandados a Valencia la mayor,  
cuando ge lo dizen a mio Cid el Campeador,  
una grand ora pensó y comidió (vv. 2826-2828)

Aquí ni siquiera un ataque feroz a sus hijas puede mover al Cid a reaccionar sin razón; más bien, el héroe mesurado considera la situación y sus opciones. De nuevo emerge de una situación resignado y con esperanza como bien reflejan los próximos versos:

¡Grado a Christus, que del mundo es señor,  
cuando tal ondra me an dada los infantes de Carrión!  
¡Par aquesta barba que nadi non messó,  
non la lograrán los infantes de Carrión,



que a mis fijas bien las casaré yo! (vv. 2830-2834)

Entonces, pese a la desgracia de los infantes, el Cid mantiene la frialdad y se anima a buscar mejores matrimonios para sus hijas, un deseo que se realiza en última instancia con los matrimonios con los príncipes navarros y asturianos. La medida del Cid hace posible su éxito ya que si se hubiera airado y desencadenado la guerra, se hubiera desgraciado a sí mismo y, aun peor, al rey Alfonso. La coacción del Cid y la queja oficial subsiguiente le marca como un nuevo tipo de héroe—un héroe “pragmático y verosímil” (Martín 2001: 279)—capaz de subordinar sus emociones a su papel de vasallo. Esta representación es interesante desde la óptica ideológica ya que, como señala Martín, cuadra bien con la aparición a mediados del siglo XII de héroes literarios que encarnan no solamente el poderío militar sino cualidades más moderadas debido posiblemente a alguna influencia eclesiástica (2001: 254-255).

Además de su saber militar y su admirable medida, el Cid del *PMC* se muestra muy ingenioso con respecto a su propia presentación y la manera en que se comporta con los demás. Todo ello lleva a un culto de personalidad basado en su carisma. La importancia de esta carisma, quizá aun mayor que sus victorias militares, es lo que le permite lograr su alta posición social al final del poema. Efectivamente, el Cid encarna las cualidades que un líder carismático debe tener: es un orador elocuente, un modesto distribuidor de regalos, y tiene un buen aspecto físico. Es más, el Cid sabe identificarse con la gente y, por eso, se le atrae a él. La humanidad del héroe se ve a lo largo del poema, manifestándose tanto por las mencionadas cualidades como por su carácter acomodadizo que se comenta en adelante.

Mucho se puede leer en las sonrisas del Cid. Una consideración detallada de lo cómico se puede encontrar en el artículo de John Rutherford (2006), pero me gustaría

discutir las sonrisas del Cid de modo diferente. El estudio de Rutherford tiene entendido que las dichas sonrisas del Cid nos pueden señalar la ironía y lo cómico, pero yo creo que se pueden tomar como indicios de la alegría y la agradabilidad del Cid. Tal suposición nos permite entender por qué la gente en el *PMC* es continuamente atraída a él. Esto entendido, la caracterización del Cid llega a ser mucho más compleja. No es solamente un caballero valiente, dotado de la habilidad de hacer la guerra, sino que su persona tiene otro lado que le hace sentir cómodo a la gente.

Vemos este aspecto por primera vez cuando el Cid acude a ver los judíos, Rachel y Vidas. Al entrar en la tienda del Cid, le besan las manos, y

Sonrisós' Mio Cid, estávalos fablando:  
'¡Ya don R Rachel e Vidas, avédesme olvidando! (vv. 154-155)

Así, el Cid se les dirige de manera informal y amigable. Uno podría suponer que este verso sugiera alguna interacción previa entre los dos judíos y el Cid, pero eso no es nuestro asunto aquí. De pronto, el Cid les habla cordialmente y, por mi parte, no veo ninguna razón por proponer que la sonrisa del Cid reprime algún sentido interno de ironía o de animosidad, como sugiere Rutherford. Claro está que los personajes de Rachel y Vidas sirven como *topoi* del judío codicioso, pero el tratamiento que reciben del Cid desvía algo las expectativas que este *topos* lleva consigo. El hecho de que el Cid emplea su naturaleza amigable para engañarles no nos importa aquí. Lo que sí nos importa es que es capaz de hacerles sentir cómodos y así puede salir con el dinero prestado.

La habilidad de atraer a la gente es algo que se ve a lo largo del *PMC* y se debe, por alguna parte, a sus dones oratorios. De acuerdo con la prescripción de un buen caballero que encontramos en *Las siete partidas*, el Cid se dirige a los suyos de manera muy directa que transmite un sentido de fortaleza interna; sin embargo, no habla innecesariamente.

Además, en sus discursos con su mesnada, no asume una postura dictatorial sino que expresa un sentido de democracia. Al ser exiliado, el Cid planifica su viaje y se dirige a su mesnada así:

El qui quisiere comer; e qui no, cavalgue.  
Passaremos la sierra que fiera es e grand,  
la tierra de rrey Alfonso esta noch la podemos quitar;  
después, qui nos buscare, fallarnos podrá. (vv. 421-424)

Hablándoles de tal manera, logra su propósito:

Vasallos tan buenos por corazón lo an,  
Mandadao de so señor todo lo han a far. (vv. 430-431)

En el asedio de Alcocer, después de que el Cid lo ha ganado, cuando se ven rodeado por moros, el Cid acude a sus hombres para determinar qué hacer:

‘decidme, cavalleros, cómo vos plaze de far.’ (v. 670)

Esta confianza en sus hombres sirve para fortalecer el vínculo entre el Cid y su mesnada a la vez que borra la línea entre líder y seguidor. El Cid se hace un líder justo y así tiene seguidores fieles.

No obstante, el Cid sabe que no se puede mantener tal mesnada sin dar regalos. Ya se ha mencionado el concepto de una sociedad basada en el repartimiento de regalos. Ese concepto es fundamental de un entendimiento del *PMC* y así quisiera destacar algunas instancias en que esto se ve. No olvidemos que, a pesar de que el Cid sea un líder justo y carismático, sus seguidores van con él para ganar el pan. El Cid no es ignorante de este caso y parte de su *sapientia* consiste en el saber mantener sus fuerzas satisfechas. Está continuamente repartiendo regalos de manera muy generosa en el *PMC*. Está claro que, según las leyes redactadas en *Las siete partidas*, el Cid legalmente les debió una porción del botín a sus seguidores, pero a menudo encontramos un repartimiento que parece ser aun

más generoso. Antes de salir de Castilla, cuando el Cid no tiene prácticamente nada, le dice a su mesnada así:

‘Oíd, varones, non vos caya en pesar,  
poco aver trayo, darvos quiero vuestra part.’ (vv. 313-314)

Tal generosidad en tiempos de apuros asegura la lealtad de la mesnada y da una expresión clara de las intenciones nobles del Cid. Estas intenciones se prueban cuando ya empiezan a gozar del botín de sus aventuras. Tras la venta de Alcocer—un testimonio de la *sapientia* económica del Cid—generosamente les premia a los de su mesnada:

¡Dios, qué bien pagó a sus vasallos mismos!  
A cavalleros e a peones fechos los ha rricos,  
en todos los sos non fallariedes un mesquino;  
qui a buen señor sirve siempre bive en delicio. (vv. 806-809)

El entusiasmo del autor parece sugerir que lo que el Cid da a los suyos sobrepasa la parte de que se es obligado legalmente. La generosidad del Cid y el buen trato que reciben los habitantes moros a sus manos les mueve a proclamar

‘¡Vaste, Mio Cid! ¡Nuestras oraciones váyante delante!  
Nós pagados fincamos, señor, de la tu part.’ (vv. 853-854)

Y aun lloran cuando se va. Además, después de tomar Valencia

Los que fueron de pie cavalleros se fazen;  
El oro e la plata ¿quién vos lo podrié contar?  
Todos eran rricos, quantos que allí ha. (vv. 1213-1215)

Y finalmente, además de su generosidad, se ve un Cid gallardo y coqueto después de haber vencido al rey marroquí. Antes de saludar a su mujer, habla a un grupo de admiradores femeninos así:

‘A vós me omillo, dueñas, Grant prez vos he gañado,  
vós teniendo Valencia e yo vencí el campo;  
esto Dios se lo quiso con todos los sos santos  
quando en vuestra venida tal ganancia nos an dada. (vv. 1748-1751)

Justo después, con respecto a estas damas, le dice a doña Jimena:

Estas dueñas que aduxiestes, que vos sirven tanto,  
quiero las casar con de aquestos mios vassallos;  
a cada una d'ellas doles dozientos marcos de plata,  
que lo sepan en Castiella a quién sirvieron tanto. (vv. 1764-1767)

Todo ello señala claramente el índole carismático y generoso del Cid. No se tiene que preguntar por qué acuden tantos hombres a servirle.

Si todo eso no fuera bastante, además es buen mozo. De hecho, a la medida que crecen sus riquezas, crecen las menciones de su aspecto físico. Hacia el inicio de sus andanzas, cuando le toma al conde de Barcelona prisionero, él y sus hombres se burlan del conde diciéndole, 'comed, comde', y el conde, por su parte, declara:

'Non combré un bocado por quanto ha en toda España,  
antes perderé el cuerpo e dexaré el alma,  
pues que tales malcalçados me vencieron de batalla'. (vv. 1021-1023)

Sin embargo, tal es el carisma del Cid que, a su salida, el conde ya le tiene de amigo. El aspecto físico del Cid también es mencionado con referencia particular a su barba. De hecho, el Cid se pone lo más perturbado cuando García Ordóñez insulta a su barba durante las cortes de Toledo. Con respecto a su barba, Ordóñez afirma:

Dexóla crecer e luenga trae la barba,  
los unos le han miedo e los otros espanta. (vv. 3273-3274)

Y el Cid estalla:

¡Grado a Dios que cielo e tierra manda!  
Por esso es luenga que a delicio fue criada;  
¿qué avedes vós, conde, por rretraer la mi barba?  
Ca de quando nasco a delicio fue criada,  
ca non me priso a ella fijo de mugier nada,  
nimbla messó fijo de moro nin de cristiana,  
como yo a vós, conde, en el castiello de Cabra. (vv. 3281-3287)

Pero aun antes de este episodio su la barba recibe mención. Cuando el Cid viaja desde Valencia a Castilla para recibir el indulto del rey, Alfonso

‘non se puede fartar d’él, tántol’ quieré de coraçón,  
catándol’ sedié la barba, que tan aínal’ creciera.  
Maravíllanse de Mio Cid quantos que í son. (vv. 2058-2060)

El crecimiento paralelo de su barba y sus riquezas no es fortuito. Aunque sea nominalmente evidencia de su lealtad a Alfonso, pertenece más bien a un señal externo de su ascensión social, política y económica. Tanto sus vestidos como la barba sirven para destacar la nueva afluencia del Cid. La mejor muestra de esto se ve cuando el Cid les viste su mesnada para ir a las cortes de Toledo. Esta instancia es importante por varias razones. Nos proporciona un buen indicio de la moda contemporánea y además sirve para indicar de manera clara la gran riqueza del Cid. Lejos de la banda de “malcalçados” con quienes nos encontramos más temprano en el *PMC*, ahora la mesnada es dotada de telas finas y arrees dorados. También nos indica la manera en que el Cid desea presentarse ante el rey y los otros nobles. Tal énfasis en la indumentaria se puede considerarse parte fundamental de la epopeya europea medieval, ya que se ve en la variedad alemana y francesa también. Este hecho refuerza su importancia si entendemos el género épico como un intento de retratar a una sociedad en su totalidad, señalando tanto sus valores, prácticas, y creencias, como las cosas cotidianas. En la cultura visual de la Europa medieval, la indumentaria sirvió para demostrar el poder y riqueza de uno sin obligarle a hablar siquiera; es decir, tenía el poder de transmitir tácitamente el estado social de una persona. De hecho, el *Fuero de Cuenca*, una amplia legislación de una sociedad fronteriza a finales del siglo XII, nos dice que la distribución del botín tomado en la guerra se dividía según la indumentaria y los accesorios de un hombre y no su estado social (166). Por todo ello, la indumentaria llegó a ser un

asunto polémico y las autoridades se vieron obligadas a emplear leyes suntuarias para mantener la jerarquía social que se fundamentaba en las apariencias. Entonces, aquí el Cid sabiamente quiere causar una buena impresión porque se da cuenta del poder que este tipo de representación lleva consigo. Por eso, manda a su mesnada:

Velmezes vestidos por sufrir las guarniciones,  
de suso las lorigas tan blancas como el sol;  
sobre las lorigas armiños e pellicones  
e, que non parescan las armas, bien presos los cordones,  
so los mantos las espadas dulces e tajadores;  
d'aquesta guisa quiero ir a la cort  
por demandar mios derechos e dezir mi razón.' (vv. 3073-3079)

A continuación, el autor describe en detalle los vestidos elegantes que el Cid se pone:

calças de buen paño en sus camas metió,  
sobr'ellas unos zapatos que a Grant huebra son,  
vistió camisa de rrançal tan blanca como el sol,  
con oro e cono plata todas las presas son,  
al puño bien están, ca él se lo mandó;  
sobr'ella un brial primo de ciclatón,  
obrado es con oro, parecen por ó son;  
sobr'esto una piel vermeja, las bandas d'oro son,  
siempre la viste Mio Cid el Campeador;  
una cofia sobre los peolos d'un escarín de pro,  
con oro es obrada, fecha por razón,  
que non le contal[!]assen los pelos al buen Cid Campeador;  
la barba avié luenga e prísola con el cordón,  
por tal lo faze esto que rrecabdar quiere todo lo suyo;  
de suso cubrió un manto, que es de grant valor. (vv. 3085-3099)

Y concluye por decir:

En él abrién que ver quantos que í son. (v. 3100)

Entonces, además de su *sapientia* militar, el Cid se comporta y se presenta de una manera que la gente se siente naturalmente atraída a él. Nuevamente, lo que me gustaría proponer yo es que se debe ampliar la consideración de la vieja dinámica *fortitudo-sapientia*. La formulación de Deyermond (1987) entiende esta dinámica como los dos lados del saber

militar. En el caso del Cid, sin embargo, hay que destacar también sus relaciones con los otros personajes del *PMC* y cómo se comporta. Al hacerlo, se encuentra que responde a la descripción de cómo deben ser los ‘cabdillos’ en *Las siete partidas*. Es locuaz y callado a la vez; es decir, sabe cuándo hablar y cuándo callar. Todos sus efectos trabajan juntos para crear un aura que le produce una gran admiración a la gente. Establece a lo largo del *PMC* un “cult of personality”, interno en cuanto a su medida y perspectiva y externo en cuanto a sus vestidos y sus acciones. Por todas estas facetas de su personalidad,—y, desde luego, para ganar riquezas—la gente viene a juntarse con su mesnada durante sus andanzas.

#### La castellanidad del Cid

Las relaciones rey-vasallo y *fortitudo-sapientia* ya comentadas, de aquí en adelante discutiremos la noción del nacionalismo que se presenta en el *PMC*. No es exageración ninguna afirmar que el *PMC* hoy en día se presenta dentro del canon literario español como símbolo temprano de una conciencia nacionalista.<sup>37</sup> Esta estimación no proviene de un vacío. Menéndez Pidal, en la última sección del estudio preliminar de la última impresión de su *Poema de Mio Cid*, comenta el “valor nacional del poema” (1940: 95). Admite que el patriotismo que es tan evidente a una lectura de la *Chanson de Roland* no se ve en el *PMC* de la misma manera, pero matiza el asunto proponiendo que dicho valor nacional del *Roland* es “puramente militar” y que el del texto castellano radica en el “retrato del pueblo donde se escribió” (1940: 95). A continuación, hablando de los supuestos méritos del *PMC*, afirma:

---

<sup>37</sup> En un artículo refrescante (2006), Mercedes Vaquero cuestiona el lugar que el *PMC* ha venido a ocupar en el canon español. No se preocupa tanto por nociones nacionalistas, sino con los rasgos del poema que se lo distinguen del resto del corpus literario medieval español.



Además, el poema del Cid, apartándose de la hostilidad regional que respiran otros poemas castellanos, extiende su respeto y su amor a *quant grant es España*: mire a ésta unida en su mayor parte por el imperio de Alfonso sobre *portogaleses, gallizianos, leoneses y castellanos*; la considera también toda bajo el nombre de *la limpia cristiandad*, empleada en la común guerra contra los moros y honrada en sus diversas familias reales por la sangre del Cid: *oy los reyes de España sos parientes son*. (1940: 96)

Mi lectura del *PMC* no concuerda con esta valoración ‘nacional’. A mi juicio, este texto viene marcado por una fuerte ideología geopolítica y refleja una suerte de animosidad regionalista amarga, expresándose explícitamente algunas veces y sutilmente otras. En concreto, se destaca una condenación castellana de lo león, las dos facciones representándose por el Cid y los infantes de Carrión, respectivamente. Esta animosidad tiene base en la historia política entre los dos reinos que se comentará en la sección siguiente. En el poema, la animosidad regional—que al fondo revela los prejuicios del autor a favor de Castilla—se expresa principalmente a través de varias menciones del rey Alfonso, otras menciones de Castilla en sí, y las referencias a los que se pueden llamar ‘otros’. Con este término me refiero a todos ellos que caen fuera de la perspectiva ideologizada del autor. La mera noción del ‘otro’, sin embargo, se complica en el *PMC* ya que no son solamente los moros y los judíos quienes se consideran ‘otros’, sino también cristianos, principalmente los leoneses. Una idea unificadora de lo bueno, al riesgo de simplificar demasiado la relación entre las partes contrarias, es lo que une ciertos personajes bajo la perspectiva del autor y es lo que distingue a los Otros. Como dice Montaner, “pueden distinguirse en el *Poema*, dentro del nivel ideológico, dos grupos, el positivo o defendido y el negativo o criticado” (1987: 158) y, más tarde, “[los personajes] suelen encarnar virtudes o defectos según se encuentren en el bando cidiano o en el cidóforo” (1987: 330). Es más, sólo por examinar la manera en que los Otros se retratan

podemos esperar a lograr un entendimiento de cómo los castellanos ven a sí mismos en el momento en que se escribe el *PMC*. Tal estudio hecho, resulta que ‘todos los del bando de infantas de Carrión’ (v. 3113) son los únicos que son condenados categóricamente, revelando así el hondo rencor de los castellanos a los leoneses debido a siglos de dominio político y competencia territorial. Pese al estudio de Lacarra (1980a) que parece comprobar que Carrión era parte de Castilla, lo que importa es la asociación creado por el autor entre Carrión, León, y la alta nobleza. Por ende, yo creo que podemos designar como “leoneses” al bando cidófono. Todo eso dicho, aunque los leoneses sean el grupo que recibe la más crítica en el *PMC*, se dividen los buenos y los malos según consideraciones transcendentales que incorporan los dos temas ya discutidos: la relación rey-vasallo y un entendimiento amplio de la dinámica *fortitudo-sapientia*. Es donde se fallan en cuanto a estos dos asuntos que se puede ver la superioridad de los castellanos. De hecho, el énfasis dado a la castellanidad del héroe, expresado tanto por las referencias a Vivar, Burgos, Medinaceli, y San Esteban de Gormaz como por la inclusión del residente burgalés ficticio, Martín Antolínez, “un burgalés leal” (v. 1459). Como se comentará, estas novedades sirven para crear una nueva imagen del Cid que concuerda con los propósitos específicos del autor castellano.

El caso del rey Alfonso es complicado porque en su personaje tenemos alguien que se mueve desde la perspectiva externa a la interna; es decir, el que fue Otro al principio del *PMC* ya no lo es al final. Se puede trazar esta trayectoria según los nombres asignados por el autor que corresponden a su gradual desprendimiento de la influencia de los calumniadores y su aceptación del Cid. La superioridad del Cid sobre su rey ya se afina en los primeros versos del poema con la exclamación, ‘¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse

buen señor!' (v. 20). Tales comparaciones entre el Cid y Alfonso ocurren a lo largo del texto. Mientras Ruy Díaz se refiere como 'Mio Cid el de Bivar' (v. 961) y 'Rruy Díaz el castellano' (v. 748), lo leonés de Alfonso se enfatiza al inicio y se disminuye al final señalando su corrección moral.

A lo largo del cantar primero Alfonso sólo aparece como 'el rrey Alfonso' (v. 532). Como se ha mencionado previamente, Alfonso se presenta al inicio del *PMC* como un rey pueril bajo la influencia de los calumniadores de su corte; así no nos debe sorprender el hecho de que se excluya al rey del sentido de inclusión con que el autor describe al Cid y su mesnada. No obstante, Alfonso gradualmente se libra de esta influencia corrupta y se establece como uno de los buenos. Ya en el cantar segundo aparece como el "buen rrey" (v. 1378) cuando Minaya aparece en su corte para dar nuevas del Cid. Ésta es la primera mención de Alfonso que le retrata positivamente; esta instancia se destaca también por la manera en que Alfonso trata a García Ordóñez, archienemigo del Cid. Tras haber escuchado las noticias del Cid, Ordóñez se pone amargo e insulta a los hombres de 'tierra de moros' por no haberse defendido bien. Alfonso de pronto le calla, diciéndole así: 'Dexad essa razón,/ que en todas guisas    mijor me sirve que vós' (vv. 1348-1349). Así tenemos la primera muestra de la apreciación que Alfonso tiene del Cid y la primera mención del rey de forma positiva. Este episodio, ubicándose acerca de la mitad del cantar segundo, nos sirve como buen punto medio del poema en sí. A partir de ahora, el rey claramente se presenta apreciativo de las ganancias y, luego, simpático en cuanto a su situación difícil en que se encuentra. Poco después, tras haber vencido al rey Yusuf, el Cid personalmente le nombra al rey "Alfonso el castellano" (v. 1790). Entonces ahora el rey aparece con un calificador que establece su inclusión dentro del círculo cidiano. Asimismo, su

transformación se señala en los siguientes versos cuando Alfonso confiesa su mal trato del Cid: 'e faziendo yo a él mal e él a mí grand pro' (v. 1891). El rey comienza a ponerse de acuerdo con la ya existente nobleza infalible del Cid. Alfonso es nombrado "rrey natural" (v. 2131) al final del cantar segundo y así podemos advertir fácilmente la creciente admiración del rey que crea el autor. En el tercer cantar, la transformación completa de Alfonso se ve en el reconocimiento con que le da el autor. El Cid manda a Muño Gustioz para entregar su queja contra de los Infantes de Carrión oficialmente y, a continuación, el autor dice así:

al rrey en San Fagunt lo falló.  
Rrey es de Castiella e rrey es de León  
e de las Asturias bien a San Çalvador,  
fasta dentro en Sancti Taguo de todo es señor. (vv. 2922-2925)

Y justo después aparece de nuevo como "Alfonso el castellano" (v. 2976). Además, vemos su transformación completa antes de las cortes de Toledo cuando Alfonso está dictando las normas que deben ser cumplidas. Su posición como un partidario supuestamente objetivo se complica cuando, primeramente, afirma que ha convocado las cortes "por el amor de Mio Cid", y, luego, en cuanto al crimen de los Infantes de Carrión, dice ante la asamblea, "Grande tuerto le han tenido, sabémoslo todos nós", y luego, a los jueces:

Todos meted í mientes, ca sodes conoscedores,  
por escoger el derecho, ca tuerto non mando yo. (vv. 3138-3139)

Entonces parece claro que el rey, y quizá toda la corte, ya está convencido de la maldad de los infantes leoneses y, aunque dice que "con el que toviere derecho yo d'essa parte me só" (v. 3142), parece claro que ya se ha aliado con el Cid.

La condenación parece aún más destacado al examinar el trato que reciben los moros en el *PMC*. A cambio del retrato negativo de los leoneses, los moros a menudo se presentan honorables, o al menos no intrínsecamente malos como sí aparecen en el *Roldán*.

Esto parece contradictorio a una lectura superficial del *PMC*, pero al mirarlo en más detalle, se hace claro que los leoneses, y no los moros, son los verdaderos enemigos del héroe castellano. No se puede negar el hecho de que el Cid lucha contra varios adversarios musulmanes durante sus andanzas, pero sus relaciones más amigables con el conde de Barcelona y su “amigo de paz”, Abengalbón, señalan una noción trascendental del honor y aceptación de la cultura musulmana.

Vemos una actitud favorable a los musulmanes por primera vez en el cantar primero. Tras haber ganado y vendido el castillo de Alcocer, el Cid se pone a irse con su mesnada y los musulmanes de Alcocer le dice:

¡Vaste, Mio Cid! ¡Nuestras oraciones váyante delante!  
Nós pagados fincamos, señor, de la tu part. (vv. 853-854)

Y luego al autor continua:

Quando quitó a Alcocer Mio Cid el de Bivar,  
moros y moras compeçaron de llorar. (vv. 855-856)

Cuando se va,

Plogo a los de Terrer e a los de Catalayut más;  
pesó a los de Alcocer ca pro les fazié grant. (vv. 860-861)

Es decir, los moros de las tierras de alrededor de Alcocer se alegran de su salida por que habían luchado contra el Cid y perdieron; pero los moros con quienes el Cid había convivido en Alcocer lamentan su salida porque les había tratado bien durante su estancia. El Cid aun distribuye parte del botín entre ellos, un hecho que establece su alianza con ellos.

A continuación tenemos el episodio con el conde de Barcelona. Este episodio, tal vez más que nada, demuestra la noción previamente discutida del carisma del Cid. Desde el principio, el conde se retrata como un hombre que carece de la medida del Cid. Se

comparan las actitudes del conde “follón” y el Cid mesurado cuando el primero envía su queja al Cid y el segundo le dice que vaya en paz (vv. 976-978). Pero el conde no lo puede dejar y de pronto se encuentra preso del Cid. La siguiente escena de la cena que se prepara y la negativa del conde a comer sirve como un breve episodio cómico, pero lleva implicaciones más hondas. Por ejemplo, el conde rechaza la comida del Cid debido a su vergüenza de ser preso por tales hombres inelegantes:

Non combré un bocado por quanto ha en todo España,  
antes perderé el cuerpo e dexaré el alma,  
pues que tales malcalçados me vencieron de batalla. (vv. 1021-1023)

No obstante, como ya se ha dicho, los vestidos del Cid y su mesnada se mejoran durante sus andanzas siguientes, pero este comentario sirve para señalar la pobreza inicial del Cid y su mesnada, la cual se contrasta de modo marcado con su último estado. Luego, el Cid se burla del conde, instándole a comer con el juego de palabras repetido, “comed, comde” (v. 1025). Por fin, cuando el Cid le promete a dejarle ir si come algo, el conde está sorprendido de la magnanimidad del Cid y exclama:

Si lo fiziéredes, Cid, lo que avedes fablado,  
tanto quanto yo biva seré dent maravillado. (vv. 1037-1038)

El Cid le dice, sin embargo, que no devolverá ninguna parte del botín porque lo necesita. De hecho, aquí se nos provee una frase que resume bien las andanzas del Cid. Le dice al conde:

Prendiendo de vós e de otros ir nos hemos pagando;  
abremos esta vida mientras pluguiere al Padre sancto,  
como que ira á de rrey e de tierra es echado. (vv. 1046-1048)

Así el Cid subraya la faceta secular de su campaña militar. De repente él y su mesnada se encuentran exiliados de su tierra y no tienen nada, por lo tanto tienen que ‘ganar el pan’ como puedan; el hecho que luchan primariamente contra los moros no parece tener motivos religiosos al fondo sino que responde a asuntos pragmáticos de la supervivencia.

Volviendo al tema, la instancia cómica de la negativa de comer del Conde de pronto se resuelve y los regalos que el Cid le da—“tres palafrés muy bien ensellados/ e buenas vestiduras de pelliçones e de mantos” (vv. 1066-1067)—deciden el asunto y aseguran la amistad del conde. La alta estima en que el Cid considera al conde se ve luego durante las cortes de Toledo cuando, hablando de cómo ganó la espada Colada, refiere al Conde como el “buen señor,/ del conde do Rremont Verenguel de Barcelona la mayor” (vv. 3194-3195). Entonces, durante este breve episodio el conde se conquista al lado del Cid de manera que, cuando éste deja que el conde se vaya, ya son amigos, aunque bien el conde tuviera un poco miedo del Cid. Tal comportamiento magnánimo caracteriza al Cid a lo largo del *PMC* y es por eso, junto con su *fortitudo* propio, que es capaz de causar una gran impresión y llevar el poema a su final feliz.

Es más, la amistad del Cid con el alcalde moro, Abengalbón, claramente demuestra que un intento de interpretar al Cid como meramente un héroe cristiano luchando contra los infieles anónimos sería equivocado. De hecho, Abengalbón se representa, junto con Alvar Fañez, como el mejor y más fiable amigo del Cid en el *PMC*. Su personaje no está presente en los textos latinos anteriores y uno debe preguntarse qué significa su presencia en el *PMC*. A mi modo de ver, Abengalbón es evidencia de que la supuesta línea entre cristiano-bueno y musulmán-malo no existió cuándo el *PMC* se escribió a principios de siglo XIII, sino que había, como vemos en el personaje del Cid, una distinción más maleable entre lo que se consideraría lo bueno y lo malo. La España medieval fue tan fragmentada, con gente buscando la vida como pudiera, que a menudo los reinos cristianos se vieron en conflicto y formaron alianzas con los varios taifas. Una verdadera idea unificadora de las fuerzas cristianas contra las fuerzas no cristianas no emergería hasta el siglo XV en España.

La vida del Cid histórico ejemplifica esta situación compleja. Cuando éste se vio exiliado por Alfonso VI, se fue de Castilla y se estaba al servicio de varios reyes musulmanes con poca consideración por su tierra natal al parecer. No hay evidencia histórica que debe llevarnos a creer que este Cid jamás intentó reconciliarse con Alfonso como sí hace en el *PMC*; sino en el Cid histórico nos viene como una figura cosmopolita, capaz de vivir entre los moros y hacerse rey de Valencia, una ciudad mora lejos de Castilla. Todo eso es decir que la España de este periodo no fue estable políticamente. En concreto, mi proposición aquí es que la inestabilidad marcada entre León y Castilla que vio a Castilla cambiando de manos una y otra vez durante los siglos X, XI, y XII resultó en una animosidad arraigada en la sociedad castellana que produjo el *PMC*. La figura de Abengalbón, en este sentido, sirve tanto, si no más, para un contraste noble a la maldad de la facción leonesa como una mirada a la cultura castellana de momento que no distinguió tan fácilmente entre cristiano-bueno y musulmán-malo.

Vemos a Abengalbón por primera vez por la mitad del cantar segundo cuando el Cid manda a Muño Gustioz y Pedro Bermúdez a Castilla para recoger a su mujer e hijas. Les dice:

cavalguedes con ciento guisados pora huebos de lidiar;  
por Sancta María vós vayades passar,  
vayades a Molina que yaze más adelant,  
tiénela Ave[n]salvón, mio amigo es de paz,  
con otros cientos cavalleros bien vos consigrá. (vv. 1461-1465)

Así, desde el principio se nos presenta una imagen de un moro poderoso y generoso, ya complicando una noción muy clara de alguna superioridad religiosa. Luego, al recibir a Abengalbón y su compañía, Minaya,

sonrrisándose de la boca ívalo abraçar,  
en el hombro lo saluda ca tal es su usaje. (vv. 1518-1519)



El hecho de que Minaya le saluda según la costumbre musulmana revela el hondo respeto que le tiene aun más. A continuación le dice:

‘¡Y[a] Ave[n]galvón, amígol’ sodes sin falla!’ (v. 1528)

Es decir, Abengalbón se considera el amigo perfecto del Cid; ni se menciona su religión. Este retrato de Abengalbón se destaca aun más al compararse con el de los Infantes de Carrión.

A diferencia de Abengalbón, el amigo “sin falla” del Cid, los leoneses y los calumniadores de la corte de Alfonso se retratan como malos a lo largo del *PMC*. De hecho, el personaje benévolo de Abengalbón sirve para un contraste de ellos en varias instancias. Antes de examinar esa relación, sin embargo, brevemente comentemos la manera en que los leoneses son retratados en el *PMC*. Ya se ha comentado cómo Alfonso se establece al principio del poema como un rey leonés, y, por lo tanto, enemigo del Cid, aunque el Cid no quiera entenderlo así. No obstante, los infantes de Carrión no se ven hasta el cantar segundo y desde su primera aparición ya están buscando maneras de realizar sus motivos egoístas. Al mismo tiempo señalan un sentido de antagonismo regional y social cuando dicen “Mio Cid es de Bivar e nós de los condes de Carrión” (v. 1376). El mismo sentido se ve aun más claramente cuando viene de la boca de Ansur González en las cortes de Toledo. Deseando librarse del escándalo, se dirige a los jueces, diciendo:

‘Ya varones, ¿quién vio nunca tal mal?  
¿Quién nos darié nuevas de Mio Cid el de Bivar?  
¡Fuesse a Rrío d’Ovirna los molinos picar  
e prender maquilas, como lo suele fer!  
¿Quíl’ darié con los de Carrión a casar?’ (vv. 3377-3381)

Así hace una condenación general del pueblo castellano y afirma que el Cid ni tiene el derecho de quejarse ante los Infantes de Carrión. El autor parece revelar su prejuicio aquí,

introduciendo la oración de Ansur González con el juicio: “en lo que fabló avié poco rrecabdo” (v. 3376). Asimismo, este personaje es descrito previamente como “pulidor” (v. 2172) y “largo de lengua”, pero, como dice el autor, “en lo ál non es tan pro” (v. 2173). Además, como ya se sabe, la condenación de los leoneses no se limita a los propios leoneses sino también se extiende a García Ordóñez, otro castellano. Su personaje refuerza la idea de que una noción simple de lo bueno y lo malo basada en religión o región no vale en el *PMC*. Ordóñez sirvió a Sancho II también pero sin embargo se retrata como parte del séquito leonés. Es muy probable que Ordóñez siempre tenía la reputación literaria de ser enemigo del Cid, debiéndose a un episodio documentado en que éstos se vieron en lados contrarios durante un mandado diplomático en la área mora alrededor de Toledo. Aparece en el *PMC* en términos inequívocos, el “malo enemigo” del Cid (v. 1836).

Las referencias negativas hechas a los Infantes de Carrión son varias pero todas se centran en el episodio del león. Este episodio sirve tanto para probar la cobardía de los infantes como avergonzarles, hecho que conduce a su trato vergonzoso de las hijas del Cid, que, a su turno, conduce a la Afrenta de Corpes. Todo ello es decir que el episodio sirve para un eje del *PMC*. Teniendo lugar al comienzo del cantar tercero, esta instancia propulsa el argumento por eventos trágicos hasta llegar por fin al desenlace feliz. De mayor importancia es el significado simbólico del episodio del león. Sirve de una proclamación de lo castellano sobre lo leonés. Desde luego, el gran Cid Campeador representa Castilla y el león en sí sirve como una representación poco disfrazada de León. Cuando el león enjaulado se escapa de ‘la rred’ (v. 2282), los Infantes de Carrión se muestran tal cual son:

Ferrán Gonçález...  
non vio allí dós’ alçasse, nin cámara abierta nin torre,  
metiós’ so’l escaño, tanto ovo el pavor.  
Diego Gonçález por la puerta salió,

diziendo de la boca: ‘¡Non veré Carrión!’  
Tras una viga lagar metiós’ con grant pavor,  
el manto e el brial todo suzio lo sacó. (vv. 2285-2291)

La descripción de su reacción frente al león sirve como un episodio cómico, y así hubiera sido entendido por el público contemporáneo castellano, pero lleva implicaciones más profundas además. El ensuciamiento del ‘manto e el brial’ (v. 2291) de Diego es una manifestación simbólica del daño hecho a su orgullo cuando se muestra por cobarde. Además, su lamentación, “non veré Carrión” (v. 2289), les retrata a ellos y los de León como débiles, poco acostumbrados a desafíos físicos. Cuando el jaleo despierta al Cid, camina tranquilamente hacia el león:

El león, quando lo vio, assí envergonçó,  
ante Mio Cid la cabeça premió e el rrostro fincó.  
Mio Cid don Rrodrigo al cuello lo tomó  
e liévalo adestrando, en la rred le metió. (vv. 2298-2301)

La conclusión anticlimática de este encuentro sólo sirve para reforzar la idea de la cobardía de los Infantes. El león, al ver al Cid, no le ofrece ninguna resistencia y se muestra animal dócil frente a la figura desalentadora del Cid.

Al examinar los episodios del *PMC* en que Abengalbón y los Infantes de Carrión aparecen juntos, se nota un contraste marcado en cuanto a su relación con el Cid. A mi modo de pensar, estas dos instancias específicas sirven para iluminar la animosidad regional entre Castilla y León de momento y desviar la creencia común de una España medieval dividida estrictamente entre los cristianos y los moros. En el camino a sus propiedades en León, los Infantes de Carrión y sus esposas nuevas se encuentran con Abengalbón como pasan por Molina. Abengalbón sale a recibirles con mucha alegría, moviendo al autor a exclamar: ‘¡Dios, qué bien los sirvió a todo so sabor!’ (v. 2650). Luego, a su salida, les regala caballos y les acompaña hasta un cierto punto. Como dice el autor:

Tod' esto les fizo el moro por el amor del Cid Campead[or]. (v. 2658)

El próximo verso, sin embargo, claramente distingue entre el noble moro y los traidores leoneses:

Ellos veyén la riqueza que el moro sacó,  
entr'amos ermanos consejaron tración' (vv. 2659-2660)

Apropiadamente, es Abengalbón quien, al oír del complot de los Infantes, les reprende:

El moro Avengalvón mucho era buen barragán,  
co[n] doscientos que tiene iva cavalgar,  
armas iva teniendo, parós' ante los infantes,  
de lo que el moro dixo a los infantes non plaze:  
'¡Dezidme qué vos fiz, ifantes de Carrión!  
Yo sirviéndo vos sin art e vós, pora mí, muert consejastes.  
Si non lo dexás por Mio Cid el de Bivar,  
tal cosa vos faría que por el mundo sonás  
e luego levaría sus fijas al Campeador leal;  
vós un[n]qua en Carrión entraríedes jamás. (vv. 2671-2680)

Así, Abengalbón les ataca brutalmente desde una postura moral y no queda duda de la depravación de los Infantes. Esta condenación feroz habría sido entendido por el público contemporáneo aun más ya que viene de la boca de un moro y así el éxito literario del mal retrato de los leoneses se logra mejor que si otro cristiano les condenara de modo parecido. Estos personajes representativos se contrastan aun más cuando Abengalbón dice a continuación: 'Aquím' parto de vós como de malos e de traidores' (v. 2681), insultos que contrastan con la descripción previa de Abengalbón como 'buen barragán' (v. 2671).

Más allá de la condenación de León, se puede leer en el *PMC* una suerte de espíritu expansivo que anticipa el papel líder de Castilla en la Reconquista de los siglos siguientes. Como se comentará en el contexto histórico, Castilla se ve lista a tomar las riendas en la Reconquista en el momento que se escribió, y así se puede leer en el *PMC* no sólo un rechazo del pasado sino también una mirada hacia el futuro. De hecho, la lucha larga que

culmina en la expulsión de los musulmanes en 1492 se debe en su mayor parte a la dirección castellana. Además, el antiguo sueño leonés de una restauración del imperio visigodo es frustrado por fin al tiempo que el *PMC* se transcribió; de ahí Castilla dirigirá la trayectoria social y cultural de lo que llegaría a conocerse como el moderno estado-nación de España. El *PMC* nos proporciona las primeras muestras de esta postura castellana.

Desde una perspectiva superficial esta actitud expansiva parece clara. El argumento en sí del poema épico tiene un héroe castellano, exiliado injustamente de su tierra natal, que, en vez de abandonar sus raíces castellanas y buscar su fortuna dónde pueda—como sí hizo el Cid histórico—nunca abandona a su rey ni, por lo tanto, su tierra natal. El Cid del *PMC* siempre mantiene lealtad a Alfonso y a “Castiella la gentil”; sin embargo, es notable que aun el autor del *PMC* no pudiera reconciliar los hechos históricos y sus intentos literarios en el hecho de que el Cid nunca vuelve a vivir en Castilla. Parece que los efectos propagandísticos habrían sido aun patrióticos si, al final, el Cid y su familia hubieran vuelto a Castilla para morir. Pero el Cid muere en Valencia, en tierra que había conquistado. Es más, fija a don Jerónimo como arzobispo de la ciudad mora, en efecto realizando su transformación completa en una ciudad cristiana. Mirándolo desde otra perspectiva, sin embargo, se puede entender por qué el Cid se queda en Valencia como manifestación del poder expansivo de su rey Alfonso, aunque fuera rey de una Castilla y León unida. La identidad castellana es lo que se destaca, así las muchas exclamaciones del Cid en cuanto a su identidad—“ca yo só Rruy Díaz, Mio Cid el de Bivar!” (v. 1140) como un solo ejemplo de varios. En este sentido la estancia del Cid en Valencia parece realzar la imagen del Cid como un héroe castellano, fuerte y sabio, que va con su mesnada modesta

para “tierra agena” a ganar el pan y quién, al tomar la gran ciudad de Valencia, se queda allí para ocuparla y proclamar el poder del rey Alfonso. Por eso,

Tierras de Valencia remandas en paz,  
adeliñó pora Castiella Minaya Álvar Fañez. (vv. 1308-1309)

Si el autor del *PMC* hubiera querido retratar a un Cid que no tuviera ningún concepto de un propósito más alto sino que sólo se preocupara con su propio interés, el Cid no se habría quedado en Valencia. Lo más probable es que hubiera seguido a saquear a las tierras de la Península sin ningún pensamiento de Castilla y su rey. Pero tal retrato no cupo con los propósitos del autor castellano del siglo XIII. A lo largo de sus andanzas nunca olvida su deudo a Alfonso. Cuando Álvar Fañez viaja a Castilla para darle noticias a Alfonso de la toma de Valencia, le cuenta de las otras tierras que ha ganado el Cid—‘Xérica’, ‘Onda’, ‘Almenar’, ‘Murviedro’, ‘Cebolla’, ‘Castejón’, y ‘Peña Cadiella’ (vv. 1327-1330)—y acaba diciéndole con respecto al Cid: ‘rrazonas’ por vuestro vassallo e a vós tiene por señor’ (v. 1339), lo cual prueba claramente que el autor del *PMC*, sin consideración del Cid histórico—o lo que es más probable es que sí sabía de la historia histórica pero que ya se había influida mucho por materia leyendaria—crea a un Cid que energéticamente resume un ideal castellano.

Es intrigante, además, considerar la cuestión de los matrimonios. Los primeros matrimonios de las hijas del Cid a los infantes de Carrión no salen bien. Éstos son mandados por el rey Alfonso y, como el Cid hace claro varias veces, no tiene aprobación suya. Los segundos matrimonios con los infantes de Navarra y Aragón, los cuales se arreglan por casualidad en las cortes de Toledo, son los que valen. Para decirlo de otra manera, la unión de Castilla y León no funciona por la maldad inherente de los leoneses. En la época en que se escribió el *PMC*, Castilla había pasado una y otra vez de ser bajo la

autoridad leonesa a constituir un reino independiente, y aunque los dos reinos llegan a un acuerdo de paz en el año 1206, la unión duradera no tendrá lugar hasta veinticinco años después. Es más, ya en el año 1204 el matrimonio unificador entre Alfonso IX y la Infanta de Castilla, Berenguela, fracasa por razones de parentesco ilícito y se renuevan las hostilidades entre los dos reinos. Así es muy fácil señalar motivos de la animosidad regional que Menéndez Pidal no quería ver en el *PMC*. A mi modo de ver, se destaca de manera nítida. Los matrimonios nuevos con infantes de otros reinos cristianos señala una ruptura entre Castilla y León y un deseo por la parte castellana de aliarse con otros reinos y de fijar la mirada en el futuro, dejando León al lado. Al mismo tiempo, sin embargo, el autor del *PMC* se dio cuenta de que el héroe castellano tenía que mantener un sentido de nobleza, justicia, y superioridad moral frente a un rey leonés injusto y los actos despreciables de los nobles leoneses. Lo que vemos al final del *PMC* es un rechazo, expresado sutilmente a veces y directamente otras veces, de lo leonés y una proclamación de una identidad castellana independiente. Finalmente, los matrimonios con los Infantes de Navarra y Aragón, en efecto, aseguran la difusión del linaje del Cid ‘en quant grant fue España’ (v. 1591) de manera que

Oy los rreyes d’España sos parientes son,  
a todos alcanza ondra por el que buen ora nació. (vv. 3724-3725)

### Algunas conclusiones

Entonces, ¿a qué conclusiones podemos llegar? Tras haber considerado el *PMC* a la luz del ciclo cidiano previo, podemos afirmar que el Cid del poema sigue siendo un vasallo modelo, como ya lo es en la *HR*, la *CN*, y el *CC*. Sin embargo, el *PMC* cambia de perspectiva a no incluir el servicio del Cid bajo Sancho II. A diferencia de la tradición previa, el *PMC* nos

presenta con solamente un rey. Este cambio fácilmente puede explicarse por el enfoque del poema vernáculo. Mientras los textos anteriores tienden a contar la vida del Cid joven, el *PMC* describe los últimos años de su vida durante los cuales toma a Valencia. Lejos del personaje histórico, sin embargo, la lealtad a Alfonso del Cid poetizado nunca tiembla, efectivamente creando en él un personaje legendario novedoso que se aleja de la entidad histórica.

Parte de esta nueva creación heroica trata de reformular la antigua dinámica épica *fortitudo-sapientia*. A la hora de incorporarla, el autor del *PMC* amplía el significado de *sapientia* para incluir no solamente la moderación y destreza militar sino también el concepto de mesura emocional y el tacto de negociar y relacionarse con los suyos. Estas cualidades tomadas en conjunto apuntan de nuevo a un héroe épico nuevo, uno que, aunque bien puede considerarse el vasallo perfecto, se presenta más humano, tanto por su lucha personal para recobrar su honra como por la ausencia de fenómenos sobrenaturales. Es verdad que el ángel Gabriel le viene al Cid en un sueño, pero no interviene en la acción del poema como ocurre en la *Chanson de Roldán* o las épicas clásicas; así no creo que el caso del *PMC* cae dentro de los mismos parámetros, más bien se nos presenta con un héroe que, por esfuerzo individual, logra recuperar la honra perdida y hacerse rico en el proceso.

Otra innovación del *PMC* es la asociación del Cid con determinados sitios castellanos, como Vivar y Burgos. De nuestra consideración de los textos anteriores, se hace evidente que el Cid se ligaba a Castilla desde siempre, aun en los textos navarros, riojanos, y catalanes. Los otros testimonios, sin embargo, no especifican el lugar de nacimiento del Cid. Al hacerlo, el autor le provee al Cid y, de mayor importancia, al público castellano un sentido más adecuado de identidad y propósito, como se va a comentar adelante.



## CAPITULO 4

### EL CONTEXTO HISTORICO-SOCIAL

Ahora bien, establecido el hecho de que el poeta del *PMC* modificó la leyenda cidiana anterior, cabe preguntar ¿con qué fin lo hizo?

Antes de discutir el contexto histórico del *PMC*, tornemos brevemente ahora a unas consideraciones lingüísticas. En lugar de responder a la pregunta de por qué se escribió el *Poema*, la evidencia lingüística nos puede informar de cómo y cuándo se escribió. El estudio innovador, hasta revolucionario, de Roger Wright en 1982, *Late Latin and Early Romance*, ha permitido una reconsideración del paso de latín escrito a las vernáculos escritas en la Europa medieval. Su premiso es, simplemente dicho, que el latín tardío es la vernácula temprana; Wright niega las distinciones entre los dos que lingüistas e historiadores anteriores habían afirmado. Su estudio se preocupa específicamente por los casos de la Francia carolingia y España desde el mismo período hasta 1250. Gran parte de dicho estudio se centra en la época que aquí nos interesa: la de los primeros dos siglos y medio del segundo milenio. Más concretamente, su discusión del *PMC* resulta relevante para nuestros propósitos precisamente porque sólo a través de tal aproximación equilibrada e interdisciplinaria podemos esperar a lograr un entendimiento sólido del período medieval. Además, un examen detallado del lenguaje del *PMC* nos sirve de modo invaluable al proponer una fecha definitiva y, de ahí, podemos investigar la historia política en aún más detalle y con más confianza.

No obstante, a primera vista los juicios de Wright con respecto al *PMC* parecen difíciles de reconciliar. No se encuentra un párrafo conciso que detalle sus creencias sobre dicho texto en *Late Latin and Early Romance*; uno tiene que escudriñar sus páginas y sacar pedazos para llegar a una conclusión. Eso hecho, parece que Wright está de acuerdo con una fecha de composición hacia finales del siglo XII o a principios del siglo siguiente, un hecho que resulta interesante dado que llega a tal conclusión basándose en la evidencia lingüística y textual a cambio de la histórica y literaria. En el *PMC*, Wright ve un intento, aunque sea mal ejecutado, por un autor de escribir una epopeya del estilo “latino”. Pone mucho énfasis en las reformas ortográficas de 1220 y propone que el autor del *PMC* no se habría sentido licenciado a escribir en la vernácula antes de dichas reformas. Todavía, sus formulaciones se hacen difíciles de determinar sus opiniones sobre una fecha exacta de composición. En una parte, refiriéndose a Menéndez Pidal, dice: “Even if [1140] is right as an approximate date of composition, it is unlikely to be right as the date of its first being written down” (231). A continuación, rechaza las proposiciones de Smith también, en efecto situándose entre los dos extremos. En otra parte posterior, discute las manifestaciones más tempranas de la vernácula escrita en Castilla y cita al *PMC*; sin embargo, se empieza a notar una nota de sospecha cuando añade al final de una frase, “...if the date of 1207 at the end of the only manuscript of the *Poema de Mio Cid* is to be taken seriously” (240).

Su opinión con respecto a la autoría del *PMC* es, si no totalmente clara, menos ambigua. Dice en concreto: “Whoever composed the *Poema*, wherever and whenever, its physical recording on manuscript must have been done by an educated man” (233). Luego se atreve a identificarle como abogado (243) y, en otras partes, sugiere conexiones con la

nueva universidad en Palencia, la clerecía, y la corte castellana. La convivencia de todas estas esferas sociales en Palencia a principios del siglo XIII es intrigante y habría merecido la pena realizar un estudio sobre las interrelaciones más en detalle en cuanto a su papel en la transcripción del *PMC*. Por el momento, basta decir que, según Wright, la torpeza esporádica de la métrica del *PMC* no se debe, como propone Smith, a la índole inventiva de la obra sino a un intento por el autor de escribir una imitación vernácula del estilo latino. Dado su hipótesis, ubica la composición escrita del *PMC* antes de las reformas ortográficas de 1220, cuando fue aceptable escribir en la vernácula. Pero, tal intento de imitar el latín sugiere un autor erudito, aunque no supiera latín. Bástenos decir, con Wright, que el autor del *PMC* era hombre culto que transcribió el *PMC* en o hacia el año 1207.

Nuestra época de composición ahora apoyada lingüísticamente, tornemos a una discusión del contexto histórico en que el *PMC* se escribió a ver si se puede identificar los motivos de su composición acerca de 1207. La tarea de extraer una “verdad histórica” de la España medieval no es fácil. El especialista se ve obligado a tomar juntos todos los textos de dicha época e intentar construir alguna suerte de argumento cohesivo, siempre teniendo en cuenta los probables prejuicios del autor. Tal método pone mucho énfasis en la interpretación del estudioso y así permite mucha discusión y desacuerdo académico. El caso de España es más complicado todavía dado su aislamiento relativo del resto de la Europa occidental hasta el siglo XI. La adopción en 1080 de la liturgia romana en lugar de la que se había desarrollado anteriormente nos da un buen punto de partida en cuanto a la subsiguiente influencia creciente del mundo exterior en los reinos cristianos de España.

Con respecto al Cid histórico, un tema que no es de gran importancia para nuestro estudio, le podemos considerar miembro de cierta clase social de la baja nobleza que

empezó a ganar más poder e influencia en los siglos X y XI: el infanzón, quien existió en Castilla en grandes números. Tal vez el Cid, quien acabó siendo el comandante independiente de Valencia, representa la cumbre del poder que ellos podían esperar lograr. No obstante, como se va a comentar luego, una crítica española ha mostrado que el Cid no pertenecía a dicha clase social sino que descendía de altos linajes navarro-asturianos. Todo ello es decir que hay diferencias marcadas entre el personaje histórico y la figura literaria.

Entonces, ¿por qué aparece en el *PMC* como un dechado de lealtad y un símbolo de expansión castellana? Los motivos de tal representación que se desvía del Cid histórico deben radicar en la situación política de Castilla a finales del siglo XII o principios del siglo XIII. Al examinar las circunstancias de esta etapa histórica, se refuerza el caso de la fecha propuesta por Smith—1207—y la mayoría de los estudiosos hoy en día.

El proceso de la independencia castellana no se realizó rápidamente. Castilla existió como un condado del reino leonés por mucho tiempo antes de que logró hacerse un reino propio. De hecho, como Menéndez Pidal afirma, se puede decir que “Castile owes its origin to its antagonism to the official traditionalism of the ancient kingdom” (1971: 44). Los legendarios Jueces de Castilla del siglo IX son señalados a menudo en la discusión del nacimiento del movimiento independentista castellano. La leyenda cuenta que, a la muerte de Alfonso II de Aragón, los castellanos eligieron a Laín Calvo y a Nuño Rasura para gobernarles. Richard Fletcher tiene la opinión de que esta leyenda nos dice más sobre cómo los castellanos del siglos XII y XIII querían verse en vez de lo que realmente pasó, y así define la índole de todas las leyendas: producciones culturales desarrolladas por mucho tiempo que reflejan una época ejemplar. No obstante, Fletcher cree en concreto que la leyenda de los Jueces de Castilla permite que los castellanos se vean “sturdy, independent,

resourceful, and democratic” (59), cuatro cualidades que, notablemente, se pueden ver en el Cid del *PMC*.

La relación entre Castilla y León durante los siglos XI y XII fue inseguro. Unidos temporalmente bajo Fernando I en 1039, de repente se vieron separados de nuevo cuando sus tierras se repartieron entre sus hijos, Sancho, Alfonso, y García, en 1063. La breve unión lograda por Fernando no frenó las viejas ambiciones imperiales de León y parece que le guardó rencor a Castilla a lo largo de la Edad Media; asimismo, hasta la gran unión bajo los Reyes Católicos, los castellanos le consideraban a León el opresor.<sup>38</sup> Pero aun cuando separados nominalmente, la tradición leonesa se mantuvo viva en Castilla por sus vínculos antiguos en la sociedad. Una preferencia leonesa basada en la tradición se vio acerca de 1055 cuando se reunió un comité de obispos y nobles que, junto con Fernando, juraron a mantener la ley antigua leonesa (O’Callaghan 195). Las incertidumbres de Castilla en cuanto a León no tuvieron lugar por mucho tiempo, sin embargo. Desde el siglo XII Castilla emerge como el líder obvio en la campaña contra las taifas al sur. De hecho, Sancho, el hijo de Fernando que heredó Castilla, protestó la división citando un supuesto acuerdo antiguo de los godos que la España nunca debería ser dividida. Tras la muerte de su padre en 1065, él intentó corregir el error.

Casi inmediatamente Sancho se puso a subordinar a todos los reinos cristianos bajo un solo rey. Más notablemente son sus dos vencimientos sobre su hermano, Alfonso, rey de León, el mismo con quién nos encontramos en el *Poema*. Le expulsó a Alfonso de sus tierras y se proclamó rey de León, y así los dos reinos se vieron unidos por la tercera vez en un

---

<sup>38</sup> Menéndez Pidal, quizá con razón, encuentra el antagonismo entre Castilla y León en la hostilidad antigua entre las regiones de Vasconia y Cantabria y el Toledo visigodo (1971: 51).

siglo (O'Callaghan 200). Esta tercera unión se probó breve también. Sancho murió a manos de un asesino, un escándalo que, se pensaba, fue realizado por su hermana, Urraca. Alfonso volvió del exilio y asumió el trono de Castilla y León. Fue entonces que se conocieron Alfonso y Rodrigo Díaz. Según O'Callaghan, su relación nunca fue cordial (200).

Ahora saltemos al período que nos interesa: el de la composición escrita del *PMC*. Al final del siglo XII, el antiguo sueño leonés del imperio en la Península se ve inalcanzable e irrealista. Los otros reinos cristianos, a lo largo de los dos siglos pasados, habían ganado poder cada vez más sin cesar de modo que, al cambio del siglo Castilla se encuentra sólo uno de los dichos Cinco Reinos cristianos poderosos de España. Castilla en especial creció mucho durante el siglo XII y su expansión territorial de la segunda mitad del siglo nos ofrece una prevista del mismo espíritu expansivo que encontramos en el *PMC*. Como se propone aquí, la supremacía creciente de Castilla, junto con conflictos políticos contemporáneos e históricos con León, se lleva a la representación negativa de los Infantes de Carrión, el rey Alfonso, y los “malos mestureros” en el *PMC*.

El hijo primogénito de Alfonso VII, Sancho III, heredó el reino de Castilla en 1157 a la muerte de su padre: una señal clara de los cambiantes equilibrios de importancia política (O'Callaghan 235). Pareció que Sancho, junto con su hermano, Fernando II, rey de León, iba a iniciar una etapa marcada por la paz entre los dos reinos. Lamentablemente, su reinado se cortó prematuramente cuando éste murió un mero año después de su coronación. Su hijo de dos años, Alfonso VIII, heredó el trono de Castilla y así temporalmente atajó la ascensión de Castilla. La tutoría del rey niño fue punto de conflicto sangriento entre dos de la más poderosas familias nobiliarias de la época: los Lara y los Castro. Ambas querían el control que iba con la tutoría del rey y las luchas entre estas dos familias llegaron a

convertirse en una auténtica guerra civil castellana. Pese a los conflictos nobiliarios, los próximos treinta años vieron a Alfonso hacerse hombre decisivo y audaz. Sus territorios se ampliaban constantemente y a menudo se encontraba en conflicto con los reinos cercanos de León y Portugal, los cuales podía rechazar con tacto político. A las muertes de los reyes de León y Portugal, Alfonso se vio el rey más poderoso de la España cristiana, pero de pronto encontró un nuevo rival en el hijo de su hermano muerto, Alfonso IX de León.

Ahora llegamos a la etapa histórica que habría sido a alcance del autor del *PMC* y su sociedad. Los acontecimientos entre León y Castilla durante este periodo, junto con la historia detallada que hemos discutido en cuanto a los tiempos del Cid, le habría proporcionado gran número de motivos rencorosos que influyeran el retrato malicioso de los leoneses en el *PMC*.

Alfonso IX de León asistió a una curia de Alfonso VIII en 1188. Allí, en frente de nobles y magnates de todos los reinos cristianos, le rindió homenaje al rey castellano y le juró lealtad (O'Callaghan 242). Considerando las malas relaciones entre Fernando II y Alfonso VIII, este acto sin duda le causó mucha humillación a Alfonso IX, algo que consta en las fuentes históricas. En los años siguientes, debido, por una parte, al rencor que le tuvo Alfonso IX a Alfonso VIII y, por otra parte, la expansión general de Castilla en tierras sureñas, los otros reinos cristianos se juntaron a enfrentar el crecimiento de territorios castellanos en la Península, de modo que, en 1191, el reino de Alfonso VIII se vio solo contra los reinos aliados de Portugal, León, Aragón, y Navarra. La guerra en los tres años subsiguientes fue condenada por el Papa, cuyo legado finalmente concertó una paz temporal bajo el Tratado de Tordehumos, 1194. Pero como dice O'Callaghan: "resentments ran too deeply to be suppressed permanently" (243).

Tras la derrota de Alfonso VIII por los almohades invasores en Alarcos en 1195—batalla en la cual los leoneses sospechosamente se ausentaron—Castilla de pronto se encontró en otros líos con sus aliados nominales.<sup>39</sup> León y Navarra rompieron la paz concertada por el Papa y renovaron sus anexiones de territorios castellanos; Alfonso IX, por los concejos y negociaciones de Pedro Fernández de Castro, aun se atrevió a aliarse con los Almohades contra Castilla. Así, el Papa Celestino III de nuevo exhortó a Alfonso IX que dejara sus campañas contra Alfonso VIII. Cuando sus intentos se probaron ineficaces, le excomulgó al primero, rompiendo los juramentos de sus súbditos y ofreciéndoles indulgencias a los que lucharan contra él, tal como si fuera moro (O'Callaghan 244). Finalmente, los reyes de León y Castilla acordaron en aceptar una propuesta boda de alianza de Alfonso IX con Berenguela, la hija de Leonor de Castilla. La boda tuvo lugar en 1197.<sup>40</sup> Esta feliz unión no duró mucho tiempo. Fue decidido que los recién casados estuvieron emparentados de modo que el Papa se vio incapaz de santificar el casamiento y les excomulgó a los dos. La pareja no cedió a las amenazas del papado hasta 1204, después de que nacieron cuatro hijos. Se separaron y se reinició la animosidad entre los dos reinos; sin embargo, alcanzaron firmar un pacto de paz en 1206 y la unión definitiva ocurrió en 1230.

No obstante, de la historia contada aquí de las relaciones aquejadas entre los dos reinos, no queda duda de que el rencor persistió en el sustrato de las dos sociedades por

---

<sup>39</sup> Aunque nominalmente acordados en paz, me pregunto si podría haber algo malicioso en la tardanza con que las fuerzas de Alfonso IX vinieron a reforzar las de Alfonso VIII en Alarcos en 1195.

<sup>40</sup> Resulta interesante examinar el contrato de matrimonio firmados por Berenguela y Alfonso antes de que se casaron. Joseph J. Duggan ha notado que dicho documento implica en varias partes la posibilidad de un asesinato por la parte del monarca leonés (1989: 73), un hecho que nos parece alarmante pero es buen indicio del recelo entre los dos reinos.



mucho tiempo. Castilla y León siempre se consideraban separados, aun cuando León afirmó autoridad sobre Castilla, y los equilibrios cambiantes de poder a lo largo del periodo medieval sólo sirvieron para agravar la relación. León se consideraba heredero de los visigodos, una herencia que Castilla afirmó de vez en cuando, y esta auto-estimación se manifestó en los intentos persistentes de reinar sobre toda España. Castilla, antiguo condado de León, se separó en el siglo X sólo para ser subordinado a León, culturalmente si no políticamente, durante los dos siglos siguientes. Por así decirlo, la historia de la relación medieval Castilla-León se lee como una telenovela, con toda la intriga de hermanos traidores y siempre cambiantes alianzas. Como acercamos al cambio del siglo XIII, se nos enfrenta una relación tan accidentada que no nos debe sorprender la fea representación de los leoneses en un texto escrito por un clérigo castellano.

Antes de continuar a discutir las posibilidades de interpretación, debemos subrayar la importancia de dos textos historiográficos del período y comentar qué nos dicen sobre el contexto histórico. Me refiero a la *Crónica de los reyes de Castilla (CRC)*, escrito por Juan, Obispo de Osma quien muere en 1246 (Smith 1989: 3) y la *Historia de rebus Hispanie*, o la *Historia de los hechos de España (HHE)*, escrito por el historiador toledano Rodrigo Jiménez de Rada quien muere un año después en 1247. Como se espera, estos textos no solamente ofrecen una historia de acontecimientos, sino también a veces nos puede informar sobre las actitudes coetáneas.

En primer lugar, ambos testimonios relatan la curia de 1188 y el subsiguiente rencor de Alfonso XI. La *CRC* parece adoptar un tono más o menos objetivo al principio:

Se estableció además y acordó que el rey leonés fuera hecho caballero por el rey de Castilla y besara entonces su mano, y así se hizo, pues en unas Cortes, celebradas con noble y notable concurrencia en Carrión de los Condes, el rey

de León recibió el espaldarazo del rey de Castilla en la iglesia de San Zoilo y besó su mano en presencia de gallegos, leoneses, y castellanos. (36-37)

No obstante, el autor no olvida este episodio al relatar la batalla de Alarcos:

Por consejo de algunos satélites de Satanás se convirtió en arco de maldad, buscando ocasiones para apartarse del amigo, y de amigo se hizo enemigo cruel, pues guardaba en la profundidad de su alma el recuerdo de lo que sucediera en las Cortes celebradas en Carrión...se marchó, pues, de Toledo indignado con el glorioso rey...y se gozaba del infortunio acaecido a los castellanos. (39-40)

Y luego:

Se alía en seguida con el rey marroquí y, tras recibir de él dinero y una multitud de soldados armados, declaró la guerra al rey de Castilla...entró en el reino de Castilla por Tierra de Campos con la mencionada multitud de moros—quienes, como enemigos de la Cruz de Cristo, cometieron muchas atrocidades en contumelia y deshonor de la religión cristiana en las iglesias y en el ajuar eclesiástico—, y llegó hasta Carrión, donde determinó a borrar la injuria que creía que se la había causado cuando besó la mano del rey de Castilla. (40)

Antes de comentar este informe, consideremos qué nos cuenta la *HHE* en cuanto a la curia de 1188. Tal como la *CRC*, empieza de modo objetivo:

Se presentó ante el rey de Castilla, y tras ser armado caballero por éste en las cortes celebradas en Carrión, le besó la mano ante el pleno de las cortes. (293-294)

Pero luego el autor se muestra algo más parcial:

Pues como el rey Alfonso de León y el rey Sancho de Navarra habían fingido acudir en su ayuda a la batalla de Alarcos y ya habían llegado a los límites del reino de Castilla, cuando supieron que en la citada batalla no había habido éxito, cambiaron de opinión, y el rey de Navarra, que ya había llegado al reino de Castilla, se volvió atrás. El rey de León llegó a Toledo, y tras permanecer allí algunos días acompañando al noble rey, volvió a tierras de León, y poco después los dos irrumpieron en son de guerra en el reino de Castilla. (300)

Y luego:

El rey de León, que había procurado una alianza con los árabes, penetró con muchos de éstos entre sus tropas en el reino de Castilla por la tierra de

Campos, destruyendo, robando y asolando; y el rey de Navarra entraba a sangre y fuego por otro extremo asolando Soria y Almazán. Por otro, el rey de los almohades, llamado Yusef, sitió Toledo por segundo año y, luego, Madrid, Alcalá, Huete, Cuenca y Uclés, y desde allí regresó por Alcaraz, asolando y destruyendo todo lo que encontró fuera del amparo de las murallas. (300)

Así, estos testimonios concuerdan más o menos en su relación de los acontecimientos. Ambos enfatizan el resentimiento duradero de Alfonso IX al ser humillado en la curia de 1188. Los dos, además, le reprochan a éste por su conducta traidora después de la batalla de Alarcos. Todo esto nos debe llevar a concluir que: a) Carrión hubiera resonado entre el pueblo castellano por su relación con la citada curia, y que b) las subsiguientes acciones de Alfonso se condenaron extendidamente. El hecho de que ambos autores eran castellanos y que sus historias fueran tendenciosas sirve para reforzar el punto. Se puede entender los relatos como una historia oficial de la perspectiva castellana y así queda bien claro que éstos le consideraban traidor a Alfonso IX.

Además, la *CRC* nos cuenta que, tal como Alfonso IX anteriormente, Alfonso VIII tampoco olvidó la injuria de la traición de Alarcos:

El glorioso rey de Castilla, que no olvidó los daños que el rey de Navarra la había causado a él y su reino en el tiempo de su tribulación entró en su reino y comenzó a devastarlo. (42-43)

Y luego:

Permanecía fijo en lo profundo de la mente del rey lo que nunca de ella se había borrado: el infortunio que había padecido en la batalla de Alarcos. (43)

Este rencor documentado sirve de explicación viable de cómo el *PMC* se originó. Viéndose derrotado y traicionado en todos los frentes, Alfonso VIII buscó una manera en que podía difamar a sus enemigos y aumentar sus tropas al mismo tiempo. El género épico le proporcionó el recurso perfecto.

## CAPITULO 5

### LAS POSIBILIDADES DE INTERPRETACION

#### Los puntos de partida

Dos son los puntos de partida para la consideración siguiente de la ideología del autor del *PMC*: que el poema se compuso para un público inculto y que el poema muestra un alto nivel de sentimiento anti-leonés. Ambos supuestos han sido desafiado con razón—(Friedman 1990) y (Lacarra 1980a; 1908b), respectivamente—pero yo doy los dos por sentados por las razones que siguen.

Friedman tomó la teoría individualista un paso más allá al proponer que no solamente fue el poema escrito por un hombre culto, sino también que una creación tan artística habría necesitado un público culto; en otras palabras, propone un público de lectores para el poema. En respuesta a esta tesis, Smith rechaza esta idea citando la falta de criterio para difundir el texto y la índole física de la narración, terminando con una propuesta de un libro que investigaría y contestaría muchas de las preguntas acerca del público del *PMC* (1993). Un público de lectores del poema no concuerda con mi propia teoría ya que creo que el poema se compuso para servir de propaganda patriótica. Esto en sí implica un público amplio, uno que una obra escrita solamente para lectores no hubiera podido lograr en tiempos de analfabetismo extendido. En mi opinión, profesor Friedman tiene razón en enfatizar los aspectos artísticos del poema, como muchos han hecho, pero

que equivocadamente liga una composición culta con un público culto. Esta teoría, sin embargo, no ha sido refutado adecuadamente y, como va a verse, se implica en la teoría de María Eugenia Lacarra.

En cuanto al otro punto de partida, yo creo el sentimiento anti-leonés del poema bastante evidente. Como ya se ha discutido, se muestra a lo largo del texto, tanto por la caracterización negativa del bando cidófono—García Ordoñez y los infantes de Carrión— como por el retrato cambiante del rey Alfonso. A diferencia de los personajes leoneses, se distinguen los “verdaderos castellanos” de la mesnada del Cid que, por su parte, representan todo lo revés; mientras el bando cidófono se muestran cobardes, codiciosos, y traidores, los del Cid ejemplifican la valentía, la medida, y la lealtad. Las oposiciones entre estos grupos no podría ser más marcadas y conducen a una interpretación moral en que León y la alta nobleza viene a representar lo malo, mientras Castilla y los rangos sociales bajos vienen a representar lo bueno. No reconocer el sentimiento anti-leonés significa, en mi opinión, una ignorancia atroz de la historia entre los reinos de Castilla y León y su papel innegable en informar los motivos del autor.

### Los Lara y los Castro

María Eugenia Lacarra, sin embargo, ha cuestionado el sentimiento anti-leonés del *PMC* utilizando argumentos basados en investigación pormenorizada. Por un lado, ha mostrado que Carrión, la alcurnia de los infantes en el *PMC*, fue parte de Castilla no solamente en tiempos del Cid histórico sino también en tiempos de la composición del *PMC* (1980b). Por otro lado, a través de una investigación genealógica intensiva, ha mostrado que los linajes

del Cid y los Beni-Gómez—representados por los infantes—descienden de modo directo a dos familias castellanas muy poderosas durante la segunda mitad del siglo XII, los Lara y los Castro (1980b: 659-660; 2005). Estas facciones mantenían una animosidad larga y sangrienta durante el reinado de Alfonso VIII. Se basaba la rivalidad, como se esperaba, en el deseo de poder e influencia real, ambiciones que se manifestaron en la lucha sobre la tutoría del rey joven durante su infancia. Lacarra ha mostrado además que el mismo Cid no fue infanzón en realidad, como siempre se creía gracias a la influencia del verismo pidaliano, sino que vino de una línea navarro-asturiana muy alta (2005). Sus investigaciones le han conducido a deducir lo siguiente en cuanto a la ideología del *PMC*:

El autor, al acusar a la familia Beni-Gómez de haber sido traidora al rey y a la familia del Cid, ya en el siglo XI, aumenta la magnitud e intensidad de su ataque y, por tanto, deforma conscientemente la realidad histórica de los acontecimientos históricos que narra. El *PMC*, por consiguiente, no refleja la realidad histórica del siglo XI, sino la ideología del autor, quien al tomar partido en los conflictos de su época hace una obra de propaganda. (1980b: 159)

De su primer argumento, Lacarra llega a concluir, siguiendo a Molho (1977), que no hay un sentimiento anti-leonés en el *PMC* sino que las acciones de los Beni-Gómez viene a representar una crítica interna que se relaciona con los conflictos nobiliarios castellanos del momento. Propone que el poema fue encargado por o los Lara o el rey Alfonso VIII—ambos de los cuales se alían contra los Castro y Alfonso XI de León hacia finales del siglo XII—para difamar a los antepasados de los Castro quienes, por su parte, habían ganado la infamia de pasarse a la corte leonesa y aliarse con los almohades tras la gran derrota castellana en Alarcos en 1195. En este escenario, Lacarra sigue a Bloch quien correctamente reconoce que en la Edad Media la mala reputación de un miembro de una familia podían redundar a la desgracia eterna (Bloch 134-142). De ahí viene la teoría de

Lacarra de que el *PMC* sea una obra de *escarnho et mal dezir* y su afirmación de que la épica no representa la historia como fue, sino como ciertos grupos querían que fuera percibida (1980b: 664). En otro artículo de 1983, Lacarra acertadamente comenta la conexión íntima entre la historia y la épica durante la Edad Media y concluye que el género épico hubiera proveído al autor una forma ideal para realizar su manipulación de la historia (1983: 260). Entonces, por medio de una lectura marxista, Lacarra, junto con Julio Rodríguez Puértolas (1979), ha enfatizado el aspecto ideológico del poema en relación al ideario de la clase dirigente.

Todas las consideraciones de Lacarra, aunque nunca afirmado explícitamente, suponen un elemento nobiliario en la ideología del *PMC* y este punto merece ser considerado aquí. Si aceptamos que el poema fue encargado por los Lara, debemos aceptar que se hubiera sido destinado para un público nobiliario ya que esta teoría hace hincapié en cuestiones intrincadas de linaje. Entonces, en respuesta a las proposiciones de Lacarra, aunque su investigación genealógica sea sin falla ninguna, yo diría que la crítica española equivoca en no prestar atención al público al que el poema se habría dirigido. Estoy de acuerdo con Smith, entonces, cuando afirma que las cuestiones complicadas de linaje entre los Lara y los Castro y el Cid y los Beni-Gómez, respectivamente, no habrían encontrado su efecto deseado en un público inculto (1983: 177-178). Puede ser que el pueblo común tuviera algún conocimiento de los linajes nobiliarios por medio de transmisión oral, pero cuestiones de linaje no le hubiera tocado al alma; es decir, si aceptamos que el autor de poema quería proveer un modelo de conducta para todos sin excepción, hubiera que apelar a las sensibilidades de las masas y no perderse en asuntos nobiliarios.

Asimismo, Lacarra no considera que Carrión, aunque fuera parte de Castilla, habría sido entendido como un sitio de gran importancia simbólica leonesa y así los personajes conectados a Carrión también se considerarían leoneses. Como lo describe Michael, “perteneía al reino leonés y era la casa solariega de la familia de los Vanigómez, a la que pertenecían los infantes mencionados en el *Poema*” (1976: 171). De aun mayor importancia, como ya se ha discutido, Carrión fue sitio de una celebrada curia regia en 1188 en que Alfonso VIII de Castilla armó caballero a Alfonso IX de León en un acto simbólico que demostró la autoridad y el poder del primero sobre su primo leonés. Este acto pareció ser el juicio final sobre la ascendencia castellana sobre León que se iba creciendo a lo largo de los siglos XI y XII. Así Carrión, aunque no fuera parte de León propio, hubiera sido entendido inherentemente leonés por su vieja relación con la familia Benigómez y la curia memorable de 1188 en que el rey leonés recibió un daño que no olvidaría.<sup>41</sup> De hecho, se puede afirmar, como lo hacen los testimonios históricos coetáneos, que la ausencia de Alfonso IX y los leoneses en Alarcos y Las Navas de Tolosa fue el resultado directo de las animosidades que originaron en la curia de 1188.

Las asociaciones del bando cidófono con sitios leoneses se destacan a lo largo del poema. Sabemos que Alfonso y los infantes provinieron de León, pero aun García Ordóñez, que previamente siempre ha constado en los testimonios como un noble castellano, ahora aparece leonizado en el *PMC*. Ubieto Arteta ha acertadamente afirmado que Ordóñez debió ser castellano en la historia, pero que sus primeras apariencias en el poema lo muestra, junto con el rey y los infantes, en las ciudades leonesas de Carrión y Valladolid. Se supone

---

<sup>41</sup> El hecho de que Álvar Fañez encuentra al rey en Carrión al venir a presentarle el segundo regalo del Cid claramente crea un vínculo entre Alfonso y los infantes leoneses. Así pues, es ese momento Alfonso se ha convertido por completo en un rey justo y a favor de Castilla.



que estas pistas geográficas habrían servido de indicios morales y políticos, señalando la maldad e traición. De hecho, resulta interesante considerar a García Ordóñez como una representación literaria de Pedro Fernández de Castro, otro castellano con conexiones leonesas. Lacarra nos cuenta que “la familia de los Castro no solamente descendía de la familia Beni-Gómez...sino que estará directamente entroncada con el conde de Valladolid” (1980b: 148). Entonces, al momento de la composición del *PMC*, los Castro fueron descendientes de más de una familia leonesa. De todos casos, por el retrato negativo de Ordóñez del poema, junto con aquél de los infantes de Carrión, León y la corrupción de la alta nobleza se igualan.

Además, a la luz de las consideraciones de Lacarra, los infantes de Carrión desempeñan un papel muy significativo. En mi opinión, llegan a representar tres cosas: la alta nobleza, lo leonés, y—junto con los calumniadores—la traición. Las primeras dos cosas, como ya se ha mencionado, son relacionadas inextricablemente en el *PMC*. Los infantes de Carrión son sin duda los más activos miembros de la alta nobleza en la trama; sin embargo, hacia el inicio del poema están ligados no solamente a Alfonso sino también a los calumniadores, García Ordóñez siendo el principal. En realidad, como ha mostrado Lacarra, fueron todos relacionados entre sí, proviniendo de la línea Ansúrez-Beni-Gómez. Si es cierto, como afirma Lacarra, que este linaje siempre fue castellano—una afirmación difícil dado la procedencia leonesa de todas las cosas castellanas—se nos enfrenta con un caso en que el autor conscientemente manipuló la historia para evitar la inclusión de traidores dentro del bando castellano. Lejos de rechazar esta posibilidad, la creo muy probable. Dadas las conexiones de Alfonso y los infantes de Carríon con León en el poema, creo que el autor quería distinguir de manera clara entre el bando cidófono, que viene a

representar a León, y el bando cidófilo, que viene a representar a Castilla. Para cumplir con este propósito, el autor se vio obligado a introducir elementos novedosos a la historia—la actuación de los infantes y Álvar Fañez—e ignorar inconvenientes históricos—la procedencia leonesa de Jimena y la colaboración del Cid con reyes musulmanes.

Más allá de las cuestiones de estado social e identidad, el tema de la traición corre a lo largo del poema y tiene profundas implicaciones en la historia socio-política. De hecho, ya en la *CRC* se establece una tradición de traición leonesa cuando relata el asesinato del nieto de Fernán González por manos leonesas (25). La traición que hubiera sido la más accesible al autor del *PMC*, sin embargo, viene mucho más tarde en la historia y se relaciona con los conflictos entre los Lara y los Castro. Efectivamente, tras haber perdido la tutoría del joven Alfonso VIII en los años setenta después de lustros de enfrentamientos violentos, los Castro, Pedro Fernández de Castro siendo el más destacado y nefario de éstos, buscaron apoyo intermitente en la corte leonesa.<sup>42</sup> El rol de Pedro Fernández de Castro, conocido en la historia por el apodo engañoso “el Castellano”, en las relaciones tensas castellano-leonesas no puede ser menospreciado. Un seguidor de Lacarra aun ha mantenido que el único responsable por la discordia entre Castilla y León en esta época, tanto en la ideología del autor como en la realidad, fuera Pedro Fernández de Castro (Riaño Rodríguez 2000).<sup>43</sup> De todos modos, dada la historia entre los dos reinos, tal defección por parte de nobles

---

<sup>42</sup> Esta cuestión se complica al leer un estudio de Barton (2000) que afirma que la defección a una o otra corte fue común entre la nobleza y aun muestra que miembros de la familia Lara se movían una y otra vez entre los reinos vecinos. Por lo tanto, Barton arguye que nuestras ideas modernas de identidad nacional tal vez no son acertadas al aplicarlas al período medieval español. Finalmente, propone que el poema no se dirige solamente a los Castro, sino a todos los nobles dado que la mayoría había cambiado de alianza en algún momento.

<sup>43</sup> González describe en detalle la historia accidentada de la familia Castro y Pedro Fernández. Se establece que el paso a la corte leonesa no fue muy raro (321-336).

castellanos fue considerada traidora en la alta extrema, especialmente al considerar las repercusiones de estas circunstancias inciertas en los años noventa del mismo siglo.

Partiendo de la idea de que el *PMC* se compuso entre la derrota castellana en Alarcos en 1195 y la victoria más tarde en Las Navas de Tolosa en 1212, la cuestión de defección cobra nuevo sentido. Esencialmente, después de que los castellanos fueron vencidos por el ejército almohade en Alarcos, el rey leonés y el rey navarro se aliaron con los almohades contra Alfonso VIII para aprovechar de su estado debilitado. Esto ocurrió apenas un año después de que los reyes de Castilla y León firmaron el Tratado de Tordehumos que fue concertado por un legado del papado. La naturaleza devastadora de estos ataques, que consistieron en la quema de aldeas e iglesias, parecieron romper no sólo con la política de la región sino también con la religión cristiana. Los leoneses y los moros cometieron atrocidades, “sin respetar iglesias ni bienes eclesiásticos” (González 717). Pero no solamente había una traición externa perpetrado por el monarca leonés, sino también había otra interna, constituido por el paso de Pedro Fernández de Castro desde la corte castellana a la corte leonesa. Este oportunismo traidor no fue solamente condenado por los castellanos, sino el papado pronto excomulgó al rey leonés junto con Pedro Fernández de Castro, su aliado, por su nefasta alianza con los almohades (Smith 1989: 3).<sup>44</sup>

Así tenemos precedentes de la traición leonés-Castro muy cercanos en la historia a la composición del *PMC*. Pedro Fernández de Castro, por su vaivén oportunista de alianzas e negociaciones con los almohades, y Alfonso IX de León, por haber roto el Tratado de

---

<sup>44</sup> De hecho, la teoría de Lacarra en este punto parece contradecirse ya que inicialmente la crítica enfatiza la castellanidad de los Castro (1980), mientras luego reconoce que ya a finales del siglo XII los Castro fueron considerados traidores (1983: 261), un hecho que conduciría a su representación en el poema por el bando cidófono.

Tordehumos y haberse aliado contra Castilla, hubieran inflamado las emociones de los castellanos patrióticos en 1195. Estas traiciones seguramente habrían sido suficientes para sentar el sentimiento anti-leonés que se desarrolla en el *PMC*, y así no debe sorprender que el tema de la traición llega a jugar un papel decisivo en el poema.

Hay dos traiciones principales perpetradas por el bando cidófono en el poema: la de dar malos consejos y la de desobedecer el mandato del rey. La primera es referenciada hacia el inicio del relato cuando el Cid, al ser desterrado, exclama, “¡Esto me an buelto mios enemigos malos!” (v. 9). Como ha señalado Duggan, “the deliberate purveying of bad advice is as great a felony in feudal society as is collaboration with the enemy, and in fact many a treason is realized through evil counsel” (1986a: 294). La inclusión de los calumniadores en la historia literaria del Cid, como hemos visto, no es nada nueva. Sin embargo, para un público castellano coetáneo a la referida traición histórica, creo que tales menciones de traición, aunque fueran sutiles, habrían sido bien entendido. De nuevo vemos la actuación de los “malos mestureros” cuando Álvar Fañez viene a la corte de Alfonso para dar noticias del Cid por la segunda vez. Tras haber informado al rey de las victorias del Cid, García Ordóñez exclama: “¡Semeja que en tierra de moros non á bivo omne/ cuando assí faze a su guisa el Cid Campeador!” (vv. 1346-1347); pero esta vez, el rey, cada vez más recogiendo su juicio, le responde: “¡Dexad essa razón,/ que en todas guisas mejor me sirve que vós!” (vv. 148-149). Esta defensa parcial del Cid se hará completo durante las cortes de Toledo cuando llega a decir del Cid: “mejor sodes que nós!” (v. 3116).

La otra traición del poema tiene que ser con los infantes de Carrión. Básicamente, al maltratar a las hijas del Cid, los infantes se hacen traidores ya que los matrimonios habían sido mandado por Alfonso. Sus acciones cobardes durante el episodio del león y la batalla

anterior con el rey Búcar ya les había pintado de cobarde, y desde el momento en que son presentados por primera vez sabemos que son codiciosos y ávidos, pero el maltrato brutal de las mujeres indefensas es lo que les marca como traidores. Esto no se escapa de la atención del Cid y Muño Gustioz quienes lo enfatiza durante las querellas oficiales. Refiriéndose a quién cae la deshonra de las acciones de los infantes de Carrión, el Cid dice:

[Alfonso] casó mis fijas, ca non ge las dí yo;  
cuando las han dexadas a grant desonor,  
si desondra y cabe alguna contra nós,  
la poca e la grant toda es de mio señor. (vv. 2908-2911)

Muño Gustioz repite este sentimiento al rey: “Tiénes’ por desondrado, mas la vuestra es mayor” (v. 2950), así sugiriendo que la deshonra al rey es mucho más grave que la del Cid ya que los matrimonios se realizaron según su mandato. El deshonrar de un rey equivalía a la traición y, por eso, los infantes de Carrión son acusados de la traición en las cortes de Toledo. De aun más importancia, sin embargo, hubieron sido visto como traidores por un público castellano medieval que, en mi opinión, hubiera conectado la traición poética a la traición histórica reciente.

En fin, aunque estoy de acuerdo con Lacarra sobre la probable influencia de las luchas nobiliarias entre los Lara y los Castro en la ideología del *PMC*, creo que la crítica española equivoca en no ligar esta animosidad a un mayor sentido de regionalismo. Es decir, Lacarra desacredita la teoría del sentimiento anti-leonés y en su vez propone la teoría Lara-Castro. Las dos teorías, sin embargo, no se excluyen mutuamente, sino hay que tener las dos en cuenta a la hora de valorar la ideología del *PMC*. Yo propongo que la defección de Pedro Fernández de Castro a la corte leonesa, la ausencia de los leoneses en Alarcos, y los subsiguientes ataques leoneses en tierras castellanas hubieran proporcionado al autor del *PMC* una cantidad suficiente de virulencia anti-leonesa. El autor

aprovechó de las circunstancias históricas para difamar no solamente al antiguo reino rival de Castilla, sino también a la familia Castro quienes ya se habían hecho traidores por su colaboración con los leones y, aun peor, los almohades. Entonces, el autor del poema, como parte de su proyecto propagandístico, apeló a las emociones del pueblo castellano y así logró a ligar mejor su héroe con su público.

Además, creo dudoso, aunque posible, que el autor del escenario de Lacarra hubiera compuesto el poema a finales del siglo XII. Las hostilidades entre los Lara y los Castro, que se convirtieron en una guerra civil castellana, fueron peores durante la infancia de Alfonso VIII, 1158-1169, y así esa época parece la más probable para la composición según la teoría de Lacarra. Julio González, uno de los más respetados historiadores de la época, describe en detalle estas luchas durante la infancia del rey (150-179) pero, al llegar a los años noventa, las hostilidades Castro-Laro desaparecen y el énfasis cae a Pedro Fernández de Castro y la alianza con los almohades (712-729).

No obstante, a mi modo de ver, las proposiciones de Lacarra representan las más innovadoras y útiles que hay en la crítica cívica moderna. Sus argumentos tienen sus puntos débiles—que no escapan de la atención de Montaner (1987: 153-158)—pero, en su mayor parte, son válidos de modo innegable. Fuerte apoyo es para su teoría el hecho de que ningún estudioso ha podido rechazarla en su totalidad. Pero, desde luego, hay que cuestionar la ideología de ella misma y la de sus investigaciones. Tal como la estudiosa española desechó muchas de las teorías pidalianas, la crítica cívica debe cuestionar sus propios argumentos para allanar el camino hacia campos de investigación aun más prometedores. Creo que sería bastante fácil buscar la ideología de Lacarra en la época en que se formó y escribió. La España de los años setenta experimentó un gran cambio

cultural, político, y social cuando se acabó la dictadura franquista. Sería realizable, entonces, trazar la teoría de Lacarra a algún sentimiento nacionalista inspirado por estos cambios y así la crítica española parecería mucho a su precursor, Menéndez Pidal.

### La sociedad fronteriza

En la teoría fronteriza, en vez de las vagas menciones de público en la teoría de Lacarra, se propone un público más específico para el *PMC*. Fradejas Lebrero (1962) fue el primero en proponerla y ha sido defendido y matizado por Catalán (1985), Montaner (1987), Martín (1992), y Rico (2007). Además de estos críticos literarios, varios historiadores—en las obras de los cuales los primeros han basado sus estudios—han investigado la sociedad fronteriza de la época, por ejemplo J. M. Lacarra (1981), Villar García (1986), Powers (1988), Iradiel Murugarren (1989), y Valdeón (2002). A continuación, comento esta teoría en relación a la ideología del *PMC*.

Después de los avances castellanos hacia el sur en territorio musulmán bajo Alfonso VII, se creaba una nueva sociedad en los territorios recién ocupados. Estas sociedades fronterizas han sido el tema de mucha discusión crítica acerca de su posible relación con la composición del *PMC*. Al nivel básico, se supone que tales sociedades, fuera del control monárquico directo y sin medios de enriquecerse, hubieran constituido el público ideal del *PMC* dado el énfasis en una autoridad monárquica y el enriquecimiento en el poema. Richard Fletcher ha descrito la Castilla del momento así: “Here was a Kingdom imperilled by those who put sectional interest before the common good, who neglected their Christian patriotism and forgot their duties to the king”. Concluye con la afirmación: “The poet reminded his compatriots of where their responsibilities lay. He also made it clear that

interest coincided with duty” (195). Tal interpretación supone, algo paradójicamente, una comisión real o una de las cortes señoriales para el *PMC*. Las cortes señoriales, constituyéndose de un nuevo grupo social—los caballeros villanos— habrían proveído un ambiente perfecto para la recitación de un poema épico que hace elogio del poder monárquico. En tales cortes habría en asistencia no solamente caballeros villanos, un relativamente nuevo grupo social, sino también nobles de rango más alto que habrían querido acercarse a la corte real para ganar favores y propiedades.

Los temas de ideología y composición se relacionan en la teoría fronteriza. En cuanto al momento de composición, estoy de acuerdo con Fradejas Lebrero cuando dice:

Repasando la historia del S. XII no encontramos ningún momento en que fuera urgente y necesaria la creación de un poderoso ejército para dar fuerte impulso a la Reconquista. Solamente tras la batalla de Alarcos 1195, con la tremenda derrota de Alfonso VIII, se vislumbra un aire de cruzada internacional que plasmará en las Navas de Tolosa, 1212. (53)

Tras la derrota castellana en Alarcos, Alfonso VIII se vio obligado a considerar de cómo ampliar su ejército. Un poema épico tratando un héroe indígena, difundido por todas partes de su reino, hubiera proveído un modelo de cómo cambiarse de estado social y de cómo enriquecerse a través del servicio militar. Efectivamente, la representación del Cid en el poema responde a la comunidad fronteriza castellana, poblada de hombres de bajo rango social y sin medios legítimos de enriquecerse. Al inicio del poema, el Cid es empobrecido; su situación económica y social se van mejorando a medida que lucha contra los musulmanes. El héroe termina por establecerse señor independiente de Valencia. Propongo que esta trama impresionante fuera fundido en forma poética por mandato de Alfonso VIII y destinado a ser leído a los hombres rurales de la Extremadura y Sierra para animarse a tomar parte en las luchas que marcaron el comienzo de la Reconquista.



Pero, ¿realmente había una relación entre los cantares de gesta y los soldados reales? Para responder a esta pregunta, hay que considerar *Las siete partidas*, un código canónico del derecho español medieval compuesto por Alfonso X a mediados del siglo XIII. La segunda partida trata del mundo administrativo y militar y conforma al género didáctico del espejo de príncipes. Y, como ha notado López Estrada (1991), la ley XX del capítulo XXI se relaciona directamente con nuestra cuestión:

Ley XX. Cómo ante los cavalleros deven leer los grandes fechos de armas quando comieren.

Apuestamente tovieron por bien los antiguos que faziesen los cavalleros estas cosas que dichas avemos en la ley ante desta. E por ende ordenaron que assí como en tiempo de guerra aprendiesen fecho d'armas por vista e por prueba, que otrosí en tiempo de paz lo aprisiesen por oída e por entendimiento. E por esto acostumbraban quando comien, que les leyesen a) las *estorias de los grandes fechos d'armas* que los otros fazieran, e los sesos e los esfuerzos que ovieren para saberlos vençer, e acabar lo que querien. E allí do non avie tales escripturas, fazienselos b) *retraer a los cavalleros buenos ançianos* que se en ello açertavan. E sin todo esto, aun fazien más, que los juglares, que non dixiesen ant'ellos otros c) *cantares sinon de gesta* o que fablasen de fecho d'armas. Esso mesmo fazien: que quando non podien dormir, cada uno en su posada se fазie leer e retraer estas cosas sobredichas. E esto era porque oyéndolas les creçien los corazones, e esforçavanse faziendo bien e queriendo llegar a lo que los otros fazieran o pasaran por ellos. (1990, 172)<sup>45</sup>

La relevancia de este testimonio a nuestra consideración no puede ser mayor. De este fragmento, casi coetáneo con la composición del *PMC*, el valor didáctico y uso ejemplar de la épica medieval se prueban. De ahí, podemos afirmar con relativa certeza que el *PMC* hubiera sido compuesto y utilizado de modo igual. De hecho, *El libro de los estados* de Juan Manuel nos proporciona otro testimonio medieval que concuerda con esta descripción:

Et desde que oviere(n) comido et bebido lo quel cumpliere con tenprança et con mesura a la mesa, debe oír, si quisiere, juglares quel canten et tangan estormentes ante él, dixiendo buenos cantares et buenas razones de

---

<sup>45</sup> Cito aquí a López Estrada. Los énfasis son suyos.

cavallería o de buenos fechos mue mueban los talantes de los que los oyeren para fazer bien. (105)

Estos dos fragmentos forman la mayor parte de lo que sabemos del juglar medieval español y de cómo se utilizaban los cantares de gesta. Los dos describen la función social de los cantares dentro el ambiente cortés. Por eso, no nos debe sorprender que la mayoría de los estudiosos modernos han ligado la épica con círculos cortesés, tanto en su composición como su recitación. López Estrada liga el poema épico al ambiente cortés y aun afirma que “queda lejos de las otras clases sociales...que no se mueven por lo que se dice en el *Poema* y que es ajeno a ellos” (1991: 182). Dados los dos testimonios citados arriba, esta afirmación parece razonable; sin embargo, queda mi duda acerca de la necesidad de enseñar a los que ya hubieran sido conectado a la corte real o una corte señorial. En otras palabras, si aceptamos que uno de los propósitos del poema es defender el derecho público y reforzar la obligación de los súbditos al rey, los círculos cortesés no habrían sido el público ideal ya que se supone que estos valores ya hubieran estado sentado. A este fin, debemos buscar en las afueras de las cortes para súbditos rebeldes e independientes y, al hacerlo, nos encontramos de nuevo con los caballeros villanos y los peones de las zonas fronterizas.

Aquí, sin embargo, debemos marcar la diferencia entre un público fronterizo y un público burgués, aunque las diferencias muchas veces son difíciles de distinguir entre sí cuando estudiamos una época histórica tan alejada. Básicamente, la burguesía hubiera vivido en los centros urbanos de tamaño intermedio, como Burgos, Soria, o Palencia, mientras los hombres de la frontera vivían en asentamientos más pequeños situados por las fronteras con Navarra o las taifas de Zaragoza y Sevilla. Aunque hay una aportación fuerte para asumir que el poema se compuso para un público burgalés—la más importante siendo el inventado *burgalés de pro*, Martín Antolínez—o al menos un público burgués, esta

suposición no cuadra bien con mi interpretación. De nuevo, si aceptamos que el poema, a fin de cuentas, quiere establecer y enfatizar el poder y justicia del monarca castellano, debemos asumir que el público ideal hubiera sido un grupo social que necesitara tal reiteración. Burgos, ya siendo una ciudad de tamaño medio a finales del siglo XII y situado por la ruta de las cortes ambulantes del rey, ya hubiera sido bien conectado y representado en la corte real. Por otro lado, una zona fronteriza, fuera del esfero de control del rey pero situada estratégicamente para los avances militares en territorio musulmán, claramente habría necesitado un poema que, no solamente ofrece un ejemplo heroico de cómo uno puede cambiarse de estado social y enriquecerse, sino también demuestra la justicia y consideración del rey. Efectivamente, el poema habría servido de propaganda política, social, y económica. En este modelo, las cortes de Toledo convocadas por Alfonso sirven tanto para defender el poder monárquico central como condenar a la ley privada practicada en las regiones fronterizas, o, en las palabras de Lacarra, el poema “defiende la práctica del derecho público frente al derecho privado” (1980a). La ejemplificada medida del Cid actúa de manera semejante ya que pone freno a las voluntades impulsivas de los hombres fuera del control monárquico directo. Al otro lado, una ciudad más poblada, como, Burgos, ya tenía cortes jurídicas establecidas y una relación fuerte con la corte real y así sus ciudadanos no hubieran necesitado un modelo didáctico de conducta.

Teniendo esto en cuenta, estaría de acuerdo en cierta manera con una lectura marxista del *PMC*, como han realizado Rodríguez-Puértolas (1979) y Lacarra (1980b). El poema, compuesto por un hombre culto, debió de salir de un centro urbano con los recursos con los cuales un hombre pudo educarse y, como tal, pretendía de avanzar los intereses de la clase social dominante—la monarquía y la alta nobleza; sin embargo, para

cumplir con este propósito, el autor tenía que apelar a los que caían fuera de la sociedad burguesa, las sociedades fronterizas a saber. Los hombres fronterizos vivían de manera independiente de la corte y disfrutaban de una vida alimentada por incursiones periódicos en tierras de moros. Tras la derrota en Alarcos, Alfonso XIII se vio obligado a incrementar sus tropas para una batalla definitiva que tendría lugar diecisiete años después en Las Navas de Tolosa. Para atraer a la sociedad fronteriza y apasionarles por las luchas de la Reconquista, había que componer y difundir un poema épico de un héroe indígena e indigente, muy parecido a los mismos hombres de estas sociedades, que, por medio de una lealtad extrema al rey y un espíritu valiente, pudo enriquecerse y cambiarse de estado social. Un relato perpetrado por un hombre de condiciones tan semejantes a las vidas de los hombre de la frontera no podía sino atraer e inspirar a éstos. En las palabras de Catalán, “el poeta del *Mío Cid* devuelve el héroe a la realidad cotidiana, intenta aproximarlos a los oyentes, presentándolo como un arquetipo, sí, pero un arquetipo humano” (808). Proviene de Vivar, una aldea en las afueras de Burgos, el héroe se define por su pobreza y bajo rango social al inicio del poema, pero acaba siendo el señor de Valencia.

Es más, no es solamente el héroe que disfruta del éxito social y económico, sino que todos sus hombres también se enriquecen y ascienden a mejores rangos sociales. Lacarra ha discutido muy acertadamente las posibilidades de movilidad social en el poema y en el mundo del poeta (1980b: 160-172). Ella distingue entre tres grupos sociales del bando del Cid: los peones que luchan a pie; los caballeros villanos que, por su situación económica, pueden luchar a caballo; y los parientes del Cid que ocupan posiciones sociales más altas. Esta categorización concuerda con las circunstancias sociales de las zonas fronterizas castellanas durante la época de composición del *PMC* como J. M. Lacarra describe aquí:

En la segunda mitad del siglo XII puede percibirse en Castilla una distinta estructuración de la sociedad en las tierras del interior y de la frontera. En los lugares del interior las gentes se agrupan en infanzones, clérigos y labradores, en la frontera son caballeros y peones. (1975: 52)

Por tanto, se relacionan las dos sociedades—la literaria y la real—por el tipo de movilidad social que se permitía en ambas. En las zonas fronterizas, uno podía cambiarse de estado social a través de la adquisición de riquezas, mientras, en las zonas urbanas, uno tenía que obtener un privilegio real. Es decir que por medio de riqueza ganada durante excursiones de asalto en territorio musulmán, los hombres fronterizos, ya sean peones o caballeros villanos, podían levantarse a un nivel social más alto, los peones haciéndose caballeros villanos—como indican los versos 1212-1213—y éstos haciéndose infanzones. Esta movilidad social se distingue de la jerarquía delineada de la corte de Alfonso IV en el *PMC* donde sólo se puede cambiarse de estado social por medio de privilegios reales. De hecho, la falta de movilidad social en la sociedad leonesa se corrobora en la realidad del poeta cuando Alfonso IX dictó un ordenamiento que prohibía a los villanos de ganar el título de caballero (Powers 98). La sociedad fronteriza castellana, sin embargo, permitía que los hombres se cambiaran de estado social mediante la adquisición de riqueza.

Efectivamente, la misma movilidad social se ve en el *PMC* y esto lleva profundas implicaciones a la hora de hablar sobre su público ideal. Los caballeros villanos y los peones de la frontera, ya acostumbrados a la pobreza y la práctica de hacer incursiones en territorio musulmán para adquirir botín, hubieran sido particularmente atraído a un héroe cuyas tropas se parecieran tanto a sí mismos. Las similitudes entre la sociedad poética del Cid y la sociedad fronteriza de finales del siglo XII no son fortuitas: el autor quería que los hombres fronterizos se identificaran con los personajes para que se animaran a seguir su modelo de asaltar a los moros. Entonces, la novedad intrigante del poema radica en su

ilustración de cómo se puede alcanzar riqueza inmensa y cambiarse de estado social a través de la lealtad al rey y participación en el derecho público, un concepto atrayente para una sociedad pobre y políticamente aislada. Joseph Duggan describe perfectamente el efecto de esta suerte de ejemplaridad cuando dice:

The lesson for a minor noble of the twelfth, thirteenth, or fourteenth century is clear: if Rodrigo of Bivar could improve his lot through conflict with the Moors and an almost unreasonable sense of loyalty to the sovereign, than it is worth the risk for other *infanzones* to leave their lands and participate in the Reconquest, provided that they too maintain fidelity to their *señores naturales*. (1986a: 309)

Como he argüido, si nos aproximamos al *PMC* desde la perspectiva de la sociedad fronteriza castellana de finales del siglo XII, los énfasis poéticos en la adquisición de botín y la posibilidad de cambiarse de estado social se entienden mejor. En efecto, el autor planteó en el poema las mismas preocupaciones de los hombres pobres y no nobles de la frontera con el fin propagandístico de reiterar sus obligaciones a la monarquía y animarles a participar en las luchas de la Reconquista.

## CONCLUSION

### Cómo reconciliar la literatura y la historia

A fin de cuentas, resulta que el *PMC* no se aleja por completo de los textos cidianos anteriores, sino que el autor escoge incorporar elementos y añadir otros para convenir con sus propios motivos. La importancia de estas innovaciones no radica en la manipulación de la historia, como muchos han señalado, tanto que la manipulación de la historia literaria. Visto desde esta perspectiva, el *PMC* no rompe con la tradición literaria anterior, sino la renueva para que se cobre vida para un público castellano coetáneo. Las novedades más significativas del *PMC* son la inagotable lealtad del héroe, la nueva y más amplia definición de *sapientia*, y los vínculos concretos que se establecen entre el Cid y Castilla. En efecto, la lealtad del Cid le marca como el vasallo perfecto—un honor de que él no disfrutaría en las tradiciones posteriores—y hace posible su reconciliación con el rey que, a su turno, significa la restauración de su honra. Eso dicho, la cualidad de medida que el Cid emana en toda instancia semejantemente facilita su progreso abarcando no solamente sabiduría militar sino también una manera de relacionarse con los moros, los nobles enemigos, y, más importante aun, su propia gente. Entonces, estas primeras dos novedades poéticas sirven para crear del Cid un modelo de ejemplaridad, uno de los propósitos de la épica medieval según Duggan.

La cuestión de ejemplaridad, sin embargo, nos obliga a preguntarnos: ¿a quién se dirigía este modelo? Para responder a esta pregunta hay que considerar la tercera

novedad: la de la castellanidad del héroe. El *PMC*, como no hace ningún otro texto anterior, hace hincapié en la identidad geográfica del Cid. Aunque varios otros textos previos admiten que es castellano, el *PMC* va mucho más allá a incorporar por lo menos tres sitios castellanos—Burgos, Medinaceli, San Esteban de Gormaz—a la historia, un hecho que nos debe ofrecer las pistas más significativas acerca del propósito original del poema. La crítica queda dividida en este punto, pero, como han señalado muchos, el aparente conocimiento geográfico que demuestra el autor a lo largo del texto nos debe indicar o la castellanidad del autor o, a lo mejor, una composición por un autor extranjero-viajero con motivos propagandísticos a favor de Castilla. Creo que bien podemos asumir, dadas las novedosas y repetidas referencias a la castellanidad del Cid, que el poema fue escrito para un público castellano. Pero queda la pregunta, aun si podemos refinarla un poco: ¿para qué público castellano fue escrito el *PMC*?

Mis conclusiones en este punto, dada la falta de información con que se nos enfrenta, no pueden ser conclusivas, sino más bien he considerado las dos proposiciones que creo más probables. Ambas de las cuales se relacionan con las cinco funciones sociales de la épica—*entertainment, sanction of conduct, spreading the news of current events, preserving awareness of the past, y providing models of imitation*—que propone Duggan. La teoría de Lacarra hace hincapié en la autorización, o el reproche, de la conducta, y también en la preservación de la historia. Como ella arguye, el *PMC*, encargado por la familia Lara y compuesto por un partidario larista, muestra un alto nivel de propaganda en su censura del comportamiento del bando cidófono, los antepasados de los rivales de los Lara, los Castro. Por el otro lado, el poema claramente autoriza y ejemplifica el comportamiento de los antepasados de los Lara, el Cid en primer lugar y también el rey Alfonso cuando ya se ha



corregido. Por un lado, se condenan la vil avaricia, la vergonzosa cobardía, y la despreciable violencia de los infantes mientras, al mismo tiempo, García Ordóñez se retrata como calumniador. Tanto los infantes como García Ordóñez son acusados de ser traidores al rey por su comportamiento.

Por otro lado, y en contraste del retrato negativo, se ejemplifican la lealtad inagotable, el saber militar, y la mesura del Cid mientras Alfonso se presenta como un personaje dinámico, yendo desde la injusticia bajo la influencia de García Ordóñez hasta corregirse a cumplir con su rol social.

Volviendo a Lacarra, el punto más débil de su teoría, en mi opinión, es que no ofrece una manera viable en que la obra hubiera ido propagándose; es decir, no responde bien a la pregunta: ¿qué hubiera sido el público ideal del *PMC*? La otra interpretación que hemos considerado sí responde a esta pregunta.

La teoría fronteriza nombra al público ideal del *PMC*—los caballeros villanos de la Extremadura y Sierra castellanas. Todas las funciones de Duggan se aplican a la teoría fronteriza, pero la más importante es el proveer de modelos de imitación. Según los proponentes de la teoría, el poema hubiera servido de ejemplo de cómo un castellano debe servir a su rey. En un artículo muy conocido, Thomas Hart enfatizó la ejemplaridad del *PMC* pero equivocadamente afirmó que el poema no trata explícitamente de la política (1962: 164). Yo creo que la cuestión de ejemplaridad es ligada de modo inextricable a la política coetánea castellana. Desde mi punto de vista, el poema quiere ofrecer el Cid como un modelo de conducta tanto en su lealtad al rey como en sus excursiones lucrativas en territorio musulmán. La importancia del tema económico no se puede ignorar al considerar esta tesis. El Cid habría servido de ejemplo de cómo alguien de bajo rango social puede

cambiar de estado social por su participación en las luchas en territorio musulmán. Así, la teoría fronteriza cuadra bien con el plazo de composición que he propuesto—entre la derrota de Alarcos y la victoria de Las Navas de Tolosa. La difusión de un poema épico que cuenta las hazañas de un héroe local, no muy lejano en la historia, habría inspirado a los hombres empobrecidos de la frontera a tomar la lanza e ir a luchar.

Pero podemos arriesgar un plazo de composición aun más preciso. Basándonos en la historia político-social entre los reinos de Castilla y León a finales del siglo XII, resulta más probable una fecha de composición durante los plazos en que la ira y rivalidad fueron mayores. A este fin, los períodos entre 1195-1197 y 1203-1206 se destacan. El primero comienza con el paso de Pedro Fernández de Castro a la corte leonesa, la ausencia de Alfonso IX en Alarcos, y su subsiguiente alianza con los almohades contra Castilla, y termina con el matrimonio pacificador Alfonso IX a la hija del rey castellano, Berenguela. El segundo período comienza con la disolución de dicho matrimonio por razones de parentesco, la consecuencia directa de la cual es la renovación de las hostilidades entre los dos reinos. Y por fin, en el año 1206 se firma el Tratado de Cabrerros que establece la paz, al menos temporalmente (Hernández 460).

En fin, he intentado defender la afirmación sencilla de que “literary works do not escape the constraints of time, space, and ideology” (Lacarra 1983: 260). Eso dicho, no rechazo la posibilidad de que a lo mejor el *PMC* se compuso para un público específico y después se trasladó a otro. De hecho, como he argüido, creo probable que el *PMC* no se compuso en el mismo lugar en que se destinaba a leerse. La composición de un poema épico de tan alta nivel de arte no pudo haber escrito por un caballero inculto de la frontera. Debíó de ser escrito por un hombre culto, sea clérigo o sea abogado. Este hombre hubiera

sido letrado y familiarizado tanto con la épica francesa y clásica como los cantares orales. Además de provenir de un centro urbano en que pudo haber sido educado, hubiera tenido intereses propagandísticas a favor de la monarquía castellana. Procediendo de esta suposición, bien podemos ver cómo el *PMC* hubiera actuado como una idealización de la vida de un caballero castellano. Pero aquí es donde mi estudio desvía del de Óscar Martín (2001): él sugiere un público burgalés para el poema y lo describe como un “espejo de infanzones” (6-7), mientras yo creo más probable un público fronterizo y así lo describiría como un “espejo de caballeros villanos”. En las regiones fronterizas de Castilla, a diferencia de las zonas urbanas, hubiera sido necesario difundir el ideario del *PMC* a los hombres rebeldes e independientes para aumentar el ánimo del alma extremeño ante la posibilidad de luchar contra los musulmanes al sur.

En la parte final de este estudio, espero haber detallado adecuadamente las dos posibilidades principales de interpretación que nos enfrenta en la crítica actual en cuanto a la ideología del *PMC*. Aunque las opciones analíticas son en realidad mucho más amplias y variadas, las dos que he comentado aquí se escogieron mediante consideración personal; es decir, son las que me han parecido más probables. Sin embargo, no acepto ni la una ni la otra sin mis propias modificaciones. Doy por sentado el sentimiento anti-leonés del *PMC* y además, aunque estoy de acuerdo con muchas de las proposiciones de Lacarra, no creo que la filiación hubiera sido de mayor importancia para un público analfabeto coetáneo. Asimismo, aunque Carrión quedara dentro de los límites de Castilla en los siglos XI y XII, lo importante es la percepción de Carrión; el hecho es que históricamente fue la alcurnia de la familia Ansures-Beni-Gómez, los antepasados de los Castro, y más recientemente había sido el sitio de una curia importante en que el rey leonés se humilló ante el rey castellano.

En conclusión, quiero enfatizar que las dos posibilidades aquí consideradas no se excluyen entre sí. Al contrario, al combinar partes de las dos, surge una nueva explicación que parece aun más probable. De esta consideración parecería que el *PMC* se compuso por escrito por un hombre culto. Éste a lo mejor fue encargado por la familia Lara o, lo que es más probable, el rey Alfonso VIII, para incrementar las tropas castellanas en preparación para Las Navas de Tolosa. Aunque el poema se compusiera por un hombre culto, lo cual implica un sitio urbano de composición, mantengo que el mensaje propagandístico se dirigiera a las zonas fronterizas. Los caballeros villanos y peones de la Extremadura y Sierra castellanas, debido a la distancia de la esfera monárquica de control, vivían de modo independiente sin medios viables de ganarse la vida. El poema, protagonizado por un hombre que pareció mucho a ellos tanto en su situación económica como en su estado social, les proveía un modelo de cómo enriquecerse a través de hacer excursiones en territorio musulmán, algo a que ya se habían acostumbrado, pero, de aun mayor importancia, el poema creaba un vínculo entre la riqueza personal, la movilidad social, y lealtad al rey. Así concuerdo con Martín cuando dice:

El *Poema* es una representación de la armonía deseable entre los intereses de centralización monárquica de Castilla y las aspiraciones de enriquecimiento y de ascenso social de los infanzones a través de la campaña de reconquista. (2001: 277)

El poeta pudo realizar sus propósitos propagandísticos mediante su reformulación del personaje cidiano. Al enfatizar las muchas virtudes de éste—la lealtad al rey y la mesura, sobre todo—creó un nuevo Cid con la intención de que guiara las actitudes de los hombres de la frontera. Es más, el nuevo énfasis en la castellanidad sirvió para reforzar un sentido de identidad y comunidad, algo que faltaba en las sociedades fronterizas. Sin duda, la ejemplaridad más seductora para los hombres fronterizos fueron las posibilidades de

enriquecimiento y movilidad social, pero el autor ingeniosamente sabía conectar estas aspiraciones de manera concreta al favor real y el derecho público.

### Los próximos pasos

En el futuro será necesario, dado nuestra perspectiva posmoderna, buscar y analizar la ideología que se presenta en la crítica de la epopeya castellana.<sup>46</sup> Son varios que han mostrado cómo la ideología nacionalista influía los trabajos de Menéndez Pidal, pero no debemos pararnos en él sino extendernos a cuestionar los motivos de toda la crítica. Menéndez Pidal, por su gran influencia y estudios imprescindibles, ha sido un blanco favorito de la crítica desde los años sesenta y setenta, y con mucha razón; no obstante, me atrevería a afirmar que se puede vislumbrar la ideología, ya sea de manera subyacente, de otros críticos también. Al examinar a la respetada crítica, María Eugenia Lacarra, por ejemplo—o cualquier estudioso español de los años setenta—fácilmente se puede considerar sus motivos como una respuesta no solamente a los estudios influyentes de Menéndez Pidal, sino también a la manipulación de la leyenda cidiana pidaliana por el régimen franquista que se acabó en el año 1975. En aquellos tiempos algunos estudiosos, Lacarra entre ellos, se pusieron a cuestionar las teorías cidianas que habían sido propagadas por Menéndez Pidal y luego la dictadura; así, tal cómo Menéndez Pidal escribió sus trabajos en respuesta a condiciones socio-culturales y a la representación anterior de Rodrigo de Vivar por críticos extranjeros, Lacarra y los españoles de los setenta en adelante

---

<sup>46</sup> Michael Gerli (2001), refiriéndose a las teorías de Edward Said y Lee Patterson, entre otros, ha comentado: “Every interpretive model is implicated in the ideological context in which it arises. They have taught us the simple and disconcerting lesson that all historical interpretation possesses its own history, and that we must question its permanence and objectivity since it can be shown to contain a subterfuge of identifiable motives” (112).

han respondido a la nueva etapa en la historia española que comenzó con la muerte de Franco y, como parte de esto, han puesto en duda las afirmaciones del crítico cidiario anterior más notable y acreditado.

El papel de los críticos cidianos extranjeros, más notablemente los británicos y los estadounidenses, es más complicado analizar. Aunque bien podemos afirmar que la crítica en sí forma un pequeño mundo sin fronteras geográficas en que todos van situándose, rechazo la posibilidad de que nuestra formación—intelectual, social, y cultural—no se imponga en nuestras consideraciones de la literatura, aun más cuando estudiamos un *corpus* a distancias temporales y culturales considerables. Al llamar la atención a cuestiones de ideología crítica, hago eco de las palabras de Lacarra cuando afirma que “nuestra responsabilidad como historiadores de la literatura es doble: analizar las obras en su contexto histórico-cultural concreto, y hacer una crítica de su utilización en la historia, es decir, de su recepción” (1980a: 666). Lamentablemente, sin embargo, ella, junto con la mayoría de críticos literarios, no parece prestar la menor atención a sus propios prejuicios.

La naturaleza de este obstáculo crítico puede considerarse, en cierto sentido, insuperable. No podemos evitar por completo el influjo de la ideología personal en nuestras interpretaciones críticas; sin embargo, debemos ser siempre atentos a él. Por ejemplo, yo mismo, mientras escribo este estudio, estoy consciente del hecho de que he gastado mucho tiempo en poner en duda las afirmaciones previas de otros investigadores y que esto debe señalar algo de mi orientación cultural y crítica. No obstante, tal es la naturaleza de la crítica y con mucha razón ya que el progreso no sería posible sin este tipo de cuestionamiento. Sólo he querido insistir en la importancia de reconocer la ideología tanto en los testimonios medievales como en la crítica moderna. Si bien Gerli afirma que la

historiografía y la ideología son enredadas de modo inextricables (2001: 112), yo diría que lo mismo se puede aplicar a la relación crítico-ideológica. Y así, aunque no podamos cambiar esta situación, sí podemos tenerla en cuenta a la hora de evaluar un trabajo crítico. Solamente así podremos evitar largos períodos caracterizados por la aceptación dócil de afirmaciones ideologizadas, como ocurrió bajo la influencia pidaliana.

## OBRAS CITADAS

### Fuentes primarias

*Cantar de Mio Cid*. Ed. Montaner, Alberto. Barcelona: Círculo de lectores, Galaxia Gutenberg, 2007.

*Carmen Campidoctoris*. Trans. Alberto Montaner y Ángel Escobar. Madrid: Sociedad Estatal España Nuevo Milenio, 2001.

*Chronica Adefonsi Imperatoris*. En *The World of the Cid: Chronicles of the Spanish Reconquest*. Trad. Barton, Simon y Richard Fletcher. New York: Manchester University Press, 2000.

*Crónica latina de los reyes de Castilla*. Ed. Charlo Brea, Luis. Madrid: Akal, 1999.

*Crónica najerense*. Trad. Sola, Juan Estévez. Madrid: Akal, 2003.

*Fuero de Cuenca*. Trad. James F. Powers. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2000.

*Historia de rebus Hispanie*. Jiménez de Rada, Rodrigo. Trad. Juan Fernández Valverde. Madrid: Alianza Editorial, 1989.

*Historia Roderici*. En *The World of the Cid: Chronicles of the Spanish Reconquest*. Trad. Barton, Simon y Richard Fletcher. New York: Manchester University Press, 2000.

*Las siete partidas*. Vol. 2. Trans. Samuel Parsons Scott. Ed. Robert I. Burns, S.J. Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2001.



*Las siete partidas del sabio rey don Alonso el Nono.* Ed. Gregorio López. Madrid: Boletín Oficial del Estado, 1985.

*Libro de los estados.* Manuel, Juan. Eds. R. B. Tate y I. R. Macpherson. Oxford: Clarendon Press, 1974.

*Linaje de Rodrigo Díaz el Campeador.* En *Corónicas navarras.* Ed. Ubieto Arteta, Antonio. Valencia: Textos Medievales, 1964. 30-35.

*Poema de Almería.* En *El Poema de Almería y la épica románica.* Salvador Martínez, H., editor y traductor. Madrid: Gredos, 1975.

*Poema de Mio Cid.* Ed. Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Espasa-Calpe, 1940.

#### Estudios críticos

Alonso, Dámaso. "La tradición épica castellana en la obra de Menéndez Pidal (Teoría y hechos comprobados)." *La torre* 8.29-30 (2003): 295-323.

Barton, Simon. "Reinventing the Hero: The Poetic Portrayal of Rodrigo Díaz, the Cid, in its Political Context." En *Textos épicos castellanos: problemas de edición y crítica.* Ed. David G. Pattison. London: Department of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College, 2000. 65-78.

Castro, Américo. "Poesía y realidad en el Poema de Mio Cid." *Atenea* 121 (1955): 175-195.

Catalán, Diego. "El *Mío Cid*: nueva lectura de su intencionalidad política." *Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae* (1985): 807-819.

Chasca, Edmund de. *El arte juglaresco en el Cantar de Mio Cid.* Segunda edición. Madrid: Gredos, 1972.

- . "The King-Vassal Relationship in *El Poema de Mio Cid*." *Hispanic Review* 21.3 (1953): 183-192.
- Deyermond, Alan. *El Cantar de mio Cid y la épica medieval española*. Barcelona: Sirmio, 1987.
- . *A Literary History of Spain: The Middle Ages*. New York: Barnes & Noble, Inc., 1971.
- Duggan, Joseph J. *The Cantar de mio Cid: Poetic Creation in its Economic and Social Contexts*. Cambridge: Cambridge University Press, 1989.
- . "Medieval Epic as Popular Historiography: Appropriation of Historical Knowledge in the Vernacular Epic." En *La littérature historiographique des origines a 1500*, tomo 1. Eds. Gumbrecht, Hans Ulrich, Ursula Link-Heer y Peter-Michael Spangenberg. Heidelberg: Carl Winter Universitätsverlag, 1986a. 285-311. Impreso.
- . "Social Functions of the Medieval Epic in the Romance Languages." *Oral Tradition* 1.3 (1986b): 728-766.
- Dunn, P. N. "Levels of Meaning in the *Poema de Mío Cid*." *MLN* 85.2 (1970): 109-119.
- Faulhaber, Charles B. "Neo-traditionalism, Formulism, Individualism, and Recent Studies on the Spanish Epic." *Romance Philology* 30.1 (1976): 83- 101.
- Fletcher, Richard. *The Quest for El Cid*. London: Hutchinson, 1989.
- Fradejas Lebrero, José. *Estudios épicos: el Cid*. Ceuta: Aula Magna, 1962.
- Gerli, E. Michael. "Individualism and the Castilian Epic: A Survey, Synthesis, and Bibliography." *Olifant* 9.3-4 (1982): 129- 150.
- . "Inventing the Spanish Middle Ages: Ramón Menéndez Pidal, Spanish Cultural History, and Ideology in Philology." *La corónica* 30.1 (2001): 111-126.

- Hart, Thomas R. "Hierarchical Patterns in the *Cantar de mio Cid*." *Romanic Review* 53 (1962): 161-173.
- Hernández, Francisco J. "Historia y epopeya. El *Cantar del Cid* entre 1147 y 1207." En *Actas del III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval, Tomo I (Salamanca, 3 al 6 de octubre de 1989)*. Ed. María Isabel Toro Pascua. Salamanca: Biblioteca Española del Siglo XV, Departamento de Literatura Española e Hispanoamericana, 1994. 453-467.
- Iradriel Murugarren, Paulino. *Historia medieval de la España cristiana*. Madrid: Cátedra, 1989.
- Jauss, Hans Robert. *Aesthetic Experience and Literary Hermeneutics*. Trad. Michael Shaw. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1982a.
- . *Toward an Aesthetic of Reception*. Trad. Timothy Bahti. Minneapolis: University of Minnesota, 1982b.
- Jauss, Hans Robert y Timothy Bahti. "The Alterity and Modernity of Medieval Literature." *New Literary History* 10.2 (1979): 181-229.
- Lacarra, José María. "Acerca de la atracción de pobladores en las ciudades fronterizas de la España cristiana (siglos XI-XII)." En *En la España medieval, II: estudios en memoria del professor D. Salvador de Moxó*. Madrid: Universidad Complutense, 1982. 485-498.
- . "En torno a la propagación de la voz 'hidalgo'." En *Homenaje a Don Agustín Millares Carlo, II*. Las Palmas: 1975. 43-53.
- Lacarra, María Eugenia. "Consecuencias ideológicas de algunas de las teorías en torno a la épica peninsular." En *Actas del VII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Venecia: 25 al 30 de agosto, 1980a. 657-666.

- . "El linaje de Rodrigo Díaz." *La corónica* 33.2 (2005): 111-125.
- . *El Poema de Mio Cid: realidad histórica e ideológica*. Madrid: José Porrúa Turanzas, 1980b.
- . "La representación del rey Alfonso en el Poema de mio Cid desde la ira regia hasta el perdón real." En *Studies on Medieval Spanish Literature in Honor of Charles F. Fraker*. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1995. 183-195.
- . "Some Questions on the Function of the Castilian Epic." *La corónica* 11.2 (1983): 258-264.
- Laza Palacio, Manuel. *La España del poeta de Mio Cid*. Malaga: Publicaciones de la Librería Anticuaria el Guadalhorce, 1964.
- Linehan, Peter. "The Cid of History and the History of the Cid." *History Today* 37 (1987): 26-32.
- López Estrada, Francisco. "El *Poema del Cid* considerado desde la perspectiva literaria de las *Partidas* de Alfonso el Sabio." En *El Cid en el Valle del Jalón: Simposio Internacional*. Catalayud: Centro de Estudios Bilbilita, 1991. 169-183.
- Martin, Georges. "Fue *Mio Cid* castellano?" *Ibérica* 2 (1993): 183-200.
- . "La marginalidad cidiana: Texto, mitos." *Imprévue* 1 (1980): 53-61.
- Martín, Óscar. "El *Cantar de mio Cid*: Locus geográfico y función social." *La corónica* 33.2 (2005): 127-135.
- . "Concordancias y discordancias en la primera tradición cidiana." En *La concordance des temps: Moyen Âge et Époque moderne*. Ed. Luquet, Gilles. Paris: Presses Sorbonne Nouvelle, 2010. 175-187.

- . "El episodio del destierro en el *Cantar de Mio Cid* y su relación con la primera tradición cidiana." *La corónica* 32.1 (2003): 265-285.
- . *La evolución de la materia cidiana en algunos textos medievales (1099-1312): diferencias en la representación y manipulación ideológica*. Diss. U. of Wisconsin-Madison, 2001. Madison: University of Wisconsin, 2001.
- Mauss, Marcel. *The Gift*. New York: W.W. Norton, 1990.
- Menéndez Pidal, Ramón. *The Cid and his Spain*. Trans. Harold Sunderland. London: Frank Cass & Co. Ltd., 1971.
- . Introducción. *Poema de Mio Cid*. Cuarta edición. Ed. Ramón Menéndez Pidal. Madrid: Espasa-Calpe, 1940.
- Michael, Ian. "Geographical Problems in the Poema de Mio Cid: I. The Exile Route." EN *Medieval Hispanic Studies Presented to Rita Hamilton*. Ed. A. D. Deyermond. London: Tamesis, 1976. 117-128.
- . Introducción. *Poema de Mio Cid*. Ed. Ian Michael. Madrid: Clásicos Castalia, 1984.
- Miranda, Francisco. "Regalos, jerarquía y rivalidad en el *Poema de mio Cid*." *Revista canadiense de estudios hispánicos* 27.2 (2003): 271-290.
- Molho, Maurice. "El *Cantar de Mio Cid*: poema de fronteras." En *Homenaje a Don José María Lacarra de Miguel en su jubilación del profesorado*. Zaragoza: Estudios Medievales, 1977. 243-260.
- Montaner, Alberto. Prólogo. *Cantar de Mio Cid*. Ed. Alberto Montaner. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007. xlv-cccl.
- . "El Cid: mito y símbolo." *Boletín del Museo e Instituto "Camón Aznar"* 27 (1987): 121-340).

- Navarrete, Rosina D. "La ideología del *Poema de Mío Cid*." *Hispania* 55.2 (1972): 234-240.
- The New Philology*. Edición especial de *Speculum* 65.1 (1990).
- O'Callaghan, Joseph F. *A History of Medieval Spain*. Ithaca: Cornell University Press, 1975.
- Riaño Rodríguez, Timoteo. "Propósito de Pero Abat al escribir el Cantar de Mío Cid: motivaciones geopolíticas." En *Actas del Congreso Internacional: El Cid, Poema e Historia, 12-16 de julio, 1999*. Ed. César Hernández Alonso. Burgos: Ayuntamiento de Burgos, 2000. 279-282.
- Richthofen, Erich von. "Tradicionalismo, individualismo y positivismo en el estudio de la épica y la novela primitivas." *Prohemio* 1 (1970): 397-435.
- Rico, Francisco. Estudio preliminar. *Cantar de Mio Cid*. Ed. Alberto Montaner. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2007. xi-xliii.
- Rodríguez-Puértolas, Julio. *Historia social de la literatura española*. Madrid: Editorial Castalia, 1979.
- . "El *Poema de Mio Cid*: nueva épica y nueva propaganda." En *Mio Cid Studies*. Alan Deyermond ed. London: Tamesis (1977): 141-159.
- Rutherford, John. "The Comical and the Humorous in the Poema de Mio Cid." *Bulletin of Spanish Studies* 83.6 (2006): 739-769.
- Salinas, Pedro. *La realidad y el poeta*. Barcelona: Editorial Ariel, 1976.
- Smith, Colin. *Christians and Moors in Spain, vol. II 1195-1614*. Warminster, England: Aris & Phillips Ltd., 1989.
- . "The Dating and Relationship of the *Historia Roderici* and the *Carmen Campi Doctoris*." *Olifant* 9.3/4 (1986): 99-112.

- . "Latin Histories and Vernacular Epic in Twelfth-Century Spain: Similarities of Spirit and Style." *Bulletin of Hispanic Studies* 48.1 (1971): 1-19.
- . *The Making of the Poema de mio Cid*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.
- . "A Reading Public for the Poema de mio Cid?" *La corónica* 22.1 (1993): 1-14.
- Spitzer, Leo. "Sobre el carácter histórico del *Cantar de Mio Cid*." En *Sobre antigua poesía española*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1962. 7-25.
- Ubieto Arteta, Antonio. *El Cantar de mío Cid y algunos problemas históricos*. Valencia: Anubar Ediciones, 1973.
- . "El sentimiento antileonés en el *Cantar de Mío Cid*." En *En la España medieval: estudios dedicados al Profesor D. Julio González González*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1980. 557-574.
- . "Valoración de la épica en el contexto histórico español." *Príncipe de Viana* 30 (1969): 233-244.
- Vaquero, Mercedes. "The *Poema de Mio Cid* and the Canon of the Spanish Epic." *La corónica* 33.2 (2005): 209-230.
- Walker, Roger M. The Role of the King and the Poet's Intentions in the *Poema de Mio Cid*." En *Medieval Hispanic Studies Presented to Rita Hamilton*. Ed. A. D. Deyermond. London: Tamesis, 1976. 257-266.
- West, Geoffrey. "King and Vassal in History and Poetry: a Contrast between the *Historia Roderici* and the *Poema de Mio Cid*." En *Mío Cid Studies*. Ed. A. Deyermond. London: Tamesis, 1977. 195-208.

Wright, Roger. *Late Latin and Early Romance in Spain and Carolingian France*. Liverpool : F.

Cairns, 1982.

Zoggyie, Haakayoo. "Una lectura jaussiana del *Poema de Mío Cid*." *Tropos* 24.1 (1998): 5-11.